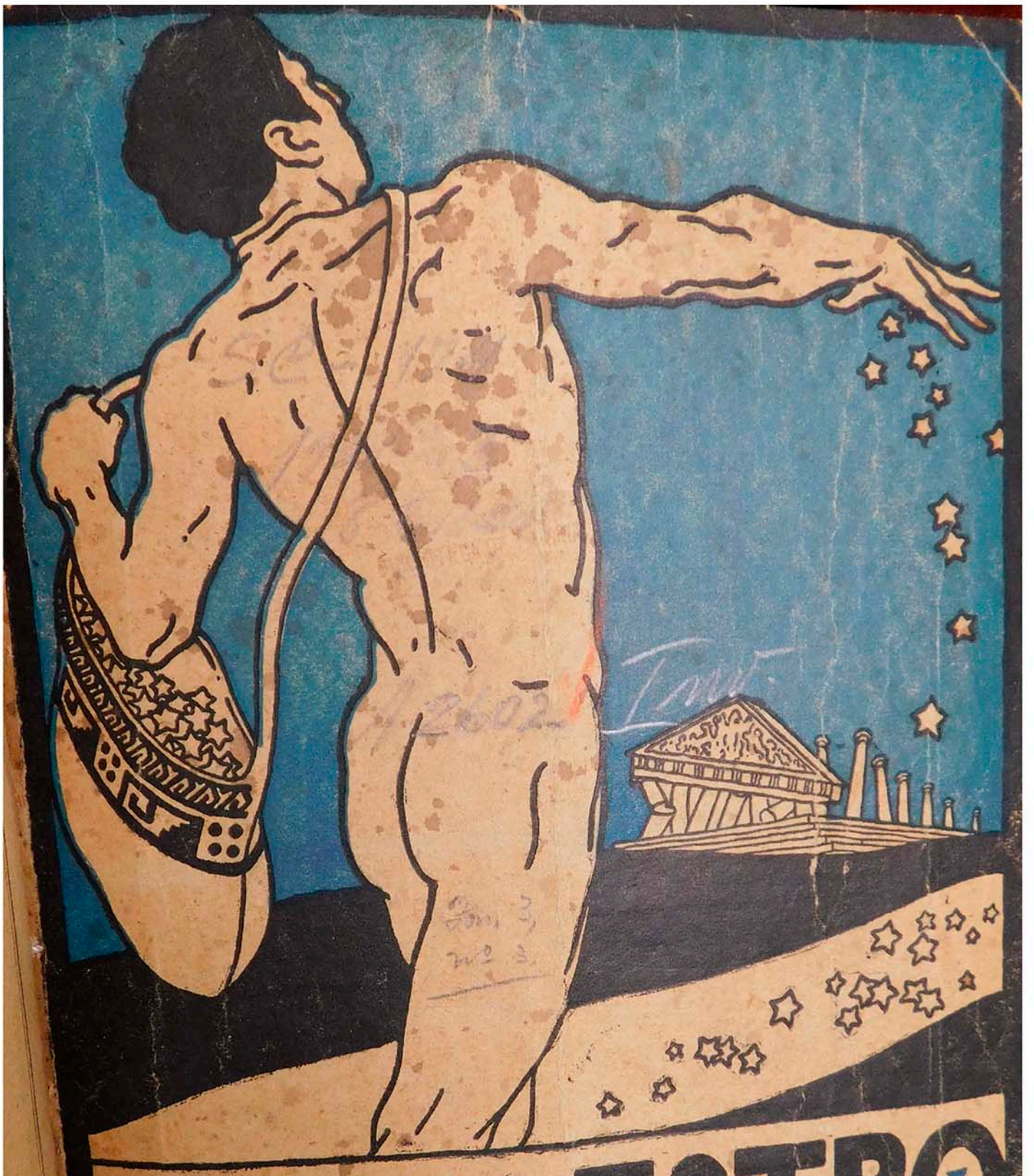


EL MAESTRO

REVISTA D CVLTVRA NA
CIONAL MEXICO MCMXXIII

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE, 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

DISCURSO DE LA PROFESORA DIVA DE CAMPOS
EL BRONCE DEL INDIO MEXICANO — LIC. JOSE VASCONCELOS

HISTORIA Y GEOGRAFIA

LA REPUBLICA DE CHILE
BOSQUEJO HISTORICO DEL PERU (2.ª parte) — PAULINO FUENTES CASTRO
HISTORIA DE GRECIA — WILLIAM SWINTON

DIVERSOS TEMAS

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD — SOTERO PRIETO
SOBRE EDUCACION.—METODO RACIONAL — L. CELLERIERE
LA DOCTRINA DEL COMUNISMO INTERNACIONAL — ENRIQUE BARBUSSE
UNA PAGINA DEL GRAN POETA PORTUGUES GUERRA JUNQUEIRO —LO QUE ES LA VIDA.
LA CAZA DEL CONDOR — JOSE S. ALVAREZ
EN DONDE ESTA EL AMOR, ALLI ESTA DIOS — LEON TOLSTOI

CONOCIMIENTOS UTILES

COMO CURARSE SIN DROGAS — LA NUEVA CIENCIA
VALOR HIGIENICO DE LA FRUTA — ID.
EL BIENESTAR FISICO — Y. RAMACHARAKA

ALADINO.—SECCION DE LOS NIÑOS

PERSEO. (LEYENDA GRIEGA) — CHARLES KINGSLEY

POESIA

A MARGARITA DEBAYLE — RUBEN DARIO
ROMANCE DEL MAR AZUL — ARTURO CAPDEVILA
EL SILENCIO — ALFONSINA STORNI
LA QUE COMPRENDE — ID.
HAN VENIDO — ID.

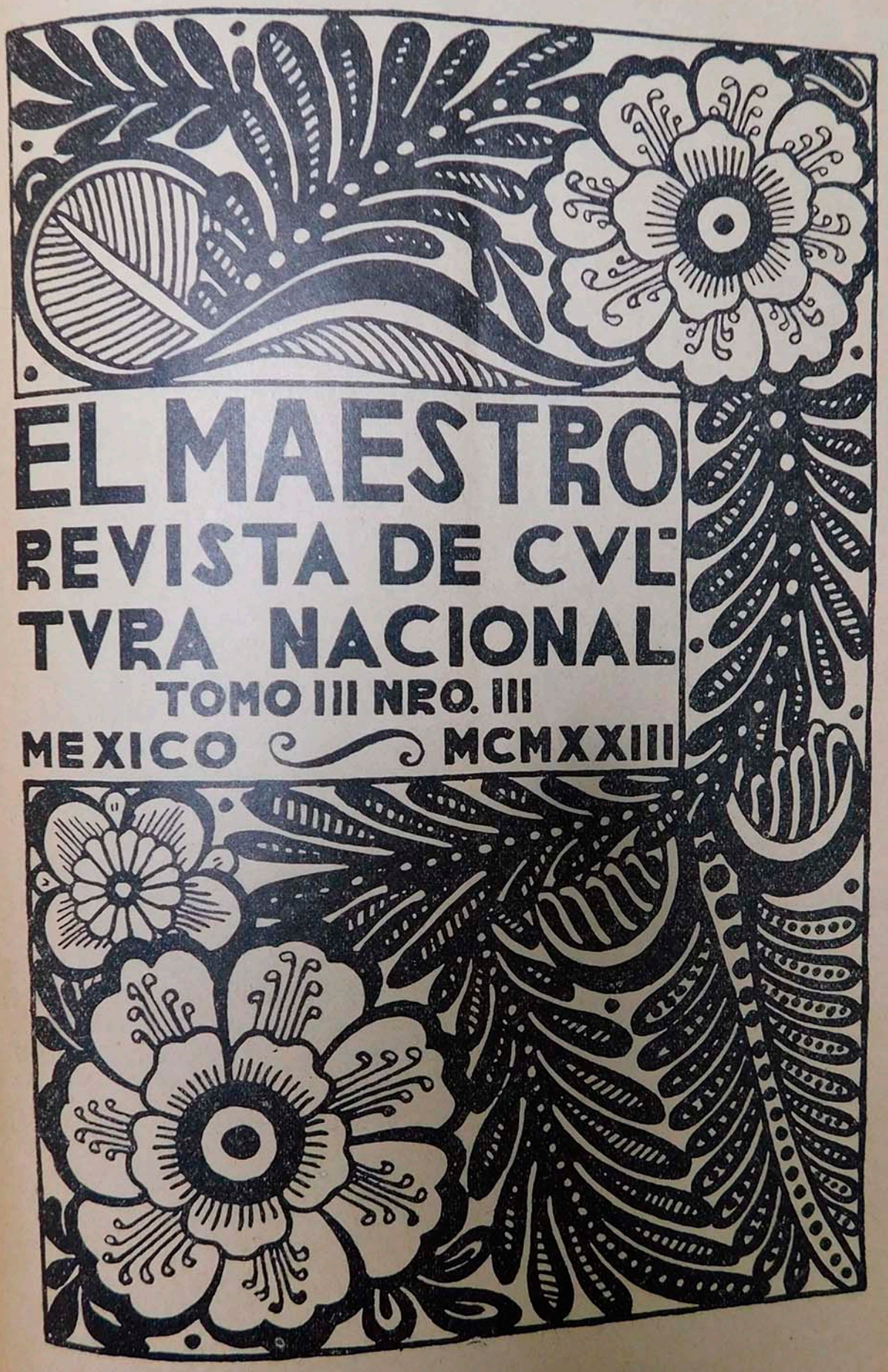
No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza, y para el resto del público costará $5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLARES en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 8 o Apartado postal 105 bis. México, D. F.

CANJE

Se solicita canje.—Exchange solicited.—On prie de bien vouloir établir l'echange.—Um Tauschexemplare wird ersucht.

1-3

BIBLIOTECA DE LA SRIA.
DE
INDUSTIA COMERCIO Y TRABAJO



EL MAESTRO

REVISTA DE CVLTVRA NACIONAL

TOMO III NRO. III

MEXICO MCMXXIII

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

DEPARTAMENTO EDITORIAL

México.--1923

242

Revista Editorial Informativa

LA POLITICA AGRARISTA

DECLARACIONES DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

A FINES del año próximo pasado, la Comisión Nacional Agraria envió un extenso informe a la Representación Nacional haciendo serios cargos al Gobernador del Estado de Tamaulipas, por cuestiones agrarias de alguna importancia. Como este asunto estaba íntimamente ligado con las decisiones de la Subsecretaría de Agricultura y Fomento, la Prensa de la Capital halló una oportunidad para celebrar una entrevista con el Presidente de la República. El móvil de esta entrevista tendía a investigar si, con motivo del inc idente anteriormente señalado, ocurriría algún cambio en la política agrarista. El Ejecutivo de la Unión manifestó a los representantes de la Prensa que en la Secretaría de Agricultura y Fomento no habían sido variadas las tendencias que sobre el ramo tiene el Gobierno, y que se seguía trabajando de un modo activo en los asuntos agrarios, sobre todo en lo que se refiere a dotación y restitución de ejidos.

IRLANDA, ESTADO LIBRE.

TIMOTHY HEALY NOMBRADO GOBERNADOR GENERAL

EL 5 de diciembre del año próximo pasado, a las doce de la noche, el Estado Libre de Irlanda se convirtió en Dominio del Imperio Británico, sin ninguna pompa ni ceremonia. El rey Jorge V dió en la tarde del mismo día la sanción real a la ley por la cual se crea el Estado Libre, poco tiempo después de que la Cámara de los Comunes aceptó las enmiendas de menor importancia introducidas al proyecto de la Cámara de los Lores.

La principal medida, revalidando la Constitución irlandesa, tal como fué aprobada por el Dail Eireann, fué aprobada ayer sin cambio alguno por la Cámara de los Lores. La acción del Parlamento y la del Rey llevaron a término final las estipulaciones del tratado anglo-irlandés, firmado en 1921. Casi simultáneamente con la sanción real se produjo el anuncio oficial del nombramiento de Timothy Healy como primer gobernador general del nuevo Dominio.

EL CONFERENCISTA NORTEAMERICANO FRANK TANNEANBAUM OPINA SOBRE MEXICO.

FRANK Tanneanbaum, conferencista norteamericano que hizo una visita a México, ha declarado, en el "New York American," que, en general, los norteamericanos no son muy populares entre los mexicanos; pero que esto se debe probablemente a sus propios errores, porque son demasiado arrogantes, "estirados" e inclinados a despreciar cuanto ven y escuchan, siempre con la obsesión de creerse seres superiores. El ciento por ciento de los norteamericanos, si es que no el ciento cincuenta por ciento,

apenas llegan a México se echan para atrás, como diciendo "yo soy el amo."

"Creo que muchos norteamericanos no comprenden a México en lo absoluto. México, como país, ha sido arruinado por la sabiduría de los viejos; pero puede salvarse por los errores de los jóvenes.

"Creo que muchos gerentes de casas norteamericanas aprenderían bastante si visitaran algunas de las plantas industriales mexicanas modernas, que son verdaderos modelos en su género."

EL CONGRESO DECRETO CUARENTA Y CINCO MILLONES PARA INSTRUCCION PUBLICA

A MEDIADOS del mes de diciembre último, la Prensa de la Capital dió a conocer detalladamente las discusiones a que dió margen el presupuesto de la Secretaría de Educación Pública. Con leves modificaciones el Congreso de la Unión aprobó la suma de cuarenta y cinco millones para fomento de la instrucción popular.

Reproducimos en seguida, de la prensa del 17 de diciembre, los conceptos vertidos en tan memorable asamblea, siguiendo el giro que tomó la discusión al ponerse a debate dicho presupuesto:

"El presupuesto de la Secretaría de Educación Pública asciende a cuarenta y cinco millones de pesos. A votación en lo general, se aprueba por 156 votos.

El presupuesto sufre diversas modificaciones.

Entre ellas, la más importante de momento es la que aumenta de cuatro a cinco pesos el sueldo de los profesores de las diversas Facultades. No se precisa debate, pues bastó una simple indicación de varios señores.

—Los ayudantes percibirán dos pesos en vez de uno cincuenta.

Todas las partidas correspondientes a la Escuela de Ferrocarrileros han sido separadas. Rudo combate se inicia en contra de esa institución.

El diputado Guillermo Rodríguez considera que aquella escuela no será más que una fábrica de esquiroles; por tanto, una seria amenaza para los ferrocarrileros organizados. Además, no la considera necesaria.

El señor Robledo, de la Comisión ponente, defiende la institución que pretende establecer la Secretaría. "No debe la Asamblea, dice, guiarse por el espíritu del gremio."

Se concede la palabra al licenciado Vasconcelos, Secretario del ramo. En toda esta discusión de presupuestos es el primer secretario de Estado y será el único—puesto que el debate presupuestal está agotado—que acude a la barra para defender sus ideas y sus propósitos. La Asamblea lo acoge con simpatía.

El señor Vasconcelos comienza su discurso. También repugna el espíritu del gremio, que no le parece sino un residuo del de casta, que ahogaba la libertad en los feudos medioevales. De este modo habría que destruir toda la enseñanza técnica y en el caso no se trata de halagar la vanidad de los hombres, sino de capacitarlos, por medio de la educación, para una producción más eficaz y útil.

No se convence el preopinante; el diputado Rodríguez manifiesta que hay exceso de ferrocarrileros, como hay exceso de ingenieros, según lo ha declarado el Ministro; ¿por qué, pues, en vez de fabricar hombres para los que no hay demanda, no se fomentan nuevas industrias? Propone que, en vez de nueva escuela, los fondos que a ella se destinen se den en forma de subsidio a las escuelas ferrocarrileras existentes.

El licenciado Vasconcelos desecha el procedimiento de subsidios por ilegal; en cambio, ofrece modificar el propuesto

reglamento de la Escuela de Ferrocarrileros en el sentido que se estime conveniente, para que sus resultados sean plausibles.

El diputado Guillermo Fernández también es de la oposición. "Los ferrocarrileros, dice, con su propio esfuerzo han logrado establecer diversas escuelas en Torreón, en Aguascalientes, en otras partes. ¿Para qué una más, sobre todo en México, en donde el personal del ramo es relativamente escaso?" Y como se le preguntara si esa era la opinión del gremio, lee una razonada carta del prominente ferrocarrilero, el señor Pedro de León, que impresiona al señor Secretario, pero no contra la escuela proyectada, sino en el sentido de reformar el reglamento propuesto.

El debate se prolonga todavía, hasta que la votación define los campos: 133 votos aprueban y sólo 10 reprueban. Está aprobada, pues, la Escuela de Ferrocarrileros; y la construcción del edificio, según se anuncia, está ya muy avanzada.

Están a debate las partidas que proponen el personal para la desanalfabetización.

La Diputación de Oaxaca y otros varios diputados proponen que, en vez del personal que aparece en el Presupuesto, se designe el siguiente:

300 maestros misioneros a $10.00 diarios cada uno, 3,000 profesores a $5.00 diarios cada uno, y 2,000 profesores a $3.00 cada uno.

El debate que a propósito de este asunto se desarrolla es amplio. Hablan en pro los diputados J. de la Luz Mena, J. Reyes San Germán, Ignacio Villegas y Puig. El tema en todos los discursos que se escucharon, muchos de ellos brillantes, fué el mismo: la imperiosa necesidad de redimir a la clase indígena.

Las Comisiones, en un principio, sostuvieron su dictamen; pero, dominadas al fin por el espíritu que predominaba en la Asamblea, tuvieron que acceder a la petición, manifestada casi unánimemente por la Cámara.

Y cuando se anunció la reforma, la Asamblea, con entusiasmo inusitado, se pone de pie y bate palmas; ha cumplido con uno de sus más imperiosos deberes de asamblea revolucionaria y constructiva.

El líder agrarista manifiesta empeño en terciar en el debate, a pesar de que la Comisión ha dado ya satisfacción a los proponentes. La Presidencia parece que se mostraba reacia a conceder la palabra una vez agotado el debate; pero las buenas influencias de la soberanía de la Cámara se interpusieron en favor del licenciado Díaz Soto y Gama.

Va al fondo de la cuestión, es decir, a la función pedagógica. Lee el programa del Congreso de Misioneros y, después de analizar la labor de éstos, se declara partidario de ellos, más aún que del maestro, al que considera reaccionario en muchos aspectos. Y sienta este postulado: hay que educar, es verdad, a la clase indígena; pero hay que hacerlo con cariño, con devoción, con abnegación y con eficacia. No hay que infiltrarle doctrinas de odio, sino de amor; inculcarle el altísimo principio de Jesucristo: "Amaos los unos a los otros...."

"¿Qué será de la Nación—continúa—si las turbas llegan hasta el Poder en el estado en que se hallan, si no las cultivamos, si no las preparamos, si no las hacemos conscientes?"

Por eso considera altísima la labor del misionero.

Aludiendo al licenciado Vasconcelos, manifiesta que lo estima respetable, revolucionario, el más ministro de los ministros; pero aparece rodeado de una corte de efebos y mediocres que están enfermos de metropolitismo; "y yo, proclama, en vez de aplaudir su actitud, le digo que debe abandonar el pasado y entrar de lleno y cara a cara al porvenir."

El señor Secretario de Educación manifiesta que ha venido con el propósito de defender un presupuesto y ha hallado que otros lo han defendido mejor de lo que él lo pudiera haber hecho. Su labor, por tanto, será meramente informativa.

Expone que las circunstancias del Erario son difíciles, y que seguramente no se podrá disponer ni del cincuenta por ciento de lo que se ha presupuesto; opinaría, por tanto, que la mitad de la suma total para el objeto que se ha venido discutiendo, se aplique mitad a profesorado y mitad en útiles. A propósito de la necesidad de ésto, hace vívido relato de las misérrimas condiciones de muchas escuelas rurales, en donde los alumnos, desmedrados y andrajosos, pero sedientos de enseñanza, tienen que poner la pizarra sobre las rodillas por falta de bancas.

Las nuevas orientaciones dadas al debate modifican el acuerdo que parecía haber tomado la Asamblea; ahora, en vez de 300 misioneros, sólo se fijan 200, y en vez de 5,000 profesores de enseñanza rural se nombrarán 3,000.

—Con ligero cambio de impresiones se aprueba la partida de quinientos mil pesos para la Dirección de Cultura Estética. El señor Secretario explicó la trascendencia social de este ramo de la educación, que abarca el dibujo, el canto, la música, el solfeo. Estos son para nuestros obreros, y aun para quienes no lo son, poderosos atractivos que los alejan de los centros de vicio; dulcifican, además, el carácter o las costumbres; su resultado hasta ahora ha sido de sobra halagüeño. Y la Asamblea da su aquiescencia a aquella asignación.

Todavía se hacen algunas reformas al Presupuesto, aunque no trascendentales, y se declara totalmente aprobado el presupuesto de Educación.

El señor Gandarilla propone un aplauso para el señor Secretario del ramo, y éste brota ruidoso y prolongado."

LA FEDERACION RECAUDO DOSCIENTOS VEINTIDOS MILLONES DE PESOS EN OCHO MESES

SEGUN datos oficiales de la Contraloría General de la Nación, de enero a octubre del año próximo pasado, ingresaron a las arcas del Gobierno $222.101,810.94.

De esta suma corresponde a ingresos por concepto de impuestos al comercio exterior, impuestos y derechos que se causan en toda la Federación, servicios públicos, etc., la cantidad de $157.107,099.87.

En la cantidad anterior no está incluída la correspondiente a lo recaudado por impuestos al petróleo. Esta ascendió a la suma de $64.994,401.07, que es muy posible que aumente, porque en los datos correspondientes a lo recaudado por este impuesto en los meses de septiembre y octubre sólo se consideró el monto de las manifestaciones estampilladas durante esos meses, no siendo, por consiguiente, el total de lo recaudado por dicho concepto.

El detalle de los ingresos por impuestos al comercio exterior, impuestos y derechos que se causan en toda la Federación, etc., durante los meses de enero a octubre de 1922, es como sigue:

Enero	$ 16.132,406.02
Febrero	18.196,999.12
Marzo	19.058,027.42
Abril	12.694,707.34
Mayo	17.308,736.73
Junio	13.391,668.52
Julio	15.056,497.24
Agosto	14.369,411.91
Septiembre	16.003,933.01
Octubre	14.894,710.56
SUMA	$157.107,099.87

Tomando como base el ingreso total habido, es decir, los ingresos por el impuesto al petróleo y por los otros conceptos, que como al principio decimos, ascendieron a más de doscientos veintidós millones, resulta que el promedio mensual de ingresos registrado durante los diez primeros meses ha sido de ..... $22.210,181.00. Consecuentemente se calculó que los ingresos, durante los meses de noviembre y diciembre, ascenderían a la suma de $44.422,362.00, lo que hace que el monto total de los ingresos correspondientes al año de 1922 sea de..... $266.524,172.00, cantidad que es susceptible de ser mayor por los ingresos del impuesto al petróleo, por septiembre y octubre, no incluídos en su totalidad, como antes decimos, en la cantidad total correspondiente a este ramo.

Según las estimaciones que hizo la Comisión de Presupuestos para calcular los ingresos de 1923, se presume que éstos montarán a una cantidad que puede estimarse en doscientos setenta y ocho millones. Creyeron las Comisiones que, durante el presente año, habrá, pues, un aumento de doce millones sobre los ingresos de 1922.

Para llegar a esta conclusión tomaron en cuenta algunos nuevos impuestos creados en la Ley de Ingresos que acaba de ser aprobada y que está en vigor desde el primero de enero de 1923.

Sin embargo de que, en números redondos, el total de los presupuestos votados por la Cámara, para los diversos Departamentos y Secretarías de Estado, arroja la cifra de trescientos treinta millones, se cree que las erogaciones no llegarán a esa suma y los ingresos del Erario permitirán cubrir los compromisos del Gobierno.

LA INDIA PRETENDE SACUDIR EL DOMINIO BRITANICO

UN indio bolcheviqui presentará al Congreso Nacional, en la ciudad de Gaya, un programa separatista. Según informes recibidos, en los círculos oficiales británicos, en la convención anual en la ciudad de Gaya (India Británica) del Congreso Nacional de la India, se presentará un programa completo para la separación de la India del Imperio Británico y el establecimiento de una "república federada de la India."

En los círculos oficiales se notó que hay un gran interés por este programa, creyéndose que es la labor directa de los bolcheviquis.

El Congreso Nacional de la India es una organización que encabezó Mahandas K. Ghandi hasta la fecha de su aprehensión y encarcelamiento, a principios del año próximo pasado. Se dice que el proyecto separatista es obra de Monroy, un comunista indio que está viviendo en Berlín y cuyo verdadero nombre, según los ingleses, es el de Narendra Nath Bhattachrji, quien ha sido un fugitivo de California desde el año de 1917. Se le acusa de haber conspirado con Alemania en Java, en 1915, y de haber hecho propaganda bolcheviqui en México. Y dicen, quienes lo conocen, que desde el año de 1920 ha sido un agitador en Berlín, en Moscou y en Thaskend.

LOS REOS DE REBELION Y LA AMNISTIA

PROYECTO DE LEY DEL C. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

A RAIZ de que la Cámara de Diputados aprobara la iniciativa de amnistía para los individuos que aun están levantados en armas, el C. Presidente de la República, completando dicha iniciativa, envió a la Representación Nacional un proyecto de ley de amnistía para todos los reos del delito de rebelión que se encuentran sentenciados o simplemente procesados; el proyecto de ley de que se trata, trastramitado por conducto de la Secretaría de Gobernación, dice:

"CC. Secretarios de la H. Cámara de Diputados.—Presentes.

Con fundamento en la fracción I del artículo 71 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, me permito someter a la consideración de esa H. Cámara, por el digno conducto de ustedes, la siguiente iniciativa de ley.

CONSIDERANDO:

I. Que hoy por hoy la paz impera en todo el territorio nacional, debido a la eficiente labor que el Ejército Federal ha desarrollado, combatiendo y aniquilando a quienes han pretendido desconocer las instituciones que nos rigen; a la convicción que ha germinado en todas las conciencias de que el Gobierno actual cimenta su fuerza en el absoluto respeto a la Ley, y a la cooperación voluntaria de muchos ciudadanos en la tarea de ahogar todo intento subversivo.

II. Que es un hecho del dominio público que todas las expediciones organizadas en los Estados Unidos del Norte para venir a atentar contra la seguridad interior de la República, no sólo han sido condenadas de antemano por las fuerzas vivas del país, sino que, además, los jefes de ellas han encontrado la muerte en su aventura.

III. Que seguramente muchos de los individuos que formaron parte de esas expediciones lo hicieron: unos, por un falso concepto de lealtad; otros, por compromisos que muchas veces no se pueden romper, y quizá la mayor parte, los más incultos, por temor o por ofrecimientos halagadores de futuro bienestar.

IV. Que en concepto del Ejecutivo de mi cargo no entraña el menor peligro para la tranquilidad de la República, ya firmemente asegurada, el que recobren su libertad los individuos que hayan sido sentenciados o estén procesados por el delito de rebelión.

En vista de lo expuesto, se decreta:

ARTICULO UNICO.—Se concede amnistía a todos los individuos que en esta fecha se encuentren procesados o sufriendo condena como responsables del delito de rebelión en cualquiera de sus grados; debiendo ser puestos unos y otros en libertad el día primero de enero del año de mil novecientos veintitrés, dándose por concluídos y archivándose los expedientes que estén en tramitación.

Protesto a ustedes las seguridades de mi consideración distinguida.

Sufragio efectivo. No reelección.

México, D. F., a 23 de diciembre de 1922.—El Presidente de la República.—Firmado, A. OBREGON."

NO SERAN REVALIDADOS LOS ESTUDIOS HECHOS EN EL EXTRANJERO

LOS estudios hechos en el extranjero no serán revalidados en lo sucesivo por la Universidad Nacional, pues el acuerdo presidencial de primero de marzo de 1919, que se refiere a la re-

validación de estudios hechos en el extranjero, ha sido derogado recientemente por acuerdo del Presidente de la República.

El acuerdo a que nos referimos dice a la letra:

"En virtud de que para el reconocimiento de títulos nacionales y extranjeros la Rectoría de la Universidad Nacional está sujetándose a las resoluciones aprobadas por el Consejo Universitario el 2 de mayo del corriente año, y existiendo una contradicción en lo aprobado por dicho Consejo y lo ordenado por el acuerdo presidencial de primero de marzo de 1919, cuya aplicación resulta a todas luces inconveniente en la mayoría de los casos, porque al revalidar la Universidad Nacional de México un título extranjero, sin que en realidad le conste que los estudios teóricos y prácticos que amparan el documento sean equivalentes a los hechos en las Facultades de México, y no siendo justo equiparar a profesionistas de México, que han adquirido títulos de muy distinta manera en la Universidad Nacional de México con los que los han adquirido en el extranjero; en atención a las razones expuestas, tengo a bien derogar el acuerdo presidencial del primero de marzo de 1919."

En esta virtud la Universidad Nacional sólo visará, como habiéndose expedido a favor de las personas que lo soliciten, los grados universitarios:

I. Que la institución de que provengan, si es extranjera, sea una de las que, conforme a un tratado internacional de reciprocidad para el ejercicio de las profesiones, esté facultada para expedir títulos que deban ser válidos en nuestro país.

II. Que la institución de que provengan, si es extranjera, figure entre las que la Universidad Nacional de México considere dignas de crédito.

III. Que, si han sido expedidos por alguna institución nacional de enseñanza, estén autorizados por el respectivo gobierno del Estado de la República, con sujeción a sus leyes.

IV. Que las personas que los exhiban queden debidamente identificadas como las mismas a quienes les fueron conferidos.

V. Que no se advierta en los documentos defecto alguno de forma que los invaliden.

México sólo tiene celebrado tratado de reciprocidad con el Japón.

Por lo tanto, sólo los títulos expedidos en el Imperio del Sol Naciente se encuentran comprendidos dentro de la fracción primera.

La Universidad Nacional también expedirá grados universitarios que, conforme a las leyes vigentes, podrán ser considerados como títulos profesionales; pero para ello será necesario presentar un examen general y que el solicitante sea aprobado.

Los requisitos para expedir estos grados universitarios son:

La Universidad Nacional de México expedirá grados universitarios que, conforme a las leyes vigentes, podrán ser considerados como títulos profesionales, a las personas:

I. Que hayan hecho en algunos de los planteles de la Universidad todos sus estudios, siendo aprobados en todos sus exámenes.

II. Que hayan obtenido de la Universidad revalidación de estudios parciales hechos en el país o en el extranjero, habiéndolos completado en algún plantel universitario, y habiendo sido aprobados en el examen general.

III. Que, poseyendo algún título nacional o extranjero que haya sido visado por la Universidad, sustenten, conforme a los planes de estudio vigentes en los planteles universitarios un examen genera y sean aprobados en él.

LA POLITICA DE ESTADOS UNIDOS HACIA MEXICO JUZGADA POR EL DIRECTOR DE "THE NATION"

MR. Ernest H. Gruening, director del semanario norteamericano "The Nation," quien llegó a la Capital el día 5 de enero próximo pasado, fué saludado y resquerido por la Prensa metropolitana para conocer sus impresiones sobre México, en la forma siguiente:

"¿Qué opina usted de la política que ha seguido el Gobierno de los Estados Unidos con respecto a México?, — fué nuestra primera pregunta al joven periodista norteamericano.

—Yo estimo que la política seguida con México hasta ahora es uno de los más graves errores que ha cometido Mr. Hughes, pues esa política se tiene que reflejar tarde o temprano contra el pueblo norteamericano, que es amigo de México, porque lo comienza a conocer ahora.

Con un ademán muy medido prosigue nuestro entrevistado diciendo que su creencia es que México, lo mismo que los Estados Unidos, necesitan uno del otro, y que la tendencia de "The Nation" no ha sido otra, cuando ha tocado el punto de la política mexicana, que demostrar el error de las autoridades al suponer que México es un país bárbaro o semibárbaro, pues en los Estados Unidos se matan tanto o más extranjeros que en México y no por eso tienen la amenaza de los acorazados constantemente.

—¿Cree usted que la política actual de los Estados Unidos permita un pronto reconocimiento?

—Hay un buen síntoma, y es el que el próximo Senado, que comenzará a funcionar en marzo de este año, está integrado en su mayoría por liberales prominentes y amigos de México, porque amigo de México es el que busca la libertad, que no se quiere conceder a este país ni para legislar ni para tratar sus asuntos sociales, como conviene a sus necesidades.

Hay otra circunstancia muy favorable, y es la reciente salida de Mr. Fall del Senado, quien, como usted sabrá—agregó Mr. Gruening,—es poco afecto a México.

—¿Qué país ganaría más con el reconocimiento?, preguntamos al director de "The Nation," seguros de que nuestra pregunta le produciría alguna desazón.

—La pregunta es demasiado seria, nos dijo Mr. Gruening; pero voy a decir a usted mi opinión sincera. Los dos ganarían mucho o tanto como ahora están perdiendo, aunque más pierde el que más tiene.

Nos pareció que el director de "The Nation" tenía deseos de conversar con nosotros un poco sobre política y le dirigimos una pregunta tal vez más atrevida que la anterior.

—¿Cómo se estima la política del general Obregón en materia internacional, Mr. Gruening?

—La política del general Obregón es reputada como una política digna, más que de interés, y de esto tienen conocimiento los principales líderes políticos que ocuparán el Senado futuro, con Mr. Borah a la cabeza.

El director de "The Nation" se anima al tratar este punto y, después de hacer varias reflexiones de carácter político, nos dice que como México está geográficamente al frente de las demás naciones de la América Latina, su conducta no puede ser más buena, pues un error en esta materia le restaría confianza por parte de las demás repúblicas que por ahora son manejadas, sin darse cuenta, por una fuerza irresistible.

—¿Nos decía usted algo del senador Borah?—dijimos a Mr. Gruening que-

riendo no abusar de la bondad que nos dispensaba.

—Mr. Borah ha sido uno de los enemigos más formidables de la política de Mr. Hughes, y aboga por el inmediato reconocimiento. Yo tengo la seguridad de que, cuando éste ocupe el puesto que le corresponde en el nuevo Senado, México podrá ser reconocido sin dificultad."

CARTA DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LOS ARZOBISPOS DE MEXICO

PALACIO Nacional, enero 27 de 1923.

"Señores Arzobispos José M. Mora y del Río, Leopoldo Ruiz y demás firmantes.—Presentes.

"Muy señores míos: El Ejecutivo de mi cargo ha leído la nota que ustedes se sirvieron dirigirle, fechada el 15 de los corrientes, con motivo de la expulsión de Monseñor Filippi, y considera que la repetición de estos penosos casos y las sensibles fricciones que se han venido produciendo entre el tradicional Partido Liberal de México y algunos miembros de la Iglesia Católica, podían evitarse con un pequeño esfuerzo desarrollado por ustedes, pues si estas fricciones pudieron haber tenido explicación cuando sus postulados eran abstractos, de carácter meramente político, han perdido toda justificación en los actuales momentos en que el Partido Liberal ha sufrido una evolución completa en su estructura política, dando preferente atención a los postulados sociales que están llamados, seguramente, a regir las futuras generaciones y que son en su esencia fundamentalmente cristianos, enunciados que no afectan en nada al programa fundamental de la Iglesia Católica, y si no son enteramente paralelos, sí se complementan en su esencia; y si llegamos, pues, a la conclusión de que el actual programa social del Gobierno emanado de la Revolución, es esencialmente cristiano y es un complemento del programa fundamental de la Iglesia Católica, no se necesitaría seguramente más que un poco de sinceridad y de buena fe en los hombres encargados de su desarrollo y aplicación, para que reinara la más completa armonía en una obra que es perfectamente piadosa.

"El programa fundamental de la Iglesia Católica, según nos lo presentan en teoría los encargados de su desarrollo, consiste principalmente en encauzar todas las almas por el sendero de la Virtud, de la Moral y de la Confraternidad, en la más amplia acepción de la palabra, tratando, dentro de estos nobles postulados, de asegurar una ventura infinita para todos en la vida eterna.

"Los postulados fundamentales del Gobierno actual, que cree interpretar fielmente los anhelos populares, pueden considerarse así: Encauzar a todos los hijos de México por el sendero de la Moral, de la Virtud y de la Confraternidad, en la más amplia acepción de la palabra, tratando de encontrar dentro de estos postulados un mayor bienestar para la vida terrenal, y si los dos programas llegaran a realizarse, sería la conquista máxima de bienestar para todos los que habitamos la Tierra, porque la ventura y bienestar quedarían definitivamente conquistados para todos en esta y en la otra vida.

"La religión católica exige a sus ministros nutrir y orientar el espíritu de sus creyentes. La Revolución que acaba de pasar exige al Gobierno de ella emanado nutrir el estómago, el cerebro y el espíritu de todos y cada uno de los mexicanos, y no hay en este otro aspecto básico de ambos programas nada excluyente y sí una armonía indiscutible. Yo lamento muy sinceramente que los miembros del Alto Clero Católico no hayan sentido la transformación que se está produciendo

en el espíritu colectivo hacia orientaciones modernas, en cuya transformación están perdiendo fuerza cada día las doctrinas afectivas y abstractas y robusteciéndose las efectivas-sociales, y que a esta vigorosa evolución le estén negando su contingente de cooperación y muchos de ellos estén oponiendo una sistemática obstrucción para su desarrollo, máxime, como antes digo, cuando sus postulados son cristianos en su esencia y en su forma, y en nada desvirtúan las doctrinas que los miembros de la Iglesia sustentan en su teoría; y si existe alguna falta de armonía, ésta radica principalmente en los métodos distintos que aplican entre sus teorías y sus prácticas.

"Es sensible seguramente que la falta de sinceridad entre algunos de los altos miembros del Clero Católico siga fomentando la pugna que ya han hecho sentir entre estas dos doctrinas que bien podrían complementarse si se obrara con toda buena intención y sin más mira que el bienestar de los semejantes, pugna en la que seguramente irán perdiendo terreno los postulados afectivos y abstractos, porque en este caso ya no se trata de un solo fanatismo metafísico, que monopolizó por más de dos mil años el espíritu de las masas populares, sino de la pugna de dos fanatismos que se disputan ese espíritu: el uno, afectivo y, por consiguiente, abstracto; y el otro efectivo y, por consiguiente, material. El primero, que nutre el espíritu y lo prepara para el sacrificio; el segundo, que nutre el estómago, el cerebro y el espíritu, para evitar el sacrificio. Y en esta lucha, que tan desventajosamente se presenta, serán muy pocos, indudablemente, los que acepten el primero de los fanatismos, y si los encargados de ese ministerio exigen la disyuntiva y declaran que ambos se excluyen, y que no se puede ser católico y no se puede servir a Dios, si se pide un poco de bienestar y un poco de equidad, para que se rijan las conciencias en esta vida, máxime cuando los postulados del verdadero socialismo están inspirados en las doctrinas de Jesucristo, quien, con toda justicia, está siendo considerado como el socialista más grande que haya conocido hasta ahora la Humanidad.

"Yo invito a ustedes con la sinceridad que caracteriza a los hombres de la Revolución y los exhorto para que, en bien de nuestros semejantes, no desvirtúen ni entorpezcan el desarrollo del programa esencialmente cristiano y esencialmente humanitario, por lo tanto, que el Gobierno surgido de la Revolución pretende desarrollar en nuestro país, donde nuestras clases oprimidas han experimentado por muy largos y amargos años el contacto de todas las injusticias y la absoluta ausencia de un espíritu de confraternidad y de equidad que debió haber imperado en las clases directoras y elevadas, las que descuidaron la parte noble de la misión que los hombres tenemos en la Tierra y encaminaron todo su esfuerzo al acrecentamiento de sus fortunas materiales; protestándoles con igual sinceridad que no sólo no encontrarán ningún escollo en la labor que su culto les exige desarrollar en este país, sino que tendrán el apoyo y la simpatía de todos y cada uno de los mexicanos que no exigimos más que no se oponga una sola barrera sistemática e injustificada al desarrollo de un anhelo popular que ha adquirido tal fuerza en el espíritu colectivo, que revelaría la más completa ignorancia en aquel que negara la existencia de ese anhelo y que se opusiera a su realización definitiva.

"De ustedes, con toda consideración, atento y S. S.—A. Obregon."

DISCURSO pronunciado por la señorita profesora Diva de Campos en la recepción ofrecida por la Escuela Normal de Profesoras de Sao Paulo, República del Brasil, al Embajador especial de México, Licenciado José Vasconcelos

Excelentísimo señor Embajador:

Señores, caros colegas:

"La bondad de vuestra visita a esta escuela es para nosotros motivo de justo orgullo.

Sois Embajador de Nación caballeresca y gloriosa, y venís a traer los votos de vuestro admirable pueblo a los hermanos del Continente en las fiestas del centenario de su independencia.

Esta gentileza de vuestro Gobierno nos conmueve y nos hace más solidarios en el ideal común que perseguimos por la libertad y por la civilización.

Un pueblo como el vuestro, cuyos orígenes radian gloria inmortal; un pueblo que antes de la conquista europea ya brillaba en las ciencias y en las artes, con las tradiciones de un Moctezuma; un pueblo que da al mundo el ejemplo de fusilar emperadores extranjeros que le querían ser impuestos; un pueblo que no teme designios poderosos y sabe mantener su integridad territorial y su independencia política con su completa soberanía, es un pueblo cuyos homenajes y cortesía honran sobremanera a quien los recibe.

Es lo que sentimos ante vuestra Embajada.

Es lo que esta escuela reconoce en vuestra visita, y por todo lo cual os aplaudimos, y bendecimos a vuestra gloriosa Nación."

EL BRONCE DEL INDIO MEXICANO SE APOYA EN EL GRANITO BRUÑIDO DEL BRASIL

DISBURSO DEL SEÑOR EMBAJADOR LICENCIADO JOSE VASCONCELOS, EN RIO JANEIRO

A la Secretaría de Relaciones Exteriores acaba de llegar, íntegro, el discurso que pronunció en Río Janeiro el señor licenciado José Vasconcelos, Embajador especial de México durante las fiestas de celebración del primer centenario de la independencia nacional de la República brasilera, y en ocasión del descubrimiento del monumento a Cuauhtémoc, donado por nuestro país a esa nación hermana.

Publicamos su texto, que es el siguiente:

"Excelentísimo señor Presidente;

"Señores:

"Me cabe la altísima honra de ofrecer al Brasil, a nombre de México, esta estatua de nuestro mayor héroe indígena, del héroe que está más cerca del corazón mexicano. Un héroe fracasado si se le ve desde el punto de vista de los que sólo reconocen el ideal cuando se presenta en el carro de la Victoria, domeñando altiveces y aplastando rebeldías; mas, para nosotros, un héroe sublime porque prefirió sucumbir a doblegarse, y porque su memoria molestará eternamente a los que tienen hábito de halagar al fuerte, y son esclavos incondicionales del éxito, en cualquiera de sus miseras formas. Un héroe del dolor vencido alza en este bronce su penacho enhiesto, su flecha voladora y su boca muda, sin jactancias en la acción y supremamente desdeñosa en la derrota. Se irgue una vez más ante los siglos, ya no sólo en la capital de México, sino también en este Brasil cordial que abre sus puertas a todos los pueblos, pero que sabe aliar su corazón a la justicia y al derecho, al heroismo y a la bondad. El bronce del indio mexicano se apoya en el granito bruñido del pedestal brasilero; dimos bronce, y nos aprestáis roca para asentarlo, y juntos entregamos, en estos instantes, las dos durezas al regazo de los siglos para que sean como un conjuro que sepa arrancar al Destino uno de esos raptos que levantan del polvo a los hombres y llenan los siglos con el fulgor de las civilizaciones: el conjuro creador de una raza nueva, fuerte y gloriosa.

¿Por qué deseamos partir de este símbolo?; ¿qué es, para nosotros, este indio que hoy se levanta orgulloso entre el fausto de gentes que no son las suyas? La historia de Cuauhtémoc es breve como un episodio y resplandeciente como una ráfaga divina; una de esas majestades que hacen enmudecer al poeta, callar al filósofo y ante las cuales sólo el narrador procura ensayar un canto que imite al ritmo del maravilloso suceso humano. Sabéis la historia: los conquistadores, el Conquistador, el más grande de todos los conquistadores, el incomparable Hernán Cortés, que vencía con la espada y convencía con la palabra, después de su audacia gloriosa de quemar barcos para encadenar victorias, avanzaba con grandes ejércitos, iluminado por la aureola de las leyendas. Los caciques indígenas que pretendían resistirle caen aniquilados por el fuego sagrado de armamentos inauditos, que servían a los conquistadores como si fuesen hijos del mismo dios Sol que ilumina la tierra.

Veracruz, Tlaxcala, media docena de reinos limítrofes se habían declarado vencidos y habían puesto sus ejércitos a disposición del conquistador, y el mismo Moctezuma, el orgulloso monarca, lo recibía en la capital azteca, y le entregaba su palacio y le prestaba vasallaje. Era la civilización nueva que avanzaba: la raza de los fuertes; la raza de los semidioses, que invadían sin remedio y aniquilaban para siempre la antigua, la orgullosa raza conquistadora mexicana. Y los hombres avisados del imperio azteca, los que correspondían a lo que hoy se llama la gente sensata; los egoístas, los pusilánimes, los ingenios sin corazón, proclamaban que la resistencia era inútil, y mejor plegarse a lo inevitable, y entregar las tradiciones y los ideales propios a la voluntad del más fuerte para que los forjase a su antojo, tal y como todavía tantos exclaman ante el avance de todos los fuertes. Pero un héroe es un hombre que tiene la audacia de romper toda esta maraña de pensamientos cobardes, para poner en obra el impulso interior de la justicia divina. Lo mismo si triunfa que si cae vencido, el héroe es ímpetu sincero y noble arrogancia. Ímpetu que niega y anula los hechos si los hechos son viles, y arrogancia que desafía la adversidad si la adversidad derrota al ideal. "Es la raza invencible de los hijos del Sol," decían los timoratos, y entonces Cuauhtémoc se puso a matar hijos del Sol, y exhibía a los muertos con escarnio para que el pueblo viese que los cobardes mentían. Y usando de su calidad de príncipe y del poder que había en su alma férrea, logró sugestionar a algunos de los suyos, reunió a los jóvenes, formó falange y empezó la lucha desigual, la lucha eterna y sagrada del débil que posee la justicia contra el fuerte que la reemplaza con sus conveniencias. Lucha que, aunque sea desesperada y obscura, debe siempre aceptarla el débil, porque es el espíritu quien impone las nor-

mas y su propósito repercute en el tiempo y a veces trueca la amargura en dicha y la derrota en triunfo.

Todo esto, sin filosofía, lo dijo Cuauhtémoc en la página elocuente de sus arrebatos, y fué con la ironía y la prédica, con el desdén y la violencia, forzando combates, befando a Moctezuma como a un traidor—porque hay ya un traidor en todo el que transige con la injusticia—y retando a Cortés, y por fin venció a Cortés, y ayudando a Cuitláhuac lo destrozó, lo arrojó fuera de la ciudad, y lo hizo llorar sus pérdidas en la célebre Noche Triste del gran Conquistador. Noche memorable en que Cortés debe haberse sentido hermano de su gran enemigo, hermano por la grandeza y el dolor, y también porque, desde entonces, quedó escrito que en las tierras de Anáhuac no sería una sola raza la vencedora, sino dos razas en perenne conflicto, hasta que la República viniese a poner término a la pugna, declarando que el suelo de México no es, ni será propiedad de un solo color de la tez, ni de dos razas solas, sino de todas las que pueblan el mundo, siempre que amolden sus ímpetus al ritmo secular indoespañol.

Todo este proceso del futuro pasó, sin duda, en forma confusa, por la mente de aquellos dos héroes en la célebre noche en que el indio vió llorar al español, y el Destino siguió su marcha inflexible que arrastra a los hombres. Más tarde Cortés volvió con todos sus soldados y compañeros y, después de un sitio prolongado y cruento, capturó la ciudad y a Cuauhtémoc, y lo llevó al tormento para arrancarle el secreto de los tesoros reales; y Cuauhtémoc, como sabéis, aprovechó la ocasión para hacer una célebre frase, y finalmente, cuando ya prisionero y vejado, era conducido al cadalso y el fraile que le acompañaba le prometía el cielo si abrazaba la fe de sus vencedores, Cuauhtémoc le preguntó si a ese paraíso de que hablaba el fraile iban también los enemigos de su patria y, habiéndosele contestado afirmativamente, el indio repuso: "Entonces, padre, yo no voy al paraíso," y estas fueron las últimas palabras que dijo, y con Cuauhtémoc desapareció, para siempre, el poderío indígena.

Tal es la simple y férrea historia del héroe para quien os pedimos la hospitalidad de esta playa abierta al mar, y apoyada en la montaña, es decir, por el frente la libertad de todos los caminos, pero en la base el granito en que labra su futuro la nueva raza latina del Continente, una en la sangre y en el anhelo, en el dolor y en la dicha. Tal es el símbolo que entregamos a vuestras miradas de todos los días, y que pretendemos quede enraizado en vuestra propia tradición para que en ella signifique lo que hoy significa en la nuestra: la certidumbre de la propia conciencia y la esperanza de días gloriosos. Pues este indio es, para nosotros, un símbolo de la rebeldía del corazón; es la crispación del brazo ofendido, pero también el alarde de la mente. Y ahora Cuauhtémoc renace porque ha llegado, para nuestros pueblos, la hora de la

segunda independencia, la independencia de la civilización, la emancipación del espíritu, como corolario tardío, pero al fin inevitable, de la emancipación política.

El primer siglo de nuestra vida nacional ha sido un siglo de vasallaje espiritual, de copia que se ufana de ser exacta, y esta es la hora, no de la regresión, pero sí de la originalidad que, aunque fuese vencida en la tierra, buscaría refugio en la mente para expandirse, porque ni quiere ni puede perecer y brega porque la anima un impulso sagrado.

Y esa originalidad que toda civilización verdadera trae consigo no la hemos logrado en un siglo, porque nos ha faltado la valentía de Cuauhtémoc, su fe en una concepción propia del mundo, y su audacia para poner en el cielo lo que de momento no pueda triunfar en la tierra.

Yo bien sé que hoy, como ayer, hay quienes niegan y hay quienes ignoran estos presagios que ya resuenan en el viento; estas voces de una gran raza que comienza a danzar en la luz; pero los incrédulos de hoy, lo mismo que los que aconsejaban a Cuauhtémoc que no batiese a los españoles, porque los españoles eran la raza superior, la raza civilizada, pasarán como pasaron los pusilánimes de antaño, sin dejar ni siquiera un rastro, mientras que el indio magnífico, el rebelde absurdo, se levanta orgulloso sobre la tierra de dos continentes. Ellos no son, así como los de hoy no serán mañana, y por encima de todos resplandece la flecha que apunta a los astros.

Cansados, hastiados de toda esa civilización de copia, de todo ese largo coloniaje de los espíritus, interpretamos la visión de Cuauhtémoc como una anticipación de este florecimiento, o más bien dicho, nacimiento del alma latinoamericana, que en todos nuestros pueblos se ha acentuado con intensidad irrevocable, y miramos en su gesto unas veces el desafío y otras el ensueño; un presagio feliz de esta vida nueva que se desborda en todas las naciones del continente nuestro, y que ha de verse consolidada en mentes que le den gloria, en corazones blandos que la tornen noble, y en voluntades firmes como el bronce azteca.

Claro está que la nación mexicana, en su culto por Cuauhtémoc, no quiere significar un propósito de hacerse estrecha y de cerrar sus puertas al progreso; no pretendemos volver a la edad de piedra de los aztecas, como no aceptaríamos volver a ser colonia de ninguna nación. Tampoco renegamos de Europa ni le somos de manera alguna hostiles; agradecemos sus enseñanzas, reconocemos su excelencia y tendremos siempre abiertos los brazos para todos sus hijos; pero queremos dejar de ser colonias espirituales. "Independencia ou morte," dijo un héroe ilustre de Brasil, y el Destino le respondió con la libertad y la vida, y ahora reclamamos vida propia y alma propia. La importación ha sido tal vez fecunda,

pero ya no es necesaria; hemos asimilado, y ahora estamos en el deber de crear. Esto no es rencor ni es petulancia: es lozanía y es generosidad. Inventaremos la forma según nuestro propio gusto, y crearemos vida universal, pero imprimiéndole el ritmo que está en nuestra alma. Lejos de volverse rencorosa al pasado, la flecha de Cuauhtémoc apunta generosa al porvenir y lo invoca para que se someta a las normas de su augusto sueño; un sueño aplazado y modificado, como se modifican ante la realidad todos los sueños; pero próximo a cumplirse, aún más glorioso y alto que el más alto ensueño. La Historia ha dividido el Continente americano en dos grandes razas ilustres que deben dar a la humanidad ejemplo de un desarrollo fraternal y fecundo. No somos como los norteamericanos, ni ellos son como nosotros, y esta diferencia interesa al progreso del mundo, porque sólo el concurso de las distintas aptitudes de los pueblos creadores podrá sentar las bases de una civilización integral y armoniosa.

Los norteamericanos han creado ya una civilización poderosa que ha traído beneficios al mundo. Los iberoamericanos nos hemos retrasado, acaso porque nuestro territorio es más vasto y nuestros problemas más complejos, acaso porque preparamos un tipo de vida realmente universal; pero, de todas maneras, nuestra hora ha sonado y hay que mantener vivo el sentimiento de nuestra comunidad en la desdicha o en la gloria, y es menester despojarnos de toda suerte de sumisión para mirar el mundo, como lo mira ese indio magnífico, sin arrogancia, pero con serenidad y grandeza; seguros de que el destino de pueblos y razas se encuentra en la mente divina, pero también en las manos de los hombres, y por eso, llenos de fe, levantamos a Cuauhtémoc como bandera y decimos a la raza ibérica de uno a otro confín: "Sé como el indio; llegó tu hora; sé tu misma."

La ceremonia que se verifica en estos instantes tiene, para nosotros, una conmovedora solemnidad. Somos algunos centenares de mexicanos, los primeros que jamás se hayan reunido en territorio del Brasil, y nos congregamos para hacer entrega de algo que es como un trozo del corazón mismo de la patria mexicana.

En las líneas de esa estatua han aprendido nuestros soldados, los soldados que ahí veis, esa su rigidez estoica, y en la flecha del indio aprenden nuestros poetas el vuelo audaz de sus sueños, y todo lo que de esa fuerza es nuestro, todo nuestro amor infinito lo ponemos ahora en el Brasil generoso, en el Brasil hermano, y en la misma voz y el mismo acento con que proclamamos amor y lealtad por la patria del indio que aquí se queda, juramos, con un juramento solemne, amar al Brasil como una patria distante, pero también nuestra; juramos defender al Brasil, gozar en sus dichas y sufrir con sus penas y llevarlo siempre en el pecho, tal y como esta estatua se queda enclavada en el corazón del Brasil."

Historia y Geografía

LA REPUBLICA DE CHILE

BREVE RESEÑA HISTORICA

Los Orígenes.—En el lugar que hoy se llama República Chilena, y por los últimos años de la Edad Media, habitaban hombres de raza cobriza respecto a cuya procedencia hay diversas opiniones: suponen unos que pertenecían a la misma raza que dominaba en las altas planicies del Perú; afirman otros que procedían de la raza guaraní, pobladora del Brasil, y hay quienes los relacionan con los habitantes de Polinesia. En vista de la diversidad de hipótesis no puede precisarse el origen de los antiguos pueblos que habitaban Chile; pero sí están de acuerdo todos los investigadores respecto al hecho de que formaban una sola raza y hablaban una misma lengua, lo que indica que tal raza no fué dominada por razas extrañas. Era un pueblo belicoso y apto para la guerra, como lo demuestran las invasiones que llevó a cabo uno de sus más ilustres caudillos, Tupac Yupanqui, a mediados del siglo XV.

Conquista Española.—Magallanes fué el primer europeo que vió tierras pertenecientes a Chile, descubriendo en noviembre de 1520 el estrecho que lleva su nombre.

Por el año de 1529, Pizarro, descubridor del Perú, recibió autorización para conquistar y establecer una colonia en el país de los Araucanos. En diciembre de 1533, al saber Carlos V que el imperio de los incas ya estaba sojuzgado, dividió aquellas vastas regiones entre distintos conquistadores, tocándole la parte Norte, de lo que hoy es Chile, a Diego de Almagro, quien emprendió la conquista del resto del país, pero con tan mal resultado que volvió al Perú sin haberla conseguido.

En vista del fracaso de Almagro, nadie emprendió otra campaña hasta que Pedro de Valdivia, en abril de 1539, solicitó tal empresa. Valdivia hizo varias exploraciones hacia el Sur, hasta Cachapoal; por encargo suyo Juan Bautista fundó la ciudad de La Serena; Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán llegaron hasta las orillas del Itaca y el mismo Valdivia avanzó hasta Biobío. El conquistador, necesitando recursos, en diciembre de 1547 volvió al Perú, de donde regresó en enero de 1549,

ya con el título oficial de Gobernador. Reforzado ya, trató de asegurar la conquista y, en su avance, sostuvo el reñido combate de Andalien; llegó a Talcahuano y el 3 de marzo de 1550 fundó la ciudad de Concepción, en 1551 la ciudad Imperial, en octubre del mismo año pasó el Tolténe, el Cruces, y, siguiendo la margen del Callacalla, en febrero de 1552 fundó la ciudad que lleva su nombre; en 1553 se edificaron los fuertes de Tucapel y Purén y el día primero de enero de 1554 murió el conquistador de Chile en la memorable batalla de Tucapel.

Muerto Valdivia continuaron luchando contra las insurrecciones de los araucanos Francisco de Villagrán, Rodrigo de Quiroga, Francisco de Aguirre, García Hurtado de Mendoza, Alonso de Ercilla (autor de *La Araucana*). Pedro de Villagrán, Bravo de Sarabia, Martín Ruiz de Gamboa, Alfonso de Sotomayor, Martín Oñoz de Loyola, Pedro de Vizcarra, Francisco de Quiñones, Alonso de Rivera, García Ramón, Juan Jara Quemada, Francisco Lazo de la Vega y Martín de Mújica, quien fué nombrado Capitán General por el año de 1646 y en cuya época cedió la guerra y muchas tribus adoptaron una actitud relativamente pacífica.

Los gobernadores que siguieron a Mújica procuraron afianzar el dominio de España en la Colonia, y por el año de 1736, bajo la administración de don José Antonio Manso de Velasco, se inició una era de progreso.

La Independencia.—En 1810, siendo gobernador García Carrasco, se inició el movimiento separatista. Reforzado por el levantamiento de don José Miguel Carrera, el 4 de septiembre de 1811, en Santiago, el movimiento fué sofocado momentáneamente con la derrota de O'Higgins, en Concagua, el 2 de octubre del mismo año. Reorganizados los insurgentes, en Mendoza, del otro lado de los Andes, volvieron al territorio chileno al mando del general argentino don José de San Martín, que entró con sus tropas al Valle de Putaendo el 8 de febrero de 1817. Cuatro días después vencía a los realistas en Chacabuco, victoria que le franqueó la entrada a la capital. El 12 de febrero de 1818 se promulgó solemnemente el acta de independencia. Pero el coronel español Mariano Osorio no se consideraba vencido; después de conseguir algunas ventajas avanzó hacia Cachapoal, siendo derrotado en los llanos de Maipó el 5 de abril de 1818, y el 8 de septiembre del mismo año el resto del ejército realista evacuó el territorio chileno.

Gobierno Constitucional.—Fué don Joaquín Prieto el primer presidente constitucional de la República de Chile (1831–1841), y en su tiempo tuvo lugar la guerra con la Confederación Perú–Bolivia, que terminó con el triunfo del general chileno Manuel Bulnes, en Yungay, el 20 de enero de 1839.

Después de la guerra con la Confederación Perú–Boliviana, Chile entró en un amplio período de paz y de progreso, interrumpido únicamente por algunos disturbios interiores de poca importancia.

Guerra del Pacifico.—Los gobiernos del Perú y Bolivia, unidos, determinaron explotar el salitre, a falta de guano; para monopolizar tal industria creyeron conveniente apoderarse de las llanuras salitrosas de Chile, y con tal motivo Bolivia provocó la guerra, y Perú acudió como

conciliador. Chile, al darse cuenta de que entre las dos naciones existía un tratado secreto en su contra, declaró la guerra que principió con el combate naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879, y terminó con la ocupación de la capital peruana por el ejército chileno, reteniendo éste las provincias de Tacna y Arica (1).

Las provincias retenidas por Chile han sido desde entonces la manzana de la discordia entre las dos repúblicas.

Las gestiones que, en distintas épocas, fueron hechas por los Gobiernos peruano y boliviano, resultaron ineficaces para conseguir, mediante tratados definitivos y con las compensaciones que se acordaran a favor de Chile, que las provincias en cuestión vuelvan a sus nacionalidades respectivas.

Cuando, según convenio de 16 de abril de 1898, la reina regente de España debía fijar las condiciones exigidas para tomar parte en el plebiscito que fallara definitivamente, el problema parecía resolverse con facilidad, pero surgieron dificultades a última hora y las sinopsis estadísticas y geográficas de Chile siguieron señalando, como límite Norte de dicha república, el río Sama.

En vista del fracaso de los convenios y en espera de un conflicto armado, las repúblicas contendientes han puesto esmerada atención en el ramo de guerra, por lo que Chile, a la fecha, resulta una potencia militar entre las naciones sudamericanas.

Recientemente, el primero de julio de 1922, los Gobiernos de Perú y Chile sometieron al arbitraje del Gobierno norteamericano el problema de Tacna y Arica, cuyo fallo era esperado cuando se celebrara la quinta conferencia panamericana, en Santiago de Chile; pero la negativa del Gobierno peruano para concurrir a tal conferencia presagia la imposibilidad de un arreglo. Perú y México son los países que se abstienen de concurrir a la conferencia del 25 de marzo de este año, aunque por distintos motivos.

DATOS GEOGRAFICOS

Conforme a su Constitución política, la república chilena se divide en 23 provincias y un territorio, y la autoridad suprema está encomendada a tres poderes: ejecutivo, legislativo (dos Cámaras) y judicial. Además, un Consejo de Estado, compuesto por miembros designados por el Presidente y por el Congreso, funciona de un modo importante como Cuerpo consultivo de la Administración. La educación pública se ve atendida con notable empeño en sus diversos grados, y conforme a un Concordato con la Santa Sede, la religión católica goza de la protección de la ley aunque existe en la nación notable libertad de cultos.

Las provincias de que consta la república chilena pueden distribuirse del modo siguiente, siendo de notarse que, en virtud de la corta anchura que en todas sus regiones presenta el conjunto de la nación, la mayor

(1) Los datos históricos de este asunto los ha publicado "El Maestro" en su edición correspondiente a enero de 1921 (tomo II, número 3). Véase Revista Editorial Informativa.

parte de las provincias y el territorio disponen de directo acceso al litoral: al Norte: Tacna, capital Tacna. Tarapacá, capital Iquique. Antofagasta, capital Antofagasta. Atacama, capital Copiapó. Coquimbo, capital La Serena.

Al Medio: Aconcagua, capital San Felipe. Valparaíso, capital Valparaíso. Santiago, capital Curicó. Talca, capital Talca. Maule, capital Cauquenes. Linares, capital Linares. Nuble, capital Chillán. Concepción, capital Concepción. Malleco, capital Angol. Biobío, capital Los Angeles. Arauco, capital Lebú.

Al Sur: Cautin, capital Temuco. Valdivia, capital Valdivia. Llanquihue, capital Puerto Montt. Chiloe (islas), capital Ancud. Territorio de Magallanes, capital Punta Arenas.

SANTIAGO (335,000 h.), importante ciudad, el centro más populoso en toda la parte occidental de Sudamérica, es la capital de la República. Asentada en una fértil y extensa llanura, con agradable apecto y con edificios notables, tiene bastante importancia industrial y comercial; y es, en el concepto intelectual, acaso el foco más notable que ofrece toda la parte de la América latina que corresponde al hemisferio austral.

VALPARAISO (163.000 h.), unido a Santiago por un ferrocarril en que existen atrevidas e interesantes obras de arte, es no sólo el primero de los puertos comerciales chilenos, sino también el principal en toda la costa O. de Sudamérica, en el que se concentra una gran parte del tráfico del Pacífico austral. Entre las demás ciudades de la República son de citarse CONCEPCION (55,000 h.), junto a la desembocadura del Biobío; TALCA (42,000 h.), notable por su tráfico; CHILLAN (35,000 h.), gran mercado ganadero; COPIAPO (16,000 h.), centro minero de primer orden. En la región boreal de la nación se hacen notables: IQUIQUE (43,000 h.), el puerto de mayor movimiento para el comercio de salitres, en la región cedida por el Perú, y ANTOFAGASTA (33,000 h.), puerto floreciente por donde hoy se realiza una parte del tráfico boliviano.

SITUACION Y LIMITES.—La República de Chile ocupa la parte extrema meridional de la costa occidental de la América del Sur, desde el paralelo 17°55' de lat. S., próximamente, hasta las islas Diego Ramírez por los 56°15' de lat. S. Confina al N. con el Perú, al E. con Bolivia y la República Argentina, y al O. y S. con el océano Pacífico.

FRONTERAS Y LITORAL.—El actual límite N. que lo separa del Perú es el río Sama y vaguada de sus vertientes, desde la cordillera de los Andes, limítrofe con Bolivia, hasta su desembocadura en el Pacífico (17°55' de lat. S.). Pero este límite es provisional; según el tratado de paz con la república del Perú, de 20 de octubre de 1883, ratificado en 28 de mayo de 1884, quedaba en posesión de Chile el territorio de las provincias de Tacna y Arica por el término de diez años, debiendo, a la expiración de este plazo, resolver un plebiscito si se anexiona definitivamente a Chile o si vuelve al dominio del Perú. Por el mismo tratado adquirió Chile toda la provincia litoral peruana de Tarapacá, que se extiende al S. del anterior territorio, desde el río Camarones, que desemboca en el Pacífico

por los 39°12' de lat. S. al N., hasta una línea imaginaria del volcán Túa al lagarejo Quillagua, en las márgenes del Loa y el curso de este río hasta su desembocadura en el Pacífico por los 21°18' de lat. S. La frontera con Bolivia hasta hoy constituída por los antiguos límites en esta parte entre dicha república y la del Perú, parte desde las vertientes que dan origen al río Sama hasta el volcán Túa por los 20°40' de lat. S. y 64°46' long. O. de Madrid, próximamente, pasando la línea fronteriza al E. de los cerros de pocos Pomarape, Parinacota y Guallatiri, y por los volcanes Isluga y Larima en la cordillera de Silillica. Desde el volcán Túa forma la frontera una línea que se dirige al S. por el salar de Ascotán y por la cima de los volcanes Oyagua y Cabana hasta el volcán Licancaur. Desde la cumbre de este volcán corre la frontera en línea recta, próximamente al E., pasando por Sapaleri, hasta la antigua línea divisoria entre Bolivia y la República Argentina. El territorio que queda al O. y S. de la frontera indicada al S. de la provincia de Tarapacá y hasta los 23° de latitud S. es de Bolivia; pero, por el pacto de tregua indefinida entre Chile y Bolivia, Chile gobierna durante la tregua con sujeción al régimen político y administrativo que establece la ley chilena al territorio boliviano que se extiende al S. y O. de aquella frontera y de la línea que lo separa de la República Argentina. Forman la frontera con esta última república la parte de la antigua frontera entre Bolivia y la República Argentina desde Cabra Mojones (22°40' de lat. S. y 62°59' long. O. de Madrid) al S., pasando por las cumbres de los cerros Cavalongo, Incaguasi y demás de este costado de la altiplanicie, y el *divortia aquarum* de la cordillera de los Andes, hasta el paralelo 52 de donde continúa al Oriente por este paralelo hasta su intersección con el meridiano de 70° O. de Greenwich (66°19' Madrid), y prosigue desde aquí, hacia el S. E., por la cima de las mayores elevaciones de la cadena de colinas de esa parte y por la de los montes de Aymón y del Dinero hasta rematar en el extremo de la punta Dungeness o de Miera, en la boca oriental del estrecho de Magallanes. Del lado opuesto de esa entrada del estrecho se prolonga al S. la línea divisoria, partiendo del cabo del Espíritu Santo en los 52°40' lat., hasta tocar en el canal de Beagle, donde coinciden con el meridiano de 64°53' O. Madrid, y sube en seguida por el mismo canal hacia el Oriente, dejando a esta parte la sección oriental de la Tierra del Fuego y la isla e islotes de los Estados para la República Argentina, y la occidental y central de dicha tierra con el cabo de Hornos para Chile. Tales límites fueron convenidos por tratado entre Chile y la República Argentina de 23 de julio de 1881, ratificado en 22 de octubre siguiente.

Las costas de Chile, desde la frontera N. hasta el canal de Chacao, presentan forma muy regular; pero hacia el S. están llenas de sinuosidades, y las desigualdades del litoral y las muchas islas que se extienden a lo largo de la costa forman gran número de estrechos y canales, golfos y bahías, penínsulas y cabos.

SUPERFICIE Y POBLACION.—El ancho del territorio de la República entre el Pacífico y la cumbre divisoria de las aguas de los Andes no baja de 170 y no excede de 300 kilómetros, pasará de 38° de lat.; 17°5'56",

incluyendo la costa de la provincia de Tacna, entre las desembocaduras del río Sama y quebrada de Camarones, cuya posesión es provisional. La extensión total de la República es de 753,216 kilómetros cuadrados, superior a la de todas las naciones de Europa, con excepción de Rusia. Es una mitad más grande que Alemania, Francia y España, el doble que la Gran Bretaña e Italia, y 23 veces mayor que Bélgica. Cuenta con más de 3.500,000 habitantes (chilenos).

Orografia. Los Andes de Chile.—La cordillera chilena desprén-dese de la gran meseta boliviana un tanto al S. de la ciudad de Potosí. Durante largo trecho conserva el aspecto de extenso lomaje, cuyas faldas bajan suavemente al E. y al O. Al S. del 29° paralelo esta enorme hin-chazón del suelo adquiere ya el aspecto de una vasta cadena de montañas, conservándose así sin interrupción hasta la extremidad meridional del Continente. Sobre la parte ancha que forma como la prolongación de la meseta, elévanse de trecho en trecho altas cumbres dispuestas en dos filas y formando el límite de las altas tierras. A medida que avanzan hacia el S. vanse ambas filas de alturas aproximando hasta confundirse en una sola. Presenta entonces una serie de macizos apoyados en las altas tierras mencionadas, los cuales van inclinándose de N. a S. de una manera in-sensible, desde 4,000 metros, altitud de la meseta boliviana, hasta el ni-vel del mar en el estrecho de Magallanes. Este declive interrúmpese úni-camente entre los grados 32 y 34, en cuyo espacio se alzan las cumbres más elevadas de los Andes chilenos y probablemente de toda América. Según ocurre en casi todas las cadenas de montañas, la línea suprema de altitudes no coincide con la divisoria de las aguas. El Aconcagua está situado al E. de ella; el Descabezado, el volcán Chillán y la sierra Vellu-da se hallan al O. La vertiente del O. es la que constantemente presenta pendientes más rápidas y asombrosas. La opuesta es más suave, y los estribos que se desprenden de la cumbre presentan el aspecto de planos suavemente inclinados que van a perderse en la inmensa llanura de las Pampas. De trecho en trecho vense por este lado sierras paralelas a la línea de vertientes, o que llevan el rumbo del sistema peruano. Estas forman los límites de las grandes hoyas hidrográficas de los ríos que co-rren al Atlántico.

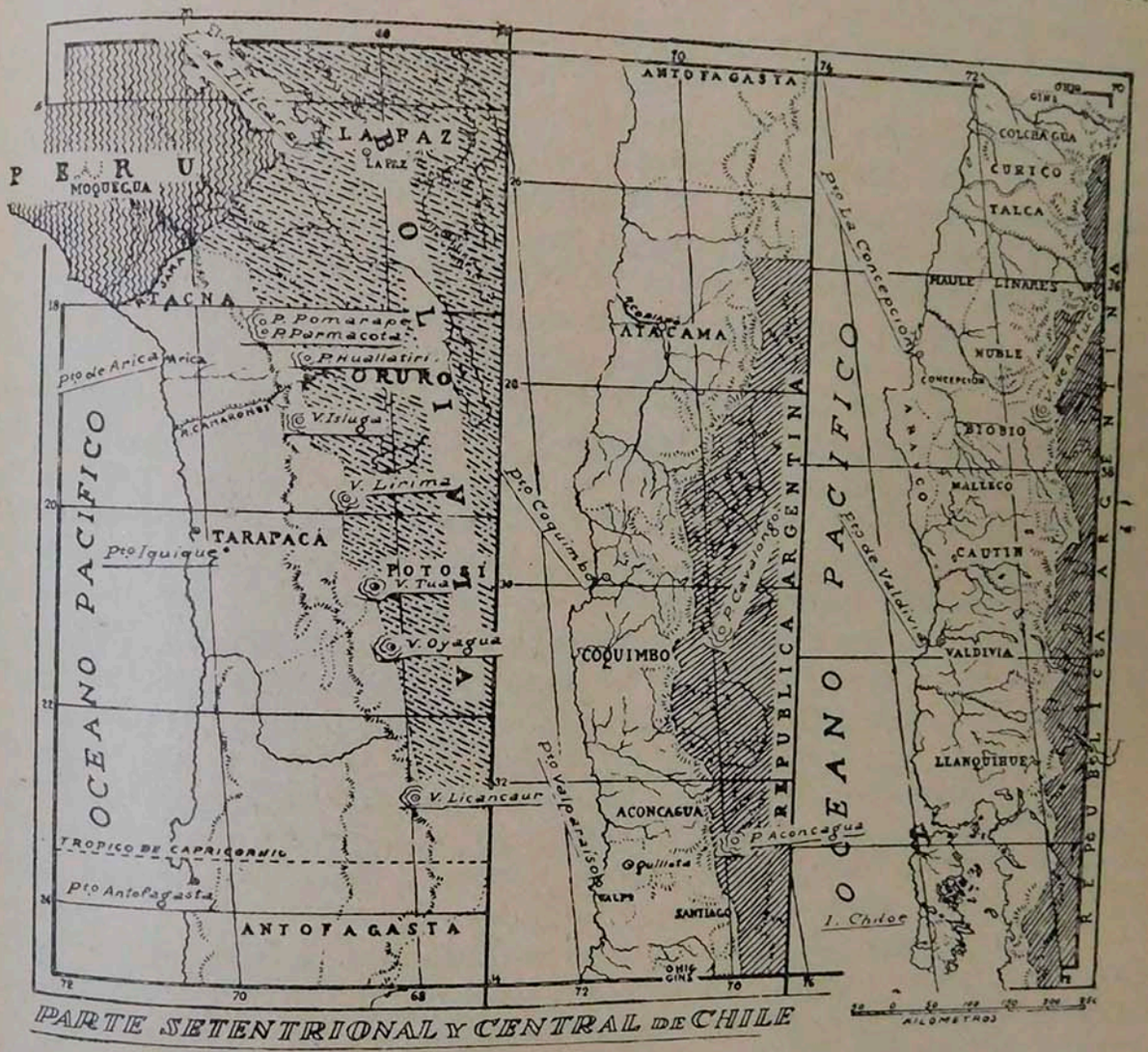
Hidrografia.—Chile no es, ni puede ser, un país de grandes ríos a causa de la poca distancia que media entre la cadena en que casi todos nacen, y el mar. La cantidad de agua que arrastran depende en primer lugar de la latitud, pues las lluvias aumentan en Chile de N. a S. en pro-porción notabilísima. Los ríos que nacen en los Andes, entre los paralelos 24 y 28, ni siquiera llegan al mar. La mayor parte del agua se pierde por evaporación, y el resto se infiltra en el suelo para reaparecer en forma de pequeños manantiales salobres. El río Guasco es el primero que llega al mar.

Las cuencas chilenas pueden clasificarse en dos grupos: 1.°, grandes cuencas comprendidas entre los Andes y el mar; 2.°, pequeñas cuencas entre el mar y la cordillera de la Costa.

La cuenca del Copiapó es la primera que se encuentra comenzando

por el N. La cantidad de agua que en ella se precipita es insignificante; de suerte que el Copiapó se pierde en las arenas antes de llegar al mar.

El Guasco, que le sigue, nace de la unión de los ríos Carmen y Tránsito, y desemboca en el mar al N. del puerto de su nombre. El Coquimbo, aunque riega una cuenca más reducida (7,000 kilómetros cuadrados), es algo más abundante. El Limarí, notable por la fertilidad de los terrenos que baña, presenta un enorme declive entre sus fuentes y sus bocas. El Choapa es ya bastante caudaloso. El Aconcagua, que le sigue, nace en el puerto de Uspallata; lleva un volumen de aguas considerable, casi todo



PARTE SETENTRIONAL Y CENTRAL DE CHILE

el cual se emplea para la irrigación de los terrenos vecinos. El Maipó, cuya cuenca tiene 13,150 kilómetros cuadrados, lleva al mar unos 100,000 metros cúbicos por hora; el Palena, uno de los más caudalosos de Chile, formado por correntosos ríos, que, como los anteriores que se le parecen, nace en el cordón oriental, y cruzando los otros dos cordones en que aquí se halla dividida la cordillera de los Andes, atraviesa o riega los extensos valles que se abren en su camino.

Clima.—El territorio chileno, tendido de N. a S. entre los paralelos 18 y 55, presenta una variedad inmensa de climas. A pesar de esto, el clima chileno tiene un rasgo característico: la benignidad. En general es más

templado que el de Europa. Débese esto a la gran corriente marina que después de haber recorrido las costas del Brasil y de la República Argentina da la vuelta a la punta meridional de América y sube hacia el N., llevando las aguas templadas de las regiones ecuatoriales a lo largo de la Tierra del Fuego. Al propio tiempo la corriente polar fría alcanza las costas chilenas hacia el 42 paralelo, templando así los ardores de las regiones septentrionales de la República. La configuración del suelo que va elevándose de O. a E. desde el mar a los Andes, contribuye a aumentar la variedad del clima. Chile presenta tres regiones cuyo clima va modificándose gradualmente de N. a S.: la región marítima, la del valle longitudinal y la cordillera de los Andes.

Productos Naturales.—Chile es país rico en minerales, y su suelo encierra casi todos los metales conocidos, con la particularidad de no haberse encontrado jamás en él estaño, bromo ni platino. Los metales explotados son, por orden de su importancia, el cobre, la plata, el plomo y el oro. El hierro, muy abundante en casi todo el país; el mercurio, que se encuentra en algunos lugares, y el zinc, que acompaña muchas veces al cobre y al hierro, no han sido todavía objeto de explotación, salvo el segundo, que se extrae en pequeñas cantidades.

Variadísima es la vegetación de Chile, que presenta la excepcional singularidad de aumentar en cantidad y en tamaño con la latitud. Los vegetales arborescentes, aunque pobres en especies, son los que mayor espacio ocupan y desde el paralelo de 34° hasta el estrecho de Magallanes forman tupidos bosques, que en algunas partes ocupan todo el ancho de Chile, especialmente entre los grados 39 y 42. Más al N. divídese esta inmensa selva en las ramas separadas por el valle longitudinal, y desde que se pasa el grado 32 sólo se encuentran árboles aislados, y más allá del 27 la vegetación está confinada en la vertiente O. de la cordillera marítima y en las partes medias de los Andes. Los árboles que forman las selvas de Chile pertenecen a unas setenta especies. En las provincias de Valdivia y Llanquihue alcanza la vegetación su mayor esplendor, y bajo el espeso toldo de follaje de los árboles crecen musgos, licopodios, magníficos helechos y otra infinidad de plantas.

Raza, Idioma, Religion.—La etnografía chilena está muy lejos de presentar, por la variedad de razas, el interés que ofrece la de las otras naciones americanas. Dos son las que existen en Chile, a saber: la indígena primitiva y la conquistadora de origen europeo, que forma la gran mayoría, fuerte, robusta y de buen aspecto.

La primera se divide en tres ramas, que son: 1.° La *fueguina*, formada por familias poco numerosas, enteramente salvajes, que vagan por las riberas y canales de la Tierra del Fuego y estrecho de Magallanes y que se extienden al N. del estrecho por la costa occidental del Continente e islas de los archipiélagos de los Chonos y Guaitecas, cuyos nombres toman comprendiendo parte del de Chiloé, donde dichos indígenas presentan un carácter menos rudo y mejor aspecto físico. 2.° La *araucana*, cuyos individuos, fuertes, altivos y belicosos, poblaban el territorio al O. de los Andes, desde Chiloé hasta Copiapó, subdivididos en parcialidades, de

las cuales las más notables eran: las típicas que ocupaban antes las comarcas centrales de Chile entre el Biobío y el Callacalla o Valdivia; las de los huilliches, al S. del último río; la de los pehuenches y puelches, en los valles del uno y del otro lado de los Andes, no subsisten ya de ellas en estado semi-independiente y con sus hábitos primitivos—aunque reconocen al gobierno de la República, bajo cuya protección se hallan,—más que los residentes entre poblaciones civilizadas de las comarcas al S. del Biobío y en algunos valles del interior de los Andes. Su número total no excede de 50,000 individuos. 3.° La de los *changos*, de afinidad peruana, resultado de la dominación de los incas en la parte septentrional de Chile, la cual habitaba principalmente la región litoral, desde el N. de la República hasta el río Choapa, vivía de la pesca y forma al presente parte de la clase trabajadora o jornalera. Propiamente son de la raza andina del Perú que prevalecía en la provincia de Tacna y Tarapacá al S., y de cuya procedencia son la mayor parte de los habitantes que pueblan los vallecillos de las quebradas o prolongadas cuencas de la sección oriental de esas provincias.

La masa de la población es de procedencia española y de otras nacionalidades europeas, con alguna, muy poca, mezcla de raza indígena primitiva en reducidas clases del pueblo. La raza africana se desconoce en Chile; la asiática tiene algunos representantes desde hace pocos años.

El idioma español es el oficial, y el único que se emplea en las relaciones de la vida común y civilizada.

Hay libertad religiosa, pero el Gobierno protege y sostiene el culto católico. Del arzobispo de Santiago dependen los obispos de Concepción, La Serena y Ancud, y los vicarios de Antofagasta y Tarapacá. Las provincias situadas entre el río Choapa y el Maule están bajo la jurisdicción inmediata del arzobispo; el obispado de La Serena comprende las provincias del N.; el de La Concepción se extiende desde el Maule hasta el Tolten, y el obispo de Ancud ejerce jurisdicción al S. del último citado río. Hay templos y capillas protestantes en Valparaíso, Santiago y en algunas otras ciudades.

BOSQUEJO HISTORICO DEL PERU

POR PAULINO FUENTES CASTRO.

(Segunda parte)

LA Revolución francesa, que iluminó el mundo haciendo comprender los derechos del hombre, trajo al Perú sus ecos libertadores y comenzó a levantar los espíritus, elevándolos a concepciones de derechos desconocidos y no consentidos. Desde entonces comenzaron los intentos de sacudirse del yugo secular; y aunque fracasaban constantemente, por la inercia de unos y la traición de otros, la semilla de la revolución estaba echada y cundía en distintos puntos, de Norte y Sur. Verdad que los españoles se habían vinculado a la raza autóctona; pero los descendientes de estas familias no aspiraban a desalojarlos, sino a independizarse del rey de España, para constituir un gobierno propio. Esto era el concepto fundamental.

El estado a que habían reducido la colonia era propicio al mantenimiento de la servidumbre. La clerecía, y especialmente los frailes, se habían apoderado de la conciencia de los fieles, y cada familia de alguna significación tenía su consejero para todos los asuntos de la casa; la distribución de los bienes, las disposiciones testamentarias, los casamientos, nada se hacía sin su intervención. De los bienes de familia obligaban a deducir la mejor parte (si no el todo) para el culto de las iglesias y el sostenimiento de conventos, de donde vino a resultar que se acumularon ingentes riquezas en estos lugares, las cuales se sustrajeron al cambio de los negocios, a las industrias y al comercio. No faltaron algunos sacerdotes, sin embargo, de altas virtudes cristianas, como Santo Toribio de Mogrovejo, fundador del Colegio del Seminario, y Santa Rosa de Lima, y algunos beatos piadosos, como fray Martín de Porras, a quien se atribuyen milagros.

La instrucción laica era limitadísima. En los conventos se abrieron escuelas de enseñanza primaria para los pobres. Pero era tal la deficiencia de la instrucción, que en algunas familias de la nobleza se prohibía que las mujeres aprendieran a escribir La lectura se limitaba a vidas de santos.

Con la creación del Colegio de San Carlos, origen de la actual

Universidad de San Marcos, se instituyó el primer centro científico; y aunque por mucho tiempo fué un privilegio de nobles la asistencia a él, andando los años fué esparciendo su enseñanza a las otras clases sociales.

La enseñanza de castellano estaba encomendada a los curas de la Sierra, donde se hablaba el quechua o el aimará, según los lugares. Pero tan imperfecta resultó esta propaganda de la lengua peninsular, que hasta nuestros días se conservan defectos de pronunciación y sintaxis en ciudades de importancia del interior, aun entre personas que han adquirido instrucción superior. También provienen estos defectos del carácter personal de los pobladores que fundaron la colonia. Al Perú vinieron generalmente los procedentes de Sevilla, como lo acreditan los apellidos de García, Castro Torres, Fuentes, etc., tan comunes y que se han trasmitido por generaciones hasta nuestros días. Por eso, ciudades como Lima y Trujillo, guardan perfecta analogía con Sevilla hasta en sus construcciones moriscas, que van reemplazándose hoy por las construcciones modernas.

A pesar de esta situación de atraso, surgieron hombres eminentes en las ciencias y en la literatura, que han alcanzado reputación de sabios en la misma Europa: Pedro de Peralta, Caviedes, Olavide, el ya citado Garcilaso de la Vega, Valdés y, sobre todo, el enciclopedista doctor don Hipólito Unanue, que, como tal, reunía a un gran talento vastos conocimientos en medicina, geografía, etc. Honra única y preclara puede considerarse la publicación de "El Mercurio Peruano," grandioso monumento periodístico, de cuya colección se han hecho reproducciones en el extranjero, y que figura en la gran biblioteca de Londres como un modelo de sabiduría.

La gracia y el donaire de las peruanas, especialmente de las limeñas, ha sido proverbial. Hasta el año de 1855 usaron la saya y el manto de la costa; en la sierra, el anaco y el faldellín, dejando libre la pierna. Estos tipos han sido ponderados por los viajeros.

El Perú y México fueron los países de los reyes de España donde más fácilmente se aclimataban sus súbditos, por lo benigno de la temperatura y la asimilación de los usos y del carácter. Pero, más que por eso, lo que indudablemente era un aliciente para los españoles que procedían de la Península, eran las ingentes riquezas que contiene su suelo y los contingentes de millones de pesos con que aumentaban el tesoro real.

Los abusos que durante el Virreinato se cometían con los indios hizo, al fin, que se pusiera a éstos al amparo de leyes especiales, dándose la legislación que lleva por título Leyes de Indias, tan sabias como previsoras. Bajo la vigencia de este código el gobierno colonial fué más humano.

Muchos defectos de educación hicieron daño profundo a la

raza, que iba mezclándose paulatinamente con los indígenas y con los negros que se introdujeron después como esclavos, para sustituir a aquéllos y ayudarles en la labranza del campo y en el servicio doméstico. Esta mezcla dió por resultado a los mestizos, los cholos y los zambos, considerados todos bajo la denominación general de mestizos. Desde niños se les preparaba a la inacción y al miedo de la vida, asustándolos con el cuco, con mentidos fantasmas y con supuestas apariciones de almas de los difuntos que venían del otro mundo a reclamar algo. Se les hacía concebir la existencia de un infierno material, con todos los horrores y suplicios que pueden ser sufridos: con pailas de aceite y de azufre hirviendo, movidas por los diablillos mientras Satanás, con su gran tridente a manera de Neptuno, agitaba, en medio de las llamas, su candente instrumento, ni más ni menos que un director de orquesta que blande la batuta. Hasta hace pocos años se han conservado pintados al óleo, en grandes lienzos, escenas parecidas a la que acabamos de transcribir, copiada de un lienzo de nuestra propia observación. Difícil era reformar a semejantes tipos humanos, adormecidos por la superstición y el fanatismo, a las claridades de la razón y al ensanchamiento moral de la libertad. Sin embargo, de esa misma raza salieron los más grandes librepensadores del Perú en época de la República, como Manuel González Prada; los más valientes militares, como Salaverry; los soldados de la reserva que se batieron cuerpo a cuerpo en la batalla de Chorrillos y Miraflores con el ejército chileno en 1880, como Valle Riestra y Placencia, niños casi imberbes; y para enaltecerlos en justicia, de esos limeños afamados del siglo anterior se formó el regimiento de húsares de Junín, que selló la grandiosa batalla que acabó con el ejército realista, refiriéndose a los cuales el poeta Olmedo, en su canto épico a la batalla de Junín, los elogia calurosamente.

No era, pues, la peruana una raza refractaria a la civilización, como los pieles rojas exterminados por los norteamericanos, sino que, sometida a un doble yugo, civil y religioso, se veía privada de los medios de progreso y sumida en el obscurantismo mental, que es la peor calamidad que puede afligir a los individuos de la especie humana.

Con los elementos de riqueza que contaba el Perú, pudo ser la primera de las naciones de Sudamérica que siguiera a Colombia en independizarse; pero era tan concentrado el godismo, nombre que se daba a la agrupación ya considerable de españoles y españolizados en los principios del siglo XIX, en que tomó enormes proporciones la conspiración, que la infidencia hacía irrealizables los planes. Las denuncias se multiplicaban y se hacían presumir por la desaparición misteriosa de algún patriota cuyas ideas eran conocidas. Necesitábase el auxilio de los vecinos y de hombres expertos en el arte de la guerra. Los sacrificios aislados eran esté-

riles. Cada sedición era ahogada en sangre. Aguilar y Ubald, en el Cuzco, sublevó a los indios el año de 1809. Francisco Antonio de Zela, en Tacna, dos años después. El regidor Juan José Crespo y Castillo, en Huanuco, el año 1821. Y en 1814 había ocurrido el formidable movimiento de Pumachua, en el Cuzco, ayudado por los Angulo, Hurtado de Mendoza y el cura Muñecas

La revolución de Tupac Amaru en 1780, que fué una de las más formidables, no fué inspirada por el deseo de independizar al país, sino para aliviar la condición de los indios. Tuvieron lugar entonces batallas de razas, tan sangrientas, que se proponían el exterminio de los combatientes.

Estas fueron las principales insurrecciones contra el Virreinato, las cuales terminaban siempre con la decapitación de los vencidos.

Los insurgentes, como llamaban los españoles a los sudamericanos que peleaban por conquistar su independencia, recibieron al fin, en el Perú, el auxilio poderoso del general Bolívar, que, descendiendo desde el Orinoco, había libertado a Colombia, dividida hoy en tres repúblicas: Venezuela, Colombia y Panamá. Unido el ejército colombiano al del Perú y al que trajo San Martín desde la Argentina, después de sellada la independencia de su patria y la de Chile, se verificó una concentración de fuerzas militares que facilitaron la organización del ejército peruano. Los españoles designaron como punto de resistencia definitiva a la dominación, este país, y acumularon sus elementos de todo género con la esperanza de conseguir un triunfo que pudiera reaccionar sobre los demás países libertados. San Martín, considerando insuficiente su ejército para conseguir la extinción de las fuerzas españolas que sostenían el Virreinato, marchó en busca de Bolívar, con quien se puso de acuerdo en Guayaquil. Ese acuerdo fué de resultados eficaces, porque los aguerridos ejércitos que mandaban ambos generales decidieron el triunfo de la causa de la independencia del Perú, y consolidaron la de otras naciones hispanoamericanas del Sur. Después de derrotas y triunfos parciales, dos grandes batallas fueron bastantes para acabar con el dominio de los virreyes: la de Junín y la de Ayacucho, dadas en lugares situados en pampas de los departamentos que llevan estos nombres, a inmediaciones de sus respectivas capitales.

El 6 de agosto de 1824 tuvo lugar la batalla de Junín, mediante el avance de la caballería del ejército peruano, que dió alcance a los realistas mandados por Canterac, que contramarchaba a Jauja al tener noticias de la aproximación de Bolívar, siguiendo el camino de Huaraz a la altiplanicie de Bombón.

El 9 de diciembre del mismo año el ejército patriota fué atacado por los españoles en el campo de Ayacucho, donde había formado en línea de batalla para esperar a los enemigos. Después de

un sangriento combate, el virrey La Serna, que mandaba el ejército realista, se declaró vencido, según los términos de la capitulación.

Virtualmente esta última batalla fué el término de la dominación española; pues si los realistas conservaron las fortalezas del Callao, que fueron sitiadas por el ejército unido, la actitud de Rodil, que las mandaba, era completamente negativa para la reacción. En el castillo se cobijaron 2,200 hombres de tropas regulares, y un sinnúmero de personas particulares que habían sido perseguidas por los patriotas por su adhesión a la causa del rey de España. Extinguido el ejército español, después de las derrotas sufridas y la capitulación de Ayacucho, a la que no había querido someterse Rodil, sólo la inhumanidad de éste podía sostener un estado de cosas imposible. Al fin tuvo que capitular, el 23 de enero de 1826, la mayor parte de los sitiados y cerca de la cuarta parte de los dos mil doscientos soldados de la guarnición.

La ceremonia patriótica de San Martín en la Plaza de Armas de Lima fué el juramento de honor que se cumplió con las batallas de Junín y Ayacucho. Desde entonces se constituyó gobierno nacional; pero como aun quedaban españoles, durante ese período el Gobierno sufría los inconvenientes de la falta de unidad. Unos dominaban en la sierra, otros en la costa, otros en la parte de costa y sierra, produciéndose la anarquía, remedo de la de los conquistadores. Además, el Perú entró en guerra con Colombia en el año 1829; celebró la confederación peruano-boliviana; recibió la expedición armada de Chile, que terminó en la batalla de Pan de Azúcar, en el departamento de Ancachs. En todo esto andaban metidos los más ilustres generales de la guerra de la independencia: Gamarra, La Mar, Santa Cruz, etc. Sólo después de un largo período de lucha intestina se iniciaron los gobiernos regulares, elegidos o aclamados por los pueblos sin la imposición de la fuerza. Hasta el año 1850, interrumpido después en algunas situaciones, se mandaba el país por autoridad que tenía distintos nombres o títulos, tales como los de Protector, Libertador, Presidente, Dictador, Junta de Gobierno, etc.

La historia de los presidentes del Perú marca los períodos en que puede subdividirse la parte de la historia de esta república que abraza desde 1821 hasta la fecha.

La nomenclatura de esos primeros funcionarios que hemos dado, comprende, pues, un título o capítulo para los episodios de la vida política de esta nación, en la que se repiten los sucesos con muy pocas variaciones: las revoluciones y la sucesión constitucional de los gobiernos tienen una fisonomía idéntica. Puede decirse que cada período presidencial es el mismo que el anterior, porque los movimientos revolucionarios que lo crearon no han traído al nuevo gobierno grandes reformas. Se exceptúa de estos

períodos el del establecimiento de los códigos civiles del año 1850; de la revolución liberal del año 1855, que suprimió los diezmos y primicias para los indios y la esclavitud para los negros, y creó el régimen fiscal con el establecimiento, por primera vez, del presupuesto general de la República, debido a la administración del presidente gran mariscal don Ramón Castilla, que fué el autor de aquella revolución, contra el general Echenique, pues las demás, por lo general, han sido causadas por ambiciones personales de caudillos militares o círculos políticos que han dominado el país, constituyendo el régimen del militarismo, especie de dictaduras que, al fin, han desaparecido con el gobierno civil constituído por el partido que encabezó don Manuel Pardo el año 1871, desde cuya fecha se ha normalizado el gobierno del Perú, pues sólo se han sucedido tres revoluciones: la de don Nicolás de Piérola, el año 1880, durante la guerra con Chile; la del 17 de marzo del año 1895, del mismo caudillo, al mando del partido de la coalición, contra el gobierno de hecho del general Cáceres que, por segunda vez, había ocupado el Poder, y la del coronel Benavides contra el gobierno constitucional de don Guillermo Billinghurst, en 1914. Casi todos los presidentes del Perú, que lo han mandado durante este período de la Independencia, han estado sometidos a una constitución permanente y a leyes orgánicas que se modifican constantemente por los congresos reunidos cada año, ordinariamente, de un modo obligatorio, y extraordinariamente cuando el Presidente de la República así lo dispone.

Durante el transcurso del tiempo que dura la República se han expedido muchas constituciones, hasta la del año 1860, que es la vigente, con algunas modificaciones, siendo importantísima la que en el año 1915 ha realizado el Congreso autorizando la tolerancia de cultos.

La guerra más notable que ha sostenido el Perú después de la de su independencia, durante el período de los presidentes, fué con Chile, que terminó con el tratado de paz celebrado en Ancón.

La guerra del Pacífico, aunque fué desastrosa para el Perú, está llena de heroicos episodios y bravas hazañas, características de la raza. Esta terrible guerra entre dos naciones hermanas duró desde 1879 a 1882. En la primera parte de esta lucha los peruanos tuvieron la mala suerte de perder el poderoso acorazado "Independencia," que, al encallar cerca de Iquique, fué destruído totalmente por los chilenos el 21 de mayo de 1879. Este hecho dió a Chile gran superioridad en el mar, dejando a Perú con un solo barco de importancia, "El Huáscar," el cual después combatió en furiosa batalla cerca de Angamos, donde el valiente almirante Grau y más de las tres cuartas partes de su tripulación fueron muertos y heridos, siendo obligados a rendirse. Entonces la flota peruana dejó de existir, y los chilenos pudieron transportar

sus ejércitos con seguridad hacia el Norte, por el mar. El primer combate por tierra, de importancia, fué en San Francisco, que con la victoria cayó en poder de Chile la ciudad de Iquique. Poco después, aliados Perú y Bolivia, triunfaron en sangrienta batalla en Tarapaca, pero sin grandes ventajas. Por entonces la campaña de 1879 quedó terminada.

La segunda parte de la guerra dió comienzo en marzo de 1880, con el principal objeto de tomar la provincia de Tacna, que finalizó con la completa conquista de aquel territorio.

Victoriosos en el Sur en 1880, los chilenos se dirigieron a Lima; desembarcando en Pisco y avanzando hacia la capital, tuvieron dos reñidas y largas batallas en Chorrillos y Miraflores, donde, a pesar de la heroica resistencia de los soldados peruanos, salieron vencedores, tomando posesión de la ciudad. Con estos acontecimientos y disuelto completamente el ejército defensor, el éxito de las tropas chilenas era indiscutible, aunque continuaron peleando algunos grupos hasta septiembre de 1882.

En el detalle de la historia de este país hay hermosos episodios y raros acontecimientos, dignos de la novela y de la leyenda. Esa misma guerra del Pacífico ofrece el espectáculo de que un presidente constitucional, en el ejercicio del cargo, hubiera abandonado el puesto en los momentos en que Chile declaraba la guerra al Perú, en que un eminente caudillo hace una revolución, derroca al gobierno legal que sustituye al fugitivo, y crea la dictadura militar para hacer frente a la guerra; la formación de un tercer gobierno, apoyado por los vencedores chilenos, etc.

El Perú ofrece como tributo de hombres, a la civilización, personajes que lo colocan a la misma altura de los otros países sudamericanos y con quienes puede establecerse una verdadera competencia intelectual, de erudición científica y literaria. Además de las antiguas celebridades, como Alavide, Unanue, Caviedes y otros que yacen en las antigüedades peruanas, el Perú moderno cuenta con profundos pensadores como don Francisco de Paula González Vigil, uno de los primeros y más ardientes defensores de los gobiernos contra las pretensiones de la curia romana; el arzobispo don Manuel Tovar, de talento superior, guerrero, político, orador de primera clase, escritor público que pudo llegar a una gran figura en Sudamérica; el eminente librepensador don Manuel González Prada, poeta y filósofo, innovador, jefe de partido de ideas; el genial poeta José Santos Chocano, que ha llevado su fama, su nombre y la extravagancia de su vida errante a otros países del extranjero, por donde ha peregrinado; el sabio Barranca, naturalista y émulo del gran Raymondi, así como el crítico de éste, el políglota doctor don Pablo Patrón; y tantos otros que son gloria y prez del país en que nacieron.

HISTORIA DE GRECIA

DESENVOLVIMIENTO DE ESPARTA Y ATENAS

(*Conclusión*)

N esta sección echaremos una ojeada a la historia de los dos Estados más importantes de Grecia: Esparta y Atenas, y esbozaremos su historia hasta el período en que toda la Grecia se unió contra los persas, aproximadamente 500 años A. C.

31.—Al comenzar la historia auténtica de Grecia, encontramos a los espartanos como el poder dominante en el Peloponeso. Eran parte de aquella enorme ola de dorios que en el año 1100 A. C. (poco más o menos) invadieron la península Sur de Grecia; los dorios se extendieron y fundaron tres Estados: Argos, Mesenia y Laconia o Lacedemonia; pero con el tiempo los espartanos, esto es, el pueblo de Laconia o Lacedemonia, obtuvo la supremacía sobre todos los demás.

32.—El predominio que Esparta obtuvo sobre los demás Estados del Peloponeso fué debido, principalmente, a sus peculiares instituciones, que la tradición atribuye a un legislador llamado Licurgo. Sin embargo, nada se sabe de positivo sobre ese personaje y aun hay quien niegue su existencia. Es probable, no obstante, que Licurgo existió alrededor de 850 A. C., esto es, como un siglo antes de que empiece la historia auténtica, y que lo que él hizo fué definir claramente y fijar con precisión los usos y costumbres ya existentes.

33.—Pero la constitución peculiar de los espartanos fué más bien obra de las circunstancias en que vivían. En otras partes del Peloponeso los conquistadores dorios fueron gradualmente mezclándose con los nativos aqueos; pero en Lacedemonia se mantuvo la más estricta separación. Los aqueos, que se sometieron desde un principio, fueron autorizados para mantener su propia libertad individual, aunque sin ningún derecho político; pero la gran porción fué reducida a la esclavitud y se les conocía con el nombre de ilotas. Los ciudadanos de Esparta eran, por lo tanto, una reducida clase de señores (se calculaba que eran unos 9,000 en tiempo de Licurgo), en medio de una población diez veces mayor de esclavos y súbditos, y para mantener el dominio sobre éstos era indis-

pensable que todos aquéllos estuvieran organizados y educados militarmente.

34.—El objeto esencial de la legislación que se atribuye, o lleva el nombre de Licurgo, fué crear y mantener una raza de hombres vigorosos e incorruptibles; por lo tanto, se refiere más bien al reglamento de la vida privada y la educación física que al régimen político.

35.—Bajo tal sistema, a los niños raquíticos se les dejaba perecer; mientras que a los que se permitía que vivieran, los varones a la edad de siete años, eran separados de sus hogares y educados por preceptores del Estado. Los espartanos pasaban el día entero en público, tomaban sus frugales alimentos en comedores públicos por escuadras o compañías, para lo que cada uno contribuía con la parte que le correspondía del producto de sus tierras. Se le daba toda preferencia a los ejercicios gimnásticos y a las maniobras militares; porque la educación del espartano que comenzaba a los siete años no se interrumpía hasta que cumplía los sesenta. Se le acostumbraba a soportar el hambre y la sed, y el excesivo calor o frío y a sufrir las torturas más terribles sin quejarse. Para enseñarles estrategia y a guardar sigilo se organizaban expediciones con licencia para robar y se castigaba severamente al que se dejaba sorprender. Todos conocen la anécdota del joven espartano que escondió la zorra robada debajo de su capa y dejó que ella le hiciera pedazos las entrañas antes que dejarla ver. A las jóvenes se les educaba en ejercicios atléticos casi semejantes a los que se sometía a los hombres, pero separadamente. Esto creó una raza de mujeres vigorosas, cuya influencia en mantener el patriotismo de los hombres es tema de celebridad histórica. "Vuelve con tu escudo o sobre él," era la exhortación que una madre espartana hacía a su hijo al partir para el campo de batalla.

36.—La educación espartana producía guerreros, pero nada más. Aquel pueblo no contribuyó para nada a la literatura y a las artes de que el mundo es deudor a Grecia. La oratoria, especialmente, era despreciada, y la filosofía sustituída por aquellas sabias sentencias cuya brevedad todavía se denomina *lacónica*. El comercio estaba prohibido a los ciudadanos espartanos y sólo se permitía el uso de monedas de hierro para sus pequeñas transacciones comerciales; no se alentaba a las bellas artes, por creer que éstas llevaban al afeminamiento. Las labores agrícolas eran exclusivamente ejecutadas por los ilotas. Así, pues, los espartanos residían en la ciudad, en la que pasaban sus vidas de acuerdo con la disciplina de Licurgo, mientras que todas las otras peculiaridades ordinarias de la vida civilizada quedaban en manos de los que de ellos dependían. Esta disciplina sin duda alguna los hacía soldados intrépidos; pero como pueblo eran estólidos, innobles y crueles aun para aquellos tiempos de crueldad.

37.—La constitución de Esparta era peculiar. A la cabeza del Estado había dos reyes regentes, que mandaban los ejércitos y hacían los sacrificios públicos; pero con frecuencia su poder era meramente nominal y siempre restringido por el Senado y por las asambleas de todos los espartanos. Anualmente la Asamblea elegía cinco funcionarios llamados éforos, los que, en lo general, ejercían todos los poderes; así, pues, en realidad Esparta era una república oligárquica bajo el disfraz de una monarquía.

38.—Esparta, bajo el sistema de Licurgo, constituyó un Estado militar agresivo: conquistó la Mesenia (en dos guerras, 743 a 724 y de 685 a 668 A. C.), humilló a su poderosa rival la Argólide (547 A. C.) y así se elevó hasta ponerse a la cabeza de las comunidades dorias. Habiendo llegado a ser la potencia directriz en el Peloponeso, Esparta comenzó en el siglo VI (A. C.) a arrogarse el derecho de intervenir en los asuntos internos de los Estados griegos del Peloponeso, y lo probable es que quizá hubiera llegado a someter bajo su férula a todos esos Estados (dado que no estaba ninguno de ellos en condiciones de disputarle la preeminencia), no habiendo sucedido esto en la época de que nos estamos ocupando porque todos los Estados fueron llamados a unir sus armas contra las agresiones de los persas.

39.—Paralelamente con esta elevación de Esparta fué el crecimientro de otro Estado, que estaba destinado no sólo a levantar la libertad democrática mucho más allá que cualquier otro, sino también a mantener una supremacía intelectual sobre toda la Grecia. Ese Estado fué Atenas:

"Atenas, pupila de Grecia, madre de las artes
y de la elocuencia. Cuna de ingenios famosos."

40.—Sabido es que los atenienses pertenecían a la raza jónica, de la cual, ciertamente, eran la flor. La fundación de Atenas se pierde dentro del período mítico. Al principio los atenienses, como los demás helenos, vivían bajo el poder de reyes; pero, en el tiempo en que la verdadera historia ateniense comienza, encontramos que Atenas ya está libre del régimen real, habiendo sido Codrus el último de sus reyes.

41.—Sin embargo, los asuntos en Atenas no eran dirigidos en aquella época por todo el pueblo, sino únicamente por una clase privilegiada de nobles. Por lo tanto, aunque Atenas era una república, no era una democracia. El poder monárquico había cedido su lugar al funcionario que se llamaba *arconte*. Las funciones de éste en un principio se conferían únicamente a la familia real, y eran vitalicias; más tarde el funcionario sólo duraba diez años, y finalmente, abierto el campo para todo el cuerpo de nobles, el número de arcontes se elevó a nueve, y el período que duraban se

redujo a un año. Había también un Senado, posteriormente llamado Areópago; pero éste era formado exclusivamente por nobles. Vemos, por lo tanto, que la gran masa del pueblo no tenía participación de ninguna especie en el gobierno; y sucedió en Atenas lo que generalmente sucede cuando el poder lo retiene una sola clase: que la oligarquía abusa de sus privilegios.

42.—El descontento del pueblo a la larga fué tan serio, que a un estadista llamado Dracón se le encomendó en 624 (A. C.) redactara y escribiera un Código de leyes. Estas se hicieron notables por su extrema severidad, pues imponían la pena de muerte para toda clase de delitos, lo mismo para raterías que para el sacrilegio o el asesinato. De aquí que se dijera que las leyes de Dracón habían sido escritas, no con tinta, sino con sangre; se ha dicho que él justificaba esa extrema severidad diciendo "que las ofensas pequeñas merecían la muerte y que no conocía otro castigo más severo para las mayores."

43.—La legislación de Dracón no consiguió calmar el descontento existente; la insufrible conducta de la aristocracia fué causa de levantamientos populares, y de ahí sobrevino un estado de anarquía del que Atenas fué salvada al comenzar el siglo VI (A. C.) por Solón. Solón había sido electo arconte y fué comisionado en 594 (A. C.) para reconstruir la constitución de Atenas. La forma satisfactoria en que ejecutó la obra echó los cimientos de la felicidad de su pueblo.

44.—El objeto principal de la constitución de Solón fué abolir la aristocracia opresiva, sustituyéndola por un gobierno moderado que admitiera a todos los ciudadanos atenienses a participar en el poder; pero dando una influencia preponderante a las clases elevadas. La legislación de Solón fué notable por su gran sagacidad política, y, bajo ella, Atenas progresó rápidamente; pero fué insuficiente para satisfacer a sus contemporáneos. Como sucede con la mayor parte de los políticos moderados, por un lado se les tilda de haber ido demasiado lejos y, por el otro, de no haber sido suficientemente radicales.

45.—El resultado fué una lucha de partidos que sólo concluyó cuando se hizo del poder un jefe llamado Pisístrato, quien asumió el puesto de dictador (560 A. C.) o como le llamaron los griegos, de tirano—término que en realidad quiere decir únicamente uno que ha usurpado el poder y no necesariamente uno que abuse del poder.—No hay razón para creer que la constitución de Solón fué derogada bajo Pisístrato. Atenas continuó gozando del gobierno republicano, aunque bajo la férula de un dictador. Pisístrato gobernó moderadamente, protegió las artes, editó las obras de Homero, y aun logró trasmitir su poder a sus hijos; pero, después de medio siglo de esta tiranía moderada, la familia de Pisístrato fué desterrada (510 A. C.).

46.—Un noble, llamado Clístenes, se hizo cargo del poder. Protegió la causa del pueblo, concedió el sufragio a todos los habitantes hombres, e introdujo una democracia pura, haciendo reformas a la constitución política, a la que se atribuye la grandeza de Atenas. Bajo la nueva constitución el Estado fué una democracia pura, y la implantación de la libertad y la igualdad dió gran impulso al espíritu patriótico. El resultado fué que Atenas pronto se elevara hasta ser el Estado director de la Grecia Central.

47.—En la época a que hemos llegado—principios del siglo V, A. C., Grecia se había constituído en la forma en que la veremos en los tiempos grandiosos de su historia. En esa época comienza una nueva era en la historia helénica. Los griegos iban a ser sometidos a la prueba de una gran invasión extranjera. Europa, encarnada en Grecia, iba a enfrentarse con la antigua Asia representada por Persia, y los hijos de la Hélade iban a salir de la lucha fuertes y ennoblecidos.

Diversos Temas

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD

POR SOTERO PRIETO.

(Segundo artículo)

LA célebre experiencia de Michelson, repetida en varias ocasiones con perfeccionamientos de detalle que aseguran mayor sensibilidad y precisión, respondió *negativamente* a la pregunta: ¿la velocidad de un cuerpo al través del *éter* altera, en alguna forma, los fenómenos ópticos estudiados por observadores que aquel cuerpo trasporta? Concretando más, diré que el resultado inmediato de la investigación de Michelson fué el siguiente: las *velocidades* de la luz, medidas en la Tierra en dos direcciones rectangulares, *son iguales* entre sí.

Era de esperarse —así lo expliqué en el primer artículo— (1) una influencia perceptible del movimiento anual de la Tierra en la velocidad de la luz; y todavía más, se había creído posible medir la *velocidad absoluta* de la Tierra en el *éter* y descubrir la dirección de esa misma velocidad.

Dentro de un barco que se traslada con movimiento rectilíneo y uniforme, los fenómenos mecánicos en que intervienen masas móviles son idénticos a los que se observarían dentro de un barco anclado o en la tierra firme. Todos los cuerpos que lleva consigo el barco participan de su velocidad; y, cuando se lanza un proyectil, la velocidad real que éste adquiere es una resultante de la originada por el impulso y de la que anima al barco. Ahora bien: los observadores, que también participan de la velocidad del propio barco, sólo percibirán en los cuerpos móviles las *velocidades* originadas por los impulsos que reciban, y de ningún modo podrán apreciar el efecto que el movimiento del barco tiene sobre los cuerpos que se mueven en su interior. Observaciones puramente *locales* (o, mejor dicho, *internas*) son insuficientes para responder a esta pregunta: ¿el barco está en reposo, o avanza con movimiento rectilíneo y uniforme?

Un ensayo de coordinación de los fenómenos ópticos, para explicar el resultado negativo de Michelson, es fácil elaborarlo asimilando la marcha de la luz observada en la Tierra con la marcha de los proyectiles lanzados y observados dentro de un barco en

(1) Véase la pág. 397 de EL MAESTRO, tomo I, núm. IV.—1921.

movimiento. La luz—podría discurrirse,—además de la velocidad con que se propaga cuando la emite una fuente luminosa en reposo, recibe una velocidad complementaria que le comunica la misma fuente, si ésta se mueve. Los rayos luminosos se portan entonces como proyectiles (o mejor, como chorros de proyectiles), y resulta así imposible que observaciones puramente terrestres—es decir, hechas por observadores conducidos por la Tierra, en rayos luminosos que proceden de fuentes trasportadas también por la Tierra—permitan delatar el movimiento absoluto de nuestro planeta.

Sin embargo, este punto de vista es insostenible. Sólo es aceptable para orientar al físico en el conjunto de fenómenos ópticos exclusivamente terrestres, pero no tiene alcance para explicar los fenómenos que se observan con fuentes luminosas extraterrestres. En efecto, la asimilación de la luz a los proyectiles—si bien está de acuerdo con la igualdad rigurosa de las velocidades de la luz en todas direcciones, cuando se utilizan fuentes luminosas terrestres—hace conjeturar que la luz que nos envían las estrellas posee diversas velocidades, según que la estrella se mueva hacia la Tierra o en sentido opuesto. La luz que provenga de una estrella en reposo con respecto a la Tierra, debe recibirse aquí con velocidad idéntica a la de las fuentes luminosas terrestres; la luz emanada de una estrella que se mueva hacia la Tierra con la velocidad de *cien kilómetros por segundo*, deberá llegar con una velocidad que exceda a la de la luz de origen terrestre en *cien kilómetros por segundo*, y, por el contrario, las estrellas que se alejen de nosotros irradiarán luz que alcanzará a la Tierra con rapidez inferior.

Pero nada de esto se realiza.

El astrónomo holandés De Sitter comparó la velocidad de la luz, emanada de una estrella que se acerca a la Tierra, con la velocidad de la luz enviada por otra que se aleja, y encontró que las dos velocidades son rigurosamente iguales.

Es bueno observar que si este resultado se hubiera obtenido hace cincuenta años, habría servido para robustecer la idea, muy aceptada entre los físicos de aquella época, de que la trasmisión de la luz se realiza en el seno de un medio fijo, el *éter*, y que exclusivamente son las propiedades mecánicas de este medio trasmisor las que determinan la velocidad de la luz, velocidad que no es afectada ni en lo más mínimo por el movimiento de la fuente luminosa.

*
* *

La experiencia de Michelson no hizo abandonar súbitamente la hipótesis del *éter* luminífero. El esfuerzo enérgico, por parte de Fitz Gerald y de Lorentz, en favor de la conservación del *éter*, es en verdad interesante y muy digno de ser conocido.

Para explicar que la luz recorra en tiempos iguales dos líneas rectas iguales entre sí y trasportadas por la Tierra, a pesar de que una de ellas es *paralela* y la otra *perpendicular* a la velocidad de nuestro planeta en su órbita, lo cual, según la exposición hecha en el primer artículo, no podía esperarse, puesto que el camino (ida y vuelta) del rayo luminoso a lo largo de la *paralela* tiene mayor longitud que el camino análogo correspondiente a la *trasversal*; para explicar—repito—semejante resultado, Fitz Gerald y Lorentz emitieron la hipótesis de que la Tierra (y, en general, todo cuerpo móvil) se *contrae* en la dirección de su movimiento al través del *éter*. Esto compensa el exceso previsto de un recorrido sobre el otro, y permite a la luz recorrer exactamente en el mismo intervalo de tiempo los dos caminos.

La contracción de Lorentz deja subsistir la creencia en un *éter* fijo, vehículo de las radiaciones luminosas, y es, además, una especie de venda con que la naturaleza nos impide, no digo *medir*, pero ni siquiera *percibir* el movimiento de los cuerpos materiales—y en particular el de nuestra Tierra—con relación a ese medio fijo, que indudablemente convendría tomar como definitivo sistema de referencia.

Por supuesto que la contracción de Lorentz es absolutamente inverificable. Si alguien comprueba la igualdad de dos varillas, poniéndolas mutuamente en contacto (con sus extremidades en coincidencia), y después las separa y las orienta, una *trasversalmente* y la otra *paralelamente* a la velocidad de la Tierra, no le será posible comprobar que la segunda varilla se ha contraído y que, por consiguiente, quedó con menor longitud que la primera. Cualquiera escala métrica que quisiera utilizar para valuar las longitudes de aquellas varillas, de una manera automática se contraería cuando quedara orientada en la dirección de la velocidad de la Tierra, y, por consiguiente, el resultado sería el mismo en las dos mediciones. El operador afirmará que las varillas son rigurosamente iguales.

Se conserva así la noción de un *espacio absoluto* y también la del *movimiento absoluto* de los cuerpos materiales, y, al mismo tiempo, se admite que el mecanismo puesto en juego por ese movimiento al través del *éter* provoca una deformación tal en el móvil, que todos los fenómenos observados en dicho cuerpo no exhiben ninguna huella de la influencia que sobre los mismos ejerce la velocidad absoluta.

Las velocidades de las estrellas, con respecto a nuestro Sol, en general son pequeñas. Decenas o centenas de kilómetros por segundo. Las contracciones longitudinales serían pequeñísimas si no hubiera movimiento de conjunto. Pero ¿quién puede asegurar que la Vía Láctea no se desaloja en el *espacio absoluto*, o al través del *éter*, con una velocidad de cien o doscientos mil kilómetros

por segundo? Bien puede admitirse esta última velocidad, con tal de imaginar un mecanismo que obliga a todos los cuerpos a contraerse de una manera considerable en la dirección del movimiento. Lo que nos parece esfera giratoria, es, en realidad, un elipsoide aplastado que gira en torno de cualquier diámetro, y cuyas partes se deforman de tal manera que el conjunto nos parece ocupar constantemente la misma porción del espacio, como una masa gelatinosa que se mueve dentro de una vasija cerrada e inmóvil a la que llena completamente.

¡Y nosotros, ni con las mediciones más cuidadosas nos daríamos cuenta de tales cambios de forma! Universo prodigioso y extraño surcado por cuerpos que se deforman a cada paso, pero provisto de un mecanismo que oculta a nuestros ojos las súbitas deformaciones de los cuerpos materiales que en él se mueven. Nosotros mismos somos víctimas de la contracción de Lorentz, pero no tenemos nada que pueda servir para cerciorarnos de nuestras cambiantes deformidades.

Existe un espacio absoluto y cada cuerpo se mueve con cierta velocidad absoluta. Pero esos *absolutos* nos están vedados. ¿Es ventajoso cultivar la creencia en lo absoluto y, al mismo tiempo, la pasiva resignación de que jamás lograremos tocarlo?

*
* *

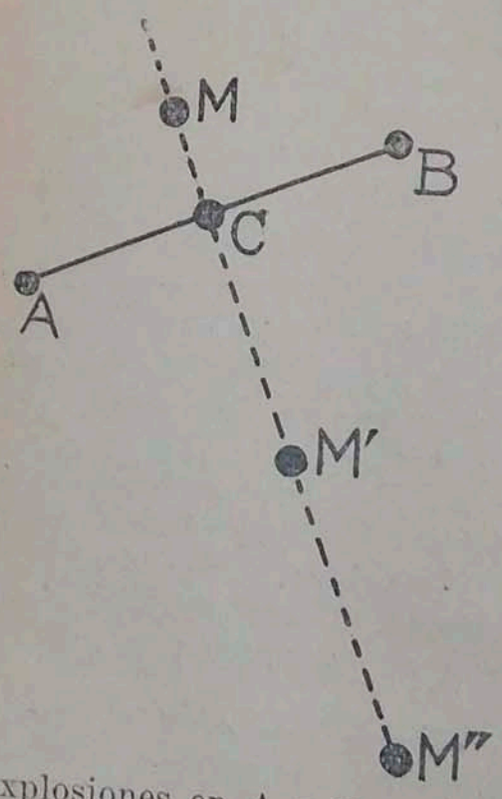
En vez de idear un mecanismo *ad hoc*, con el objeto de explicar esa singular resistencia del espacio absoluto contra todo esfuerzo intentado para descubrir el movimiento *real* de los cuerpos, y, por otra parte, sin retroceder ante la perspectiva de innumerables resultados que *habrían de alarmar* por su desacuerdo evidente con las verdades más sólidas; sin temer la desaparición del éter, como elemento indispensable para coordinar los fenómenos físicos, Einstein, adoptando una actitud radical, barrió de la ciencia el concepto de *espacio absoluto*. Ni siquiera conservó el *éter* fijo, o, cuando menos, no lo tomó en cuenta. Y procedió con absoluta despreocupación en lo que respecta al mecanismo íntimo de los fenómenos luminosos.

El movimiento de los cuerpos no es más que cambio en sus posiciones relativas, variación de las distancias entre unos y otros. Movimiento de un solo cuerpo, sin relacionarlo a ningún sistema de referencia, es algo que carece de sentido y de realidad. No debe esperarse que un experimento u observación venga algún día a revelar cuál es la velocidad absoluta de un cuerpo; y esto, no porque sea difícil medirla o porque la Naturaleza toda conspire para que se desvanezca cualquier efecto del movimiento absoluto, sino porque tal velocidad y tal movimiento son *inexistentes*.

Si un cuerpo se mueve con relación a otros, los fenómenos ópticos que observe un espectador trasportado por ese mismo cuerpo deberán ser independientes de cualquier dirección privilegiada (puesto que no es de tomarse en cuenta la *velocidad absoluta*). En todas direcciones la luz recorrerá (por supuesto, en el *vacío*) trayectorias rectilíneas con velocidades exactamente iguales (1). El resultado experimental de Michelson queda asociado al postulado fundamental de la Teoría de la Relatividad; la *equivalencia* de todas las direcciones; la *isotropía* perfecta de un sistema de referencia, cualquiera que sea su velocidad con respecto a otros.

*
* *

Einstein no considera la *simultaneidad* de dos sucesos elementales como una noción metafísica, por encima de toda experiencia e independiente de cualquier convención. Al contrario, de una manera franca define la *simultaneidad* colocándose en el terreno de la Física experimental. En un sistema rígido, que puede moverse con respecto a otros cuerpos ocurrieron dos sucesos *puntuales* e *instantáneos*, es decir, *localizados* en dos *puntos*. A y B (o en regiones pequeñísimas adyacentes a éstos), y además con duración *nula* (o extremadamente pequeña). Pueden ser dos explosiones o dos chispas; lo esencial es que sean visibles a gran distancia. Un observador estaba situado en el punto M, *equidistante* de A y B, y atento esperó los destellos luminosos que salieran de estos puntos, provisto de un pequeño espejo para poder ver los dos con un solo ojo. Si este observador percibe los dos destellos en el mismo instante—dice Einstein, por definición,—las dos explosiones en A y B son *simultáneas*. (Esto no quiere decir que

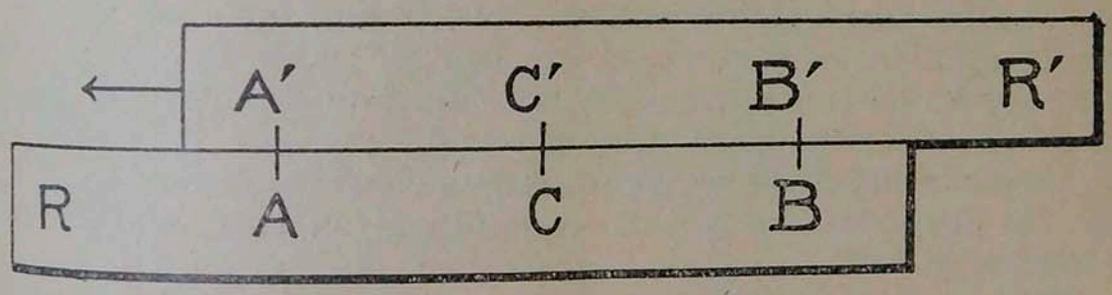


(1) Prescindiendo, por ahora, de la influencia descubierta por el mismo Einstein, que la gravitación ejerce en la marcha de la luz. Para evitar dificultades de exposición, se supondrá en lo que sigue que las masas de los cuerpos móviles son muy pequeñas; así, las atracciones mutuas serán despreciables.

otro observador, colocado en cualquier otro punto, deba percibir simultáneamente los destellos luminosos: si está más cerca de A que de B, primeramente verá la explosión de A y después la de B.) Otros observadores, instalados en los puntos C, M', M", equidistantes también de A y B, deberán percibir simultáneamente las dos explosiones.

Queda así comprendida la simultaneidad entre otras nociones de carácter netamente físico, y ajenas a todo *postulado* o *creencia* concernientes al *tiempo univerasl* y *absoluto*.

Sean dos reglas R y R' que, permaneciendo en contacto, se mueven una con respecto a la otra longitudinalmente. Para facilitar la exposición, se supone que la regla R es fija con respecto al lector y que la R' se mueve hacia la izquierda. En R están marcados los puntos A y B, y en el centro C del segmento AB se coloca un observador. Por otra parte, en la regla R' se instaló un observador en el punto C', que—entiéndase bien—no se desaloja a lo largo de esa regla: es conducido por dicha regla; se mueve con ella. Pues bien, supongo que en el *instante* mismo en que C' pasa *frente* a C, estallan en A y B, de la regla R, dos partículas de explosivo que producen destellos instantáneos, y que, además, en la regla R' quedan marcadas las huellas A' y B' de las explosiones



cercanas. La figura corresponde al instante aludido, en el que ocurren *simultáneamente* los tres sucesos siguientes: *primero,* C' y C quedan en coincidencia pasajera; *segundo,* en A se produce la explosión que deja sobre R' la huella A'; *tercero,* en B, la explosión que imprime, también sobre la regla R', la huella B'.

Para el observador C, la simultaneidad de las explosiones A y B se manifiesta poco después de ese instante: cuando los rayos luminosos, después de recorrer los trayectos AC y BC, llegan al ojo del observador. Además de la simultaneidad de las explosiones A y B, comprobada por el observador de la regla R, hay otro resultado evidente para ese observador, que es la igualdad de los dos segmentos AB y A'B'. Es cierto que estos dos segmentos no están en coincidencia permanente; pero en un instante, muy bien determinado para dicho observador, A'B' estuvo en coincidencia

pasajera con AB: simultáneamente se efectuaron la coincidencia de A' con A y la de B' con B. Es natural que, para los habitantes del sistema R, los dos segmentos sean iguales.

Ahora bien, las opiniones del observador C', trasportado por la regla R', ¿están de acuerdo con las del observador instalado en R? Seguramente que no.

En efecto, en el momento en que C percibe simultáneamente los destellos producidos por las explosiones A y B, el observador C' ya no está frente a C: evidentemente se ha desalojado un poco hacia la izquierda. Ahora bien, antes de terminar este pequeño recorrido, el observador de C' percibirá el destello luminoso emanado de A', pero tardará un poco más en percibir el destello de B'. Si se tiene en cuenta que C' *equidista* de A' y B', y que el observador instalado en C' *no vió al mismo tiempo* las dos explosiones, la conclusión será *que éstas no fueron simultáneas.*

Se ve, pues, que para el observador instalado en R los dos fenómenos estudiados (explosiones A y B) son *simultáneos,* y que para el observador instalado en R' no lo son. Para éste la explosión A' es anterior a la B'.

Por otra parte, este mismo observador no puede admitir que AB sea igual al segmento A'B', porque cuando el punto A pasó frente al A', el punto B *todavía no alcanzaba* al B'. Su conclusión debe ser que AB es menor que A'B'.

Y hasta puede agregar dicho observador que no sólo en el instante aludido se comprueba su aserto. Desde que A coincidió con A' hasta que B alcanzó a B', trascurrió un intervalo de tiempo, pequeño ciertamente, pero muy apreciable; y, con toda evidencia, durante ese intervalo el segmento AB se conservó dentro de A'B', es decir, los dos extremos A y B se mantuvieron comprendidos entre los puntos A' y B'.

Así es que en el sistema creado por Einstein, la *igualdad* geométrica *es relativa;* no tiene nada de absoluta. La *simultaneidad* de dos fenómenos instantáneos, también *es relativa.* Para los observadores que se instalen sobre la regla R, los segmentos AB y A'B' son iguales, y las explosiones son simultáneas; para los observadores de R', ni los segmentos son iguales, ni las explosiones son simultáneas.

Tales resultados contrarían abiertamente nuestros habituales conceptos del *espacio* y del *tiempo;* pero no debería sorprendernos tal oposición, porque estos conceptos se han ido forjando en torno de la *creencia* en el *espacio* y en el *tiempo absolutos.*

*
* *

Una objeción. El lector está de acuerdo con el observador ins-

talado en el punto C de la regla R, pero no acepta las conclusiones del otro, "*porque*—podría discurrirse—*sin duda es víctima de una* "*ilusión. Se imagina cándidamente que su regla* R' *está fija, y* "*que la* R *se mueve en el sentido* A'B'; *pretende utilizar como sis*"*tema de referencia su apoyo móvil, sin percatarse de circunstan*"*cia tan importante como es el movimiento de* R'; *por lo tanto,* "*la desigualdad de los segmentos* AB *y* A'B' *y la no simultaneidad* "*de las explosiones* sólo *pueden considerarse como* subjetivas, *y de* "*ninguna manera como verdades* objetivas. *El observador de la* "*regla* R sí está en lo justo."

Semejante objeción carece de valor. No difieren esencialmente las condiciones en que están los observadores apoyados en R y los instalados en R'. Cada una de las reglas se mueve con respecto a la otra, y el movimiento relativo es lo único real y verdadero que puede señalarse: argüir que R' *realmente se mueve* y que R *está fija de verdad,* porque, con respecto a nosotros, R' se desaloja hacia la izquierda, y R no cambia de posición, es darnos a nosotros mismos excesiva importancia, como si, por extraño privilegio, *nosotros fuéramos* el sistema definitivo de referencia.

Los observadores de R y los de R', con ayuda de las mismas convenciones simples y después de efectuar medidas cuidadosas, llegan independientemente unos de otros, a resultados diversos. En vez de considerar tales resultados como la negación de todo conocimiento racional, lo más acertado es admitir con Einstein que ambos observadores están en lo justo, pero que sus afirmaciones sólo son relativas: ninguna de ellas tiene carácter absoluto, ni es más ni menos aproximada a la verdad que las otras.

*

* *

Me concretaré en lo que sigue a presentar algunos resultados notables de la teoría de Einstein, sin tratar de exponer su fundamento. El resultado capital expuesto más arriba es suficiente para conjeturar que el estudio del movimiento de los cuerpos materiales, hecho de acuerdo con los principios de Einstein, debe conducir a conclusiones diferentes de las del clásico sistema de Newton. Así es, en efecto. Pero no sólo la Mecánica propiamente dicha resulta modificada: la Cinemática pura recibe ya alteraciones profundas.

Si con relación a un sistema de referencia S, una regla R se mueve longitudinalmente con la velocidad fija v, y sobre esta regla un punto móvil M corre en el mismo sentido que la regla, pero con la velocidad u, ¿cuál es la velocidad de M con respecto a S? Newton responde: la velocidad de M es $v+u$. Einstein acepta dicho resul-

tado sólo como una aproximación, y a su vez afirma que la velocidad de M es menor que v+u.

Si *u* y *v* son iguales a 100 000 kilómetros por segundo, la velocidad de M, según Einstein, no es 200 000 kilómetros sino 180 000 kilómetros. Supóngase que *u*=150 000 kilómetros y que *v*=200 000 kilómetros; entonces la velocidad de M es de 262 500 kilómetros. En fin, si *u*=250 000 kilómetros y *v*=270 000 kilómetros, la velocidad resultante no es 520 000 kilómetros; apenas llega a 297 000 kilómetros. Aunque las velocidades componentes, u y *v* sean casi iguales a la velocidad de la luz (300 000 kilómetros), la velocidad de M con respecto a S nunca será mayor que la de la luz. Ni siquiera igual.

Ya dentro del terreno de la Mecánica, se encuentra que una *fuerza* de intensidad constante no provoca en un cuerpo material una *aceleración constante*. Mientras más grande es la velocidad adquirida, más pequeña es la *aceleración* que una misma fuerza es capaz de producir: aumenta, con la *velocidad*, la *inercia* del cuerpo; cuando la velocidad es enorme, resulta mucho más difícil alterarla que cuando es pequeña. Y esa velocidad no puede crecer indefinidamente; como *extremo superior inaccesible* de la velocidad de un cuerpo material, se encuentra la velocidad de la luz.

En otros términos: la *masa* de un cuerpo material no es constante como lo postula Newton. Para velocidades pequeñas, la *masa* sí es *casi rigurosamente invariable*, pero adquiere valores más y más grandes a medida que la velocidad del cuerpo se acerca a la de la luz. Y lo más notable es que el *incremento* de la *masa* de un cuerpo cuya velocidad aumenta, sea rigurosamente proporcional a la *cantidad* de *energía* necesaria para obtener el aumento de velocidad. Si, por el contrario, un cuerpo (o un sistema de cuerpos materiales) cede energía cinética, por disminución de las velocidades de sus partículas, su masa decrecerá, y la pérdida de masa será proporcional a la cantidad de energía cedida. Este resultado sorprendente de la Mecánica relativista ha permitido unificar gran número de conocimientos más o menos inconexos, aunque fundados positivamente en experiencias inatacables. La desintegración de las substancias radioactivas, la presión de la energía radiante, la flexión de los rayos luminosos obedientes a la gravitación universal y otros fenómenos bien comprobados se asocian de un modo natural y simple a la nueva noción introducida por Einstein: *la energía*, en cualquier forma, y en particular la *energía radiante, posee masa*—lo mismo que la materia,—y esa masa de la energía presenta dos características esenciales, la *inercia* y el *poder atrayente*, que son propiedades reconocidas desde hace siglos en los cuerpos materiales.

*
* *

La supresión del sistema de referencia llamado *espacio absoluto* no debe considerarse como una pérdida para la Ciencia. En vez de ese sistema único, que sólo por una ilusión engañosa podría considerarse como apoyo firme para asentar el edificio de la Mecánica y de la Física, Einstein ofrece, como igualmente buenos para estudiar los fenómenos naturales, una infinidad de sistemas constituídos por los cuerpos en movimiento. Es cierto que cada uno de estos sistemas conduce a resultados de carácter puramente *relativo*. Lo que no envuelve en modo alguno la idea de *incertidumbre* o de *falsedad*.

La idea de estudiar los fenómenos naturales con observadores ficticios que—se supone—se hallan instalados en cuerpos que se mueven unos con respecto a otros, ha sido genialmente explotada por Einstein; y los resultados que ya alcanzó, tienen, sin duda, un valor extraordinario.

Imagínese un sistema rígido S con observadores que, sin preocuparse por dilucidar si *se mueve* o *no se mueve* en el espacio, lo toman como sistema de referencia para estudiar los movimientos de dos partículas (llamadas también *puntos materiales*) que se atraen mutuamente. Otros sistemas rígidos S', S", S"', etc., que con respecto a S tienen movimientos de traslación rectilíneos y uniformes, pueden igualmente servir para estudiar los movimientos de aquellas dos partículas. Desde cada uno de estos sistemas se registra un par de trayectorias bien determinadas, y, con ayuda de relojes de marcha perfecta, se anotan las horas exactas que corresponden al paso de las partículas móviles por puntos marcados en las trayectorias con la profusión necesaria.

Los varios grupos de observadores se esfuerzan por descubrir la ley del movimiento de esas partículas. Entiéndase que lo interesante es obtener una ley *verdaderamente general* de ese movimiento—una ley válida en todos los casos particulares, sean cuales fueren las velocidades iniciales de los móviles—no una ley particular, observable sólo en determinadas condiciones. En alguna ocasión verdaderamente excepcional, las dos trayectorias podrán ser, para el grupo de observadores instalados en uno de los sistemas de referencia, circunferencias concéntricas recorridas con velocidad constante. En otra—cuando menos para cierto grupo de observadores,—los móviles recorrerán una línea recta. Y es claro que las leyes correspondientes a los movimientos circulares o a los rectilíneos, no serán válidas en la inmensa mayoría de las veces que sean observadas dos partículas atrayentes.

Es muy posible que se presente una circunstancia particular desfavorable que venga a ocultar la ley general de la atracción; pero, para ponerse a cubierto de tal contingencia, nada es más fácil que multiplicar las observaciones, lo que puede lograrse lanzando los móviles con velocidades cualesquiera para hacer una serie particular de observaciones, y reiterando estos lanzamientos para registrar repetidas veces la marcha de las partículas.

Supóngase que después de muchas observaciones en casos particulares diversos, los observadores del sistema S logran descubrir la ley exacta del movimiento, y que, además, consiguen verificarla rigurosamente con observaciones posteriores a la adquisición de dicha ley.

Ahora bien, dado que el sistema S no tiene privilegio alguno sobre los otros (S', S", S"', etc.), la ley obtenida por los observadores de aquél deberá ser idéntica a las que descubran los observadores instalados en los demás sistemas. Si se quiere suponer que los habitantes de éstos carecen de penetración para descubrir una ley, atribúyaseles cuando menos constancia y paciencia suficientes para *verificar* la ley formulada en S, es decir, para observar los movimientos con atención y comprobar si los móviles obedecen o no a la ley propuesta.

Es uno de los postulados fundamentales de Einstein el de que *las leyes generales de la Naturaleza deben ser las mismas, sean cuales fueren los sistemas de referencia utilizados.*

Admítase que los observadores de S llegan a la siguiente ley:

A). En un *instante cualquiera,* las dos partículas móviles, independientemente de sus velocidades, se atraen según la línea recta que las liga, y la intensidad del esfuerzo atrayente es una función bien definida de la distancia r que media entre las dos partículas:

$$\text{atracción} = f(r).$$

B). Una fuerza que actúa sobre una partícula provoca en ésta una *aceleración total* en la misma dirección y sentido de la fuerza, directamente proporcional a su intensidad e inversamente proporcional a la masa de la partícula.

Si los observadores de S verifican constantemente la exactitud de esa ley—en todos los casos y cualesquiera que sean las posiciones y velocidades de las dos partículas,—habrá que preguntar a los observadores de los otros sistemas si también ellos encuentran rigurosamente verificada la misma ley.

Pueden darse dos respuestas.

Si se admite que los observadores viven dentro de un universo ficticio en que rigen los principios newtonianos; si el espacio es absoluto y el tiempo es también absoluto; si dos posiciones A_1 y B_1 de las partículas, simultáneas a juicio de los observadores de S, igualmente lo son para los observadores de S', S", S"', etc.; si la distancia $A_1 B_1$ tiene el mismo valor, cualquiera que sea el sistema

de referencia; si las masas de las dos partículas se conservan constantes aun cuando varíen sus velocidades, entonces—y es muy fácil preverlo—contestarán los demás observadores *afirmativamente;* dirán que con relación a sus respectivos sistemas de referencia han logrado *verificar de un modo riguroso* la ley formulada por los observadores de S. Quizá alguno de los observadores exprese con toda sinceridad el resultado de sus observaciones diciendo: "Yo no sé si las dos partículas realmente se atraen, ni me consta que, cuando una fuerza obra sobre una partícula, produce efectos conforme a la segunda parte de la ley obtenida en S; pero sí puedo afirmar que, constantemente, la aceleración total de cada partícula es precisamente igual, en dirección y en valor numérico, a la que se calcula aplicando las dos proposiciones A y B de aquella ley, a saber, $f(r):m_1$ y $f(r):m_2$ para las partículas de masas m_1 y m_2. De hecho, la ley permite prever con exactitud rigurosa la marcha de las partículas, pero me abstengo de opinar sobre cada una de las proposiciones A y B consideradas separadamente."

Este punto de vista puede ser adoptado por todos los observadores, aun por los del sistema S: unánimemente estarán de acuerdo en que las aceleraciones de las partículas son $f(r):m_1$ y $f(r):m_2$. Y es seguro que este acuerdo (entiéndase bien, dentro de los principios de la Mecánica newtoniana) se lograría cualquiera que fuese la función $f(r)$ que expresa la intensidad de la atracción. Todas estas consideraciones teóricas no conducen al descubrimiento de aquella función; en otros términos: todas las leyes de atracción obtenidas, atribuyendo a f (r) formas cualesquiera, son perfectamente compatibles con los principios de la Mecánica newtoniana, principios que en manera alguna permiten prever la ley de atracción. Solamente las observaciones reiteradas de los movimientos planetarios han podido dar a conocer el valor de la atracción para cada distancia, es decir, la forma de la función $f(r)$. Newton, partiendo de las leyes de Képler—empíricamente obtenidas como resumen extremadamente sencillo del conjunto numeroso de observaciones hechas por Tycho Brae,—llegó a la ley de atracción: $f(r)=km_1m_2:r^2$. Esta ley, como las de Képler es empírica: está fundada en observaciones, y si de hecho se ha conservado como fundamento esencial de la Mecánica Celeste, es porque todas (o casi todas) las consecuencias de dicha ley han sido verificadas en los movimientos de los cuerpos celestes. Hasta las particularidades menos notables—aun las anomalías más pequeñas—han quedado explicadas (*salvo poquísimas excepciones*) por medio de la ley de Newton.

Veamos ahora la respuesta que se obtendría de nuestros observadores ficticios si se supone que operan dentro de un universo relativista, es decir, dentro de un universo en que las distancias son relativas, y dependientes del sistema de referencia; en

que la simultaneidad no tiene carácter absoluto; en que la masa de un cuerpo es variable, y en que los observadores de S, de S', de S", etc., no se pondrán de acuerdo respecto del valor de cada velocidad o aceleración registrada. Los observadores de S encuentran que en un instante cualquiera, en que las dos partículas A y B ocupan las posiciones A_1 y B_1 la aceleración de A está dirigida hacia B y la de ésta hacia la primera, y que tienen por valor numérico, respectivamente, $f(r):m_1$ y $f(r):m_2$. ¿Los observadores de S' verificarán esta ley? No. Desde luego, A_1 y B_1 no son posiciones simultáneas de las partículas a juicio de estos observadores y encontrarán, quizá, que A llega a la posición A_1 antes que B alcance la posición B_1 de suerte que la posición simultánea de B será alguna posición B'_1 (anterior a B_1); y, por lo tanto, muy rara vez sucederá que mientras los observadores del sistema S encuentren que la aceleración de la partícula A está dirigida hacia el punto B_1, los del sistema S' observen que dicha aceleración está dirigida hacia B'_1. No estarán, pues, de acuerdo los dos grupos de observadores en que la *dirección de la aceleración* sea precisamente la que indica la ley. Ahora, en cuanto al valor numérico de la misma aceleración, tampoco habrá acuerdo, porque los observadores de S' no encuentran que esté dado por la fórmula $f(r):m$ ya que la distancia $r=A_1B'_1$ que ellos midan no coincide con $A_1B'_1$| medida por los de S. Puesto que la masa de cada partícula es variable y depende, como antes se dijo, de su velocidad (1), no tendrá la partícula A, cuando llega a la posición A_1, la misma masa a juicio de los observadores pertenecientes a los diversos sistemas de referencia.

En conclusión, si se supone que en el sistema S fué descubierta y se verificó exactamente la ley del movimiento expresada más arriba, es imposible que en los demás sistemas la acepten los observadores como verdadera. Ellos responderán: "esa pretendida ley no se verifica en el movimiento de las partículas A y B."

En particular, si se supone que, para el sistema S, la ley de Newton, $f(r)=km_1m_2:r^2$, rigiera el movimiento de las partículas atrayentes, en los otros sistemas S', S", S"', etc., se encontraría que dicho movimiento no se ajusta exactamente a la misma ley.

Puesto que la Teoría de la Relatividad no admite ningún sistema de referencia privilegiado, es decir, un sistema con respecto al cual los movimientos de las partículas se efectúan de acuerdo

---

(1) Otra complicación en la mecánica relativa consiste en que, además de variar la masa con la velocidad, simultáneamente se consideran varias masas realmente distintas de un mismo cuerpo: la masa longitudinal, la masa transversal, la masa maupertuisiana, etc., de las cuales no me propongo dar ninguna idea en estos artículos.

con cierta ley, que no se verifica a juicio de los observadores transportados por los demás sistemas de referencia, resulta inaceptable que para el sistema S los movimientos parezcan regidos exactamente por la ley de Newton, $f(r)=km_1m_2:r^2$, y que no lo estén con relación a los otros sistemas. *La ley de Newton no puede considerarse como rigurosamente exacta.*

*
* *

Este resultado negativo no debe calificarse de estéril. La derogación de la ley de Newton provocó de una manera imperiosa la necesidad de obtener el principio general que rigurosamente rige los movimientos de las partículas que se atraen. Aun cuando la ley de Newton casi exactamente se verifica en los movimientos celestes, no se redujo el problema a modificar ligeramente la forma de la función $f(r)=km_1m_2:r^2$. En realidad, ninguna función trae consigo el acuerdo entre los observadores de todos los sistemas, para que acepten unánimemente lo que sigue: las aceleraciones de las partículas A y B, en cualquier instante, tienen por valores numéricos $f(r):m_1$ y $f(r):m_2$, en los cuales *r* es la distancia entre las posiciones simultáneas de ambas partículas.

Generalizando audazmente el Principio de Relatividad hasta el grado de hacerlo abarcar, no solamente los sistemas de referencia indeformables que se trasladan *unos relativamente a otros* con movimiento rectilíneo y uniforme, sino también los sistemas animados de *movimientos arbitrarios,* y aun los sistemas *deformables*—todos los cuales deben ser perfectamente equivalentes para formular las leyes generales de la Naturaleza,—fué como Einstein logró crear un instrumento de investigación poderoso y fecundo, con el que atacó y resolvió victoriosamente el problema de la gravitación, y la forma de la ley que obtuvo es radicalmente diversa de la de Newton.

Einstein no admite que en el mismo instante en que dos partículas móviles A y B ocupan las posiciones simultáneas A_1 y B_1, cada una de ellas haga sentir su influencia en la otra sin retardo alguno. En B_1, la partícula B resiente alguna acción de la otra partícula, pero esta acción no es ejercida desde A_1 (posición simultánea de B^1), sino desde alguna otra posición (A_0, por ejemplo) alcanzada por la partícula A antes de llegar a la A_1. Cualquiera que sea la influencia a que obedezca B al pasar por B_1, esta influencia será independiente de la posición simultánea A , de la otra partícula, y, por el contrario, estará determinada por la posición A_0 y por la masa que A tiene al pasar por esta posición. (Téngase presente que la partícula A no tiene la misma masa en A_0 y A_1).

En otros términos: la acción de una masa sobre un cuerpo dis-

tante no se ejerce instantáneamente: requiere un tiempo apreciable para que se haga sentir. La velocidad de la trasmisión es igual a la velocidad de la luz. En la Mecánica relativista la velocidad de la luz no sólo es un *extremo inaccesible* para las velocidades de los cuerpos materiales: es una velocidad que no puede ser superada ni por las acciones atractivas de los cuerpos, bien que—según Einstein—la propagación de estas acciones no consista en movimientos de partículas materiales.

Por otra parte, el ilustre físico no considera la atracción como una acción directamente ejercida por un cuerpo sobre otro lejano. Una masa determina una *modificación* en el *espacio inmediato,* y esta modificación se propaga a regiones más y más distantes; y la acción que sufre un cuerpo cualquiera resulta del *cambio de estructura* que en la región del espacio inmediata a este cuerpo, provocó indirectamente aquella masa. No hay *acciones instantáneas a distancia.*

La modificación que una masa provoca en el espacio es de *carácter geométrico*: se alteran las relaciones métricas que la Geometría usual señala como absolutamente rigurosas entre los elementos especiales, sean ángulos, distancias, áreas o volúmenes. Las proposiciones de la Geometría euclidiana dejan de aplicarse a las figuras construídas en una región del espacio *modificada* o *deformada* por una masa atrayente.

Así es que para resolver el problema de la gravitación, no solamente abandonó Einstein los prejuicios arraigadísimos sobre el carácter absoluto del espacio y del tiempo, y, además, la creencia en la propagación instantánea de las acciones entre las masas, a distancias cualesquiera; también se vió obligado a prescindir de la Geometría euclidiana y a dar entrada a otro sistema de Geometría. Dentro de un espacio regido por los principios geométricos euclidianos es imposible encontrar *una ley de atracción* con la cual puedan estar de acuerdo todos los observadores trasportados por diferentes sistemas S, S', S", etc. De aquí el resultado negativo señalado más arriba.

*
* *

Las especulaciones de Einstein sobre la gravitación lo condujeron al descubrimiento de la acción que las masas atrayentes ejercen sobre la *marcha de los rayos luminosos.* En el siguiente artículo expondré, en forma elemental, consideraciones que permiten prever esa acción sobre la luz, y en el cuarto artículo me esforzaré por dar una idea de lo que se entiende por modificación de la *estructura geométrica del espacio,* por *curvatura del espacio,* y de cómo esta curvatura influye en los cuerpos materiales.

Los trabajos de Einstein atrajeron rápidamente la atención de astrónomos y físicos, no tanto por su belleza teórica, cuanto por el notable acuerdo entre las conclusiones de la Mecánica relativista y algunos fenómenos rebeldes a toda explicación fundada en la Mecánica clásica.

Conforme a la ley de la atracción formulada por Newton, los planetas, en su movimiento alrededor del Sol, obedecerían *rigurosamente* a las tres leyes de Képler, si las masas de los mismos planetas fueran pequeñísimas y, por lo tanto, no influyeran unos en el movimiento de los otros. Pero, de hecho, las masas de los planetas son suficientemente grandes para desviarse mutuamente de sus trayectorias keplerianas en un grado tal que las observaciones astronómicas de los dos últimos siglos han permitido, no sólo percibir, sino medir las notables diferencias entre el movimiento real y el kepleriano. El hilo conductor para seguir racionalmente el curso complicadísimo que en realidad tienen los planetas, ha sido la ley de la atracción de Newton: *casi todas las anomalías* observadas en el movimiento de planetas y satélites han sido explicadas por dicha ley.

En rigor, ningún planeta describe una órbita elíptica; ni siquiera es una curva plana, ni cerrada en sí misma; es decir, que después de una revolución no recorre otra vez el mismo camino, sino otro sensiblemente distinto del anterior. Como las órbitas de los planetas son *aproximadamente* elipses, resulta ventajoso referirse siempre a estas curvas, y, con su ayuda, expresar las irregularidades en el movimiento de cada planeta como si consistieran en deformaciones y movimientos de su órbita elíptica. Y así se dirá, por ejemplo, que el eje mayor de la órbita se mueve y que su longitud lineal crece o decrece; que el plano de la órbita cambia de orientación; que la excentricidad varía; etc.

Desde hace ochenta años los astrónomos habían señalado una irregularidad notable en el movimiento de Mercurio: el eje mayor de su órbita gira en torno del Sol; y si bien todos los demás planetas perturban el movimiento de Mercurio y provocan desalojamientos diversos en el eje mayor de su órbita, descartadas todas estas influencias con la ayuda de la ley de atracción de Newton, la cual permite valuar la parte que a cada planeta corresponde en el movimiento de aquel eje mayor, subsiste un movimiento de rotación en el sentido directo, inexplicable con la ley de Newton. La rotación del eje mayor de la órbita de Mercurio es extraordinariamente lenta, pero no por eso ha pasado inadvertida: los astrónomos, de un conjunto de observaciones muy precisas, han obtenido la velocidad de ese movimiento de rotación, que apenas llega a 43″ *por siglo*. Leverrier, a mediados del siglo pasado, y Newcomb, cincuenta años después, hicieron del sistema planetario un estudio completo y riguroso, y ambos pusieron en evidencia la

rebeldía irreducible de la mencionada irregularidad de Mercurio: no admitió ninguna explicación racionalmente basada en la ley de atracción de Newton.

Se pretendió encontrar el origen de la irregularidad en la presencia de algún planeta intramercurial que perturbara a Mercurio; y, aunque se han hecho muchísimas pesquisas encaminadas a descubrir al famoso Vulcano, es lo cierto que nada se ha logrado a este respecto (1).

Obtenida la nueva ley de la gravitación, Einstein, sin forzarla ni agregarle ninguna hipótesis *ad hoc*, la aplicó al movimiento planetario, y descubrió que la órbita de cualquier planeta *absolutamente libre de perturbaciones* ejercidas por otros planetas *no es una elipse* fija con respecto al Sol, y que su eje mayor con seguridad gira en el sentido directo: resultando claramente contradictorio con el de la ley de Newton, según la cual debe ser perfectamente fija la trayectoria elíptica del planeta. La órbita de nuestra Tierra no constituye una excepción: según Einstein, su eje mayor gira a razón de 4″ por siglo. Las observaciones de los astrónomos no tienen todavía la precisión adecuada para confirmar o desmentir la aserción del ilustre físico. El mismo comentario puede hacerse con respecto a las órbitas de Venus y de los planetas superiores.

Pero Mercurio está realmente en condiciones singulares. La excentridad de su órbita y la rapidez de su movimiento de traslación son mucho más grandes que las de los otros planetas; y la rotación del eje mayor, en vez de la extremada lentitud asignada por Einstein a todos los demás planetas, debe alcanzar, en el caso de Mercurio, el valor de 43″ por siglo, independientemente de las perturbaciones ajenas al Sol, y sólo como resultado de la nueva ley. Se llegó así al acuerdo—afanosamente perseguido durante muchos años—de la *teoría* con las *observaciones*. Fué un triunfo brillantísimo obtenido por la Teoría de la Relatividad.

De acuerdo con la concepción de Einstein, las masas no solamente modifican el movimiento de los cuerpos materiales—impidiendo que describan trayectorias rectilíneas con velocidad constante,—sino que ejercen una acción análoga sobre la marcha de la luz: un rayo luminoso, perfectamente recto en regiones muy alejadas de masas atrayentes considerables, se flexionará en la vecindad de un astro de gran masa, como si se tratara de un proyectil (o de un chorro de proyectiles) que pasara cerca de aquel astro *con la velocidad de la luz*. La ley de atracción de Newton permite

---

(1) Véanse en las "Lecciones de Cosmografía" de Tisserand y Andoyer una **Noticia sobre las Perturbaciones**, y otra sobre los **Planetas intramercuriales.**

calcular la flexión que sufriría un rayo luminoso, considerado como un chorro de partículas materiales que con la velocidad de 300,000 kilómetros por segundo pasaran cerca del Sol. Resulta de 0″.85 (*ochenta y cinco centésimos de segundo*). Pero Einstein consideró, además, la *curvatura* que el Sol provoca en el *espacio* que lo rodea, y llegó a la conclusión de que la desviación no puede tener el valor que se deriva de la ley newtoniana, sino el doble, a saber, 1″.7. Para confirmar o desmentir la predicción de Einstein (porque antes de admitirla nadie había observado ni conjeturado el fenómeno), varios astrónomos ingleses organizaron dos expediciones—a Sobral (Brasil) y a la Isla del Príncipe (Golfo de Guinea)—para observar el eclipse total de Sol del 29 de mayo de 1919, y medir con la mayor precisión posible las distancias angulares entre algunas estrellas cercanas al Sol, las cuales habrían de ser visibles durante la totalidad del eclipse. Todas estas distancias angulares deberían aparecer agrandadas por la presencia del Sol, con respecto a las distancias que normalmente—en casi todo el año—hay entre las mismas estrellas.

Era dable esperar alguno de los tres resultados siguientes:

Primero. Los astrónomos no encontrarían ninguna variación apreciable en la configuración del grupo de estrellas observadas durante el eclipse, comparada con la que presenta el mismo grupo cuando el Sol está suficientemente lejos. Esto habría significado que el Sol no ejerce influencia alguna sobre la marcha de la luz; y que ésta no posee los atributos de los cuerpos materiales, a saber: *masa inerte y masa atrayente.*

Segundo. Los astrónomos podrían comprobar que la desviación de los rayos luminosos es la que se deriva de la ley de Newton. Entonces se habría dicho que efectivamente la luz se porta como un proyectil material; que es *atraída* por el Sol, y que está dotada de *inercia*. Pero lo concerniente a la *deformación del espacio* no se habría verificado: subsistirían las propiedades euclidianas del espacio, cuando menos en la región de nuestro sistema planetario.

Tercero. Las desviaciones, quizá resultarían como lo previó Einstein. Entonces, sus especulaciones sobre la *curvatura del espacio* habrían recibido una confirmación importante.

Después de una discusión severa de las mediciones efectuadas en las placas fotográficas, obtenidas en gran número, se llegó a la conclusión de que las estrellas aparecían desalojadas, durante el eclipse, perfectamente de acuerdo con la predicción de Einstein.

SOBRE EDUCACION.—METODO RACIONAL

POR L. CELLERIERE.

EXPOSICION.—"Saber de memoria no es saber," ha dicho Montaigne. Este concepto vale por un libro. No es que sea rigurosamente exacto; el "saber de memoria" es un saber de primer orden; suprimamos teóricamente este pequeñísimo "saber de memoria" de los guarismos 1 a 10; ¿a qué va a quedar reducida la ciencia humana? Sin embargo, la sentencia de Montaigne, con las reflexiones que la acompañan, debe figurar entre los pen flexiones que la acompañan, debe figurar entre los pensamientos más juiciosos que se han expresado sobre la educación intelectual: Locke, Rousseau, Kant, Spéncer se inspiraron en ella: hoy día es el lugar común de la teoría. Pero es además, a pesar de todo, el guía siempre nuevo y demasiado poco escuchado en la práctica.

El método racional es el que saca de juicios o razonamientos las asociaciones que han de servir para evocar el recuerdo. Cuando enseño a un alumno que las olas del Pacífico son más anchas que las del Atlántico, nada fija esta noción en su espíritu; hay mucha probabilidad de que venga a recordar justamente lo contrario. Pero le digo: cuanto más extenso es un mar, tanto más anchas son sus olas; por lo tanto, las olas del Pacífico son más anchas que las del Atlántico; la asociación se establece entre el razonamiento y su conclusión. Poco importa la naturaleza lógica del razonamiento, que sea inductivo o deductivo; lo que caracteriza la asociación es la relación de consecuencia que la constituye. A causa de esta relación, el espíritu, para evocar la noción adquirida, puede de nuevo recorrer la vía racional, por donde llegó a ella la primera vez. Tal es el fundamento de la gran potencia de evocación de este género de asociaciones.

Cuando las necesidades de la exposición lo exigen, la noción se enseña dogmáticamente y luego se demuestra por el razonamiento; pero, normalmente, el razonamiento precede, la conclusión llega al final. Así, este método se distingue del precedente; el método lógico, al presentar a los alumnos un elemento nuevo de conocimiento, se empeña en agregarle asociaciones; el método racional, por lo contrario, llega a la noción nueva, pasando antes por los datos mismos que se le quedarán asociados.

Lo mismo que los precedentes, esta rara vez queda del todo aislado. Hasta las ciencias más rigurosamente deductivas se enseñan difícilmente sin recurrir en absoluto a los métodos intuitivo y lógico; lo prueba el empleo que exigen del *ejemplo* (1).

El método racional reviste diversas formas que examinaremos brevemente.

Asociaciones de orden metodológico.—El primer paso que puede adoptar el educador en el método racional es facilitar al alumno, desde un principio, datos sobre el método científico que está llamado a seguir. De este modo se deposita por anticipado, en su espíritu, la materia y asociaciones que se concentrarán definitivamente con la aparición de las nociones enseñadas. Hay que distinguir estos datos en dos categorías: según procedan de la metodología general o de la exposición de una ciencia en particular.

El primer sistema ha sido recomendado a menudo. Ya lo proponía Platón. Se facilita al niño, antes de la enseñanza de una ciencia, un plan general de la clasificación de las ciencias, de sus relaciones recíprocas, de los métodos que las caracterizan. Se le señala más al detalle la situación particular ocupada en esa clasificación por la ciencia que va a enseñársele ¡Qué precioso no habría sido para muchos alumnos haber recibido una enseñanza de este género! ¡Cuántos no han terminado sus estudios sin haber pensado jamás en el método de las ciencias estudiadas! Este mal se encuentra por todas partes, hasta en Francia, donde, sin embargo, los programas están relacionados, más que en otras partes, con la enseñanza lógica y filosófica. El remedio es aleatorio: esas consideraciones abstractas que se ponen a manera de introducción al empezar un curso, parecen áridas; no cautivan gran cosa al alumno, deseoso de llegar a la materia que constituye el programa. Hace falta que el maestro tenga mucho talento para hacer escuchar una introducción. ¿Cuántas personas leen los prefacios?

El segundo sistema es sumamente eficaz. Se podría desear verle aplicado con más frecuencia. Sabemos que la utilidad de la memoria depende de la cantidad de las asociaciones que la rodean. La persona que conoce una ciencia, retiene, mejor que otra, los hechos. A la primera mirada, el botánico nota en una planta una serie de detalles que se escapan por completo al lingüista y al geómetra. Al hablar de una ciencia por primera vez a un niño, empecemos por exponerle someramente su contenido, los principios

(1) Hace falta, pues, distinguir perfectamente el método pedagógico, de que nos ocupamos aquí, del método científico; éste entraña los elementos de una ciencia, depende de la ligación lógica de esos elementos; aquél es la actitud adoptada por el maestro para transmitir esa ciencia al alumno.

más generales; le facilitamos así el encasillado donde vendrán a meterse sucesivamente las nociones particulares, que son sus consecuencias más o menos directas. Para enseñar bien la Geología o la Física hagamos antes de nuestros alumnos, en la medida de lo posible, geólogos y físicos en perspectiva. Pero, una vez más, esas introducciones son cosa muy delicada; el alumno sólo las sigue con oído distraído.

Asociaciones de orden racional.—Llegamos a la más elevada de las operaciones con las que el educador fija una noción en la conciencia del alumno. Consiste en apoyar esa noción en una asociación con un juicio o un razonamiento entero (generalmente uno u otro).

Quiero iniciar a un niño en la adición de las fracciones ordinarias. Puedo indicarle la regla, hasta hacérsela aprender de memoria; si se acuerda de ella pasados diez años, la aplicará. Hay muchos adultos que nunca han sabido más que ésto. Puedo, al revés, llevar racionalmente el espíritu a la noción que le enseño; mostrarle que, no pudiendo sumarse tercios y cuartos, hace falta o renunciar a ello o buscar otro medio. Con preguntas sucesivas haré que el mismo niño descubra fácilmente el medio. Le hago en seguida que justifique de nuevo la operación, que la explique, que indique el porqué de cada detalle. Volveré a lo mismo pasados ocho días. Después de ésto, puede el alumno olvidar cuanto quiera la regla, siempre sabrá sumar fracciones. Cuando la necesidad se haga sentir, todos los elementos del razonamiento: imposibilidad de sumar valores de orden diferente, medio de uniformarlos, etc., surgirán en su memoria y evocarán, por asociación, el recuerdo de la marcha que ha de seguirse.

Sería una equivocación creer que el método racional no se aplica más que en las materias más elevadas, en las Matemáticas, en la Filosofía. Que les presta servicios excepcionales, es cierto; pero está al alcance de las enseñanzas más humildes; el ejemplo de las olas del Pacífico nos lo enseñó hace poco.

Puesto que la más modesta de nuestras observaciones encierra siempre un juicio, la misma enseñanza intuitiva se apoya por necesidad en asociaciones de orden racional. No nos cansemos de insistir sobre este hecho, cuyo desprecio ha originado tantas paradojas; si la Lógica parece indicar la sucesión necesaria de lo concreto y lo racional, la Psicología demuestra su concomitancia inevitable en todas las operaciones pedagógicas. Pensar en dar al alumno una primera enseñanza rigurosamente desprovista de todo elemento racional, es contrario a la naturaleza. Ese orden, además, sería nefasto; tan pronto como el niño tiene nociones, las fortalece útilmente por el juicio. ¿Por qué lo que es bueno más tarde, sería malo hoy? ¿Por qué este medio, tan útil a la evocación del recuerdo, habrá de ser apartado en el momento en que

éste empieza a formarse? ¿Por qué, en fin, en la educación, donde el tiempo y el esfuerzo son tan preciosos, ha de despreciarse una operación bienhechora cuando precisamente se adapta a las condiciones del momento, sin ningún gasto especial de tiempo ni de trabajo?

Tratemos de apoyar las nociones del niño en la comprensión de las cosas y de los hechos, de sus caracteres y de sus consecuencias; en una palabra, en la inteligencia más bien que en la memoria. Este principio es inestimable en el dominio moral. En el dominio intelectual, el mismo Pestalozzi, más que ningún otro, lo ha puesto en práctica. A causa de cierta confusión de sus exposiciones teóricas, parece, a veces, predicar lo contrario. Lo que debe evitarse no es hacer razonar al niño, sino hacerle razonar mal. Si su campo de experiencia es limitado, ello es motivo, no para suprimir el razonamiento, sino para limitarle a ese campo de experiencia, lo cual no es muy frecuente. ¿No es la regla de nuestra vida intelectual entera, y no es natural que nos conformemos con ella desde un principio?

Auxiliares del método racional. a) La actividad mental del sujeto. (Método socrático.)—Hemos visto cuánto contribuye la actividad del alumno a la solidez de sus adquisiciones. Se ha recomendado con frecuencia que al método racional no le falte esta actividad. Rousseau decía del maestro: "No debe dar preceptos, debe hacerlos encontrar." Kant refuerza esta tesis, y Spencer la desarrolla desde el punto de vista psicológico: "Todo conocimiento que el alumno ha adquirido por sí mismo, todo problema que él mismo ha resuelto, quedan, por derecho de conquista, cosa suya." Es el método socrático. Proviene directamente de las diferencias íntimas de todo hombre que ha meditado sobre asuntos intelectuales. Cuántas veces descubrimos la razón de las leyes o de hechos que nos habían sido enseñados, pero cuya génesis lógica se nos había escapado. Este descubrimiento tardío de las causas las graba en nuestro espíritu con una claridad inusitada. No comprendemos verdaderamente un sistema metafísico más que en el momento en que nuestro espíritu colocado en presencia de las realidades de la vida, atormentado por necesidades que ignoraba, se abre a nuevas aspiraciones. Ya no bastan las enseñanzas recibidas dogmáticamente; nuestras facultades críticas se habían aplicado a las ideas: ellas las contemplan ahora desde un punto más alto, las miden con otra medida. Bajo el imperio de apremiantes necesidades afectivas, el espíritu adopta esta actitud activa que fija hondamente el conocimiento.

Son experiencias de adulto. Querer trasladarlas exactísimamente al mundo de la infancia, sería ilusorio a causa de la ausencia de experiencia y de asociaciones. No se debería, pues, hacer de la mayéutica un método constante. Pero se recurrirá a ella con

éxito siempre que se dirija a la actividad mental del alumno en el círculo de las nociones y de las asociaciones que ya posee.

b). *El ejemplo.*—Otro medio muy eficaz de animar la enseñanza racional es el ejemplo. Ya hicimos antes alusión a ello. Se ha notado especialmente su utilidad hasta en las ciencias deductivas. La enseñanza difícilmente prescindirá de él. Es, en cierto modo, un paréntesis del método intuitivo, que tiene por fin cambiar por un momento el objeto de la atención ocupada en un razonamiento difícil. Muy contados son los pensadores que, como Kant, han compuesto tomos casi enteros sin un ejemplo; poco numerosos son, en el gran público, los lectores capaces de seguirlos.

El ejemplo es, pues, un elemento de prueba que debe, trayendo la realidad viva a lo abstracto, fijar el conocimiento por una asociación viva. Su objeto es imprimir la prueba en el espíritu más bien que llevarla allí; el razonamiento que tuviera necesidad de la prueba del ejemplo sería muy débil: no se demuestra lo general por lo particular. Siendo así, la condición de un ejemplo feliz, ante todo, el interés. Hay que tenerlo siempre en cuenta en la elección de los ejemplos.

Conclusión acerca del método racional.—Resumamos los principios del método racional. Este método presenta al alumno nociones nuevas mediante el razonamiento. La facultad de recorrer el mismo camino, cuando evoca nociones adquiridas, en un medio poderoso de memorización. Este método nunca es del todo independiente de los anteriores. Tampoco éstos se aislan nunca de él por completo. Puede, pues, aplicarse desde el principio de la educación, si se tienen en cuenta escrupulosamente los datos poseídos por el niño.

Unas veces da al alumno la exposición previa del camino que habrá de recorrerse; en este caso, las nociones nuevas vendrán a asociarse a esos datos. Otras veces le presentará un razonamiento, cuya conclusión está contenida en la noción enseñada; en este caso dicha noción viene a asociarse a los elementos del razonamiento.

El método socrático, por la actividad que promueve en el sujeto, aumenta la eficacia del método racional. Los ejemplos logran el mismo resultado, a causa de la viveza que prestan a las asociaciones.

LA DOCTRINA DEL COMUNISMO INTERNACIONAL

POR ENRIQUE BARBUSSE.

L pensamiento conservador cuyo objetivo es tan trágicamente sencillo: *hacer durar*, admite, pues, en sus modalidades, sus recursos y procedimientos, una diversidad casi infinita y está servido por una multitud heteróclita de auxiliares.

No sucede lo mismo con la fuerza revolucionaria, en virtud de este principio: que tiene que reemplazar la vieja y falsa administración del mundo por una administración racional.

La razón es una y, con elementos dados, su interpretación es inmutable; sus designios son fatales. No lo olvidéis: no se trata sino de una ciencia aplicada, en la que no puede haber especies distintas de leyes científicas relativas a un mismo orden de fenómenos. Está vedado a la arbitrariedad y a la fantasía introducirse en las ramificaciones armónicas del conocimiento experimental.

La doctrina revolucionaria es, en consecuencia, la que adapta más exactamente el gobierno de la sociedad a las exigencias del interés general, sin compromisos, sin vacíos, sin fisuras, sin otras reservas que las que resultan de las necesidades naturales inaccesibles. De todos los sistemas, unos son erróneos, el otro verdadero. Comprender es, desde luego, darse cuenta de que no hay sino una ley justa que profundiza cada parte del sistema legislativo hasta sus extremas consecuencias lógicas y que no deja sin terminar. La atracción de las armonías lógicas no repugna nunca al verdadero sabio, al que no se le ve repentinamente desviarse de la conclusión que salta a la vista.

La única doctrina revolucionaria es la que suprime verdaderamente el *privilegio*, este poder fantasma tan extrañamente apoyado en sí mismo y en otros fantasmas, que ahoga la vida inmensa en el tiempo y el espacio. Es la que hace radicar el poder en su lugar normal, es decir, en todos los seres vivientes. El interés general es la suma de los intereses privados de los ciudadanos. Cuando hablamos de interés general, no nos perdemos en un confuso juego de palabras, sino que entramos integralmente en la vida. La no-

ción de la persona y del origen humano constituyen la condición de esta ley del bien público. Cada interés particular no debe ser determinado ni limitado sino por el conjunto de los otros; y el conjunto de todos los intereses forma el interés de la humanidad. La libertad es, sin duda, relativa; sólo sería absoluta cuando ya no existiera sino un solo sér sobre la tierra. No hay sociedad sin ley ni ley sin apremio. La libertad debe ser lógica y equitativamente semejante; igual para todos. Es la distribución de los derechos de la vida entre los seres vivientes, según esquema perfectamente regular, es la máxima generalización científica de la expansión individual.

La exacta doctrina revolucionaria implica claramente la formación de un estatuto personal que pone en juego y toma en cuenta a cada ciudadano; que exige de todos y de cada uno un esfuerzo útil engranado en el esfuerzo colectivo; que coloca a todos los ciudadanos en condiciones idénticas de la vida colectiva: iguales recursos e iguales obligaciones delante del trabajo; iguales condiciones en la instrucción, igual participación en la dirección de los negocios comunales, y que suprime, alrededor de esta estructura equilibrada, todas las superioridades preestablecidas del hombre sobre el hombre, todas las potencias artificiales impuestas y deformadas con supersticiones, es decir, suprime la autocracia, la propiedad parasitaria y el absoluto nacional, que falsearían sus sentidos y destruirán su funcionamiento.

Esta concepción de la vida común, organizada sobre las bases del esfuerzo particular (mérito) que restablece la armonía entre la justicia y la vida de los hombres, que vuelve a colocar en el mundo temporal el esquema magnífico de la fraternidad, y contra la cual no puede pronunciarse ninguna persona de buen juicio y de corazón, esta concepción ha sido, a menudo, entrevista por fragmentos, en aspectos fugitivos y fraccionados, por ciertos vértices, por ciertas profundidades. Durante largo tiempo ha sido perseguida con titubeos y sin orden. Actualmente está escrita y se sintetiza de modo expreso en el *comunismo internacional.*

UNA PAGINA DEL GRAN POETA PORTUGUES GUERRA JUNQUEIRO

LO QUE ES LA VIDA

A vida es el mal. La expresión última de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres cífrase en una batalla inexorable de apetitos, en un tumulto desordenado de egoísmos, que se entrechocan, rasgan y laceran. El progreso márcalo la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, a la trayectoria de la bala, que es de veinte kilómetros. La fiera nos perturba a diez pasos. El hombre, a cuatro leguas, nos llena de terror. El hombre es una fiera aumentada.

Nunca los abismos de las ondas produjeran monstruos equivalentes al navío de la guerra, con las escamas de acero, las entrañas de bronce, el mirar de relámpago, y las fauces abiertas, pavorosas, rugiendo metralla, masticando llamas, vomitando muerte.

La pata prehistórica del atlantesaurio aplastaba el peñasco. Las dinamitas del químico quiebran montañas, como nueces. Si la presa del mastodonte despedazaba un cedro, el cañón Krupp aniquila baluartes y trincheras. Una víbora envenena a un hombre; mas un hombre, solito, arrasa a una capital.

Los grandes monstruos no llegan en verdad en la época secundaria: aparecen en la última, con el hombre. Junto a Napoleón, un megalosaurio es una hormiga. Los lobos de la vieja Europa devoran algunas docenas de viandantes, en tanto que millones y millones de miserables caen de hambre y de abandono, sacrificados a la soberbia de los príncipes, a la mentira de los curas y a la gula devoradora de la burguesía cristiana y democrática. El matadero es la fórmula cruda de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses; otros, para verdugos. Unos comen y otros son comidos. Hay seres tenebrosos, vestidos de andrajos, minando montañas, y seres espléndidos, cubiertos de oro y de terciopelo, radiantes al sol. En el cofre del banquero duermen pobrezas metalizadas. Hay hombres que cenan en una noche un barrio fúnebre de mendigos. Adornan gargantas de cortesanas rosarios de esmeraldas y diamantes, mucho más siniestros y luctuosos que rosarios de cráneos en el pecho de salvajes.

Viven cuadrúpedos en caballerizas de mármol y agonizan parias en estercoleros infectos, roídos de gusanos. La letrina de Vanderbilt cos-

tó aldeas de miserables. Y en vista de que los palacios devoran pocilgas, todo "boulevard" grandioso reclama un cuartel, una cárcel y una horca. El dios Millón no digiere sin la guillotina de centinela. Los hombres se reparten al globo como los buitres el carnero. A mayor buitre, mayor porción. Hombres que tienen imperios, y hombres que no tienen hogar.

Los pies mimosos de las princesas se deslizan lucientes de oro sobre alfombras, y los pies vagabundos pisan, sangrando, guijarros, ásperos y breñas. Beben "champagne" algunos caballos de deporte, usan anillos de brillantes algunos falderillos, y hay criaturas que, por falta de una corteza de pan, encienden hornillos para morir. Bendito el óxido de carbono que exhala paz y olvido! ¡Y la naturaleza, insensible al drama bárbaro del hombre! ¡Guerra, odios, crímenes, tiranías, hecatombes, desastres, iniquidades, déjanla indiferente e inconsciente, como la peña inmóvil a quien roza el ala de un avispa! El clamor atronador de todas las angustias no arranca un ay de la inmensidad inexorable. La aurora sonríe con el mismo esplendor a los campos de batalla y a la cuna infantil, y las yerbas golosas no distinguen la podredumbre de Locusta de la podredumbre de Juana de Arco. Regad vergeles con la sangre de Iscariote o con la sangre de Cristo, y los lirios inocentes (extraña inocencia) brotarán igualmente cándidos y nevados.

LA CAZA DEL CONDOR

POR JOSE S. ALVAREZ

UNA hora hacía, por lo menos, que callaban nuestros fusiles y, sin embargo, los cóndores, desconfiados como ellos, revoloteaban todavía alarmados. Los pocos que se habían asentado en la falda del lejano cerro frontero se paseaban parsimoniosos y serenos, aunque evidentemente inquietos, a juzgar por el movimiento de sus calvas cabezas rojas y por la presteza con que ensayaban tender el vuelo cuando un ruido insólito llegaba a sus oídos o un detalle sospechoso velaba la nítida visión de sus ojos claros y penetrantes, que atisbaban, sin parpadear, la entrada de las grutas misteriosas y la sombra traidora de los peñascos o del medroso malezal. Recogida sólo a medias el ala diligente, caminaban ceremoniosos y graves, erguida la cabeza descubierta, como enlutados caballeros medioevales que, en justa de apostura, lucieran su garbo y su donaire. Cada vez que se detenían, estirando el cuello, como ansiosos de recoger en el oído, para descifrarlo, el enigmático lenguaje con que les hablaba el monte y la llanura, parecía que tal no hicieran, sino mutuas cortesías reverentes: la tizona obedeciendo a la presión de la mano sobre el pomo, alzaba en la contera la extremidad del manto caballero; las golas ondulaban con coquetería y las espuelas chirriaban acompasadas. Y desde el ras del suelo hasta donde el ojo alcanzaba en el infinito azul, se les veía: ya escoltaban rápidos y nerviosos la blanca nube pasajera que impulsaba el viento, o ya, sin batir el ala, describían un círculo fantástico sobre la masa obscura de las sierras, cruzando juguetones las anchas fajas luminosas en que el sol reía placentero.

—¿Usté cree que sólo le malicea a la oscuridá, señor?..—dijo,—con su acento característico, el viejo gaucho cordobés que nos acompañaba. —¡No crea! El cóndor es un pájaro muy astuto.... Desconfía más del sol que de la sombra, y aunque puede mirarlo sin pestañar, se le hace que a contra luz s'escuede un enemigo y por eso pega la vuelta pa ver de todos laos.... Sabe qu'el hombre es artero y que se lo ha de madrugar si le da un cabe....

—Pues si todos dan el cabe que han dado éstos, los cóndores morirán sólo de viejos.

—¿Ha visto cómo le matrerean al plomo, señor? Y eso que las balas son pa'l cuero d'ellos como son pa'l mío estas espinas de amor seco..... Lo que les dentra lindo es el cuchillo....

—¡Cómo no!.... Y el dedo en el pico les ha de entrar mejor.... quizás.

Y convenimos después de mucho conversar y sostenerme el viejo que "pa cazar el cóndor más valían las mañas que los fusiles," en que al día siguiente cazaría para mí un cóndor vivo y que si ello sucedía, yo cambiaría su posesión contra cincuenta pesos.

—Cácelo ahora.... ¿Para qué esperar mañana?....

—Hay que hacer aprontes, señor....y, además, el cóndor en ayunas no es tan fortacho..... Al finao mi padre qu'era de la gente de antes, cuando no había aquí en las sierras rifles de largo alcance como hay aura, le gustaba cazar los cóndores a mano.... a lo indio....y sabía obligarlos a suicidarse....

—¿Y usted no le aprendió la receta?....

—¡Vaya!..... ¿Y cómo no?.... ¡Si es facilísimo!.... ¡No hay más que decirles una palabra en la oreja y ya'stá.... Mañana de mañanita lo verá....

Al día siguiente tuve ocasión de presenciar, asombrado, el extraño espectáculo de una lucha singular entre la astucia y la fuerza, en aquel vasto escenario de las sierras, que alumbraba el sol naciente.

Llegamos a una quebrada pintoresca y dimos con un viejo mancarrón que pastaba tranquilo, discurriendo goloso entre el perfumado pastizal serrano.

—¿Ve?.... Ese mancarrón, señor, me v'a servir pa carnada.... ¡Ya verá cómo cain los cóndores al olor de la sangre y cómo los azonza la gazuza é la madrugada, castigada por la vista e la grasita!

Entre el viejo y sus dos hijos degollaron el mancarrón inservible, le abrieron el cuerpo, extrayendo las vísceras, para dejar una buena cavidad, y le quitaron a medias la piel, tapando con ella, arrollada, la entrada de aquélla, entre la cual se deslizó el cazador, diciéndonos, mientras se acomodaba, disimulando su presencia:

—Aura, vayansén pa la cueva que los muchachos conocen y abra el ojo, señor, va er una cosa linda!.... ¡Escuendansén bien, che!.... ¡Ya saben los linces que son estos condenaos...y apurensén pa'yudarme conforme me vean parao!.... ¡Voy a cazar el más grande!

Apenas estábamos en nuestro escondite, cuando apareció en el cielo un enjambre de puntos negros que a medida que avanzaban iban aumentando de volumen y en cantidad; parecía que los cerros enteros, desmenuzados, andaban en el aire. Los cóndores, majestuosos, volabaan en círculo. Ya venían apresurados, batiendo el ala con presteza, o ya, serenos y como inmóviles, se detenían sobre el punto donde yacía el mancarrón y descendían rápidos a posar la garra acerada sobre el desmedrado costillar, o peleaban dos rivales, rezongando, por adueñarse de la cabeza, que parece ser bocado suculento, mientras otros hacían presa en las vísceras sangrientas y se las repartían a tirones. De repente un ruido formidable apagó los graznidos entrecortados, se oyó un soplo de huracán, y al correr hacia la res, vimos al enjambre gigantesco aletear desesperado para alzar el vuelo, impulsando el cuerpo remolón, mientras, allá sobre el costi-

tar casi pelado ya, forcejeaba por escapar a las manos hercúleas que sos-
enían sus patas negruzcas, un cóndor enorme que el viejo cordobés suje-
aba, sin salir de su escondite, temeroso a las injurias del pico sanguinario.

Pronto los mocetones hicieron presa en el cuello y en las alas, y con
grave escándalo del enjambre, que voltejeaba graznando sobre nuestras
abezas, quedó el cóndor como estanqueado. Era un magnífico ejemplar,
que hedía a carroña y cuyos ojos fulguraban iracundos....

—Ya ve, señor, cómo más valen las mañas que los fusiles.... Y es
grande el condenao.... Con razón por poco no me levantaba....

—¿Sabe que esto se llama hazaña, viejo?....

—No tanto, señor.... Pero los muchachos no hacen esto todavía
Y aura lo hagamos suicidarse a este roñoso.... ¿no le parece?....

Sacó el viejo una lezna del bolsillo de su tirador y al propio tiempo que
traspasaba con ella ambos ojos del enorme pájaro de presa, los moceto-
nes lo largaron....

Corrió un trecho graznando de dolor, y luego se remontó casi recto,
siguiéndole nuestra vista entre el enjambre de sus compañeros que revo-
loteando en círculo lo rodeaban curioso, pero que él no atendía y así
se perdió en el infinito azul....

—No crea que v'a dir lejos.... Aura, lo que se vea ciego, se descuel-
ga desde las nubes a cuerpo muerto y se destroza sobre las piedras....

Y así fué. De repente lo vimos caer pesadamente, allá, en la lejanía
brumosa de los cerros desiertos.

JOSE S. ALVAREZ, "Fray Mocho."
(Argentino.)

EN DONDE ESTA EL AMOR, ALLI ESTA DIOS

POR LEON TOLSTOI

UNA vez había en una ciudad cierto zapatero remendón llamado Martín Avdieitch, el cual habitaba en un sótano una pieza alumbrada por una ventana. Esta ventana daba a la calle, y por ella se veía pasar la gente; y aunque sólo se distinguían los pies de los transeúntes, Martín conocía por el calzado a cuantos cruzaban por allí. Viejo y acreditado en su oficio, era raro que hubiese en la ciudad un par de botas que no pasara una o dos veces por su casa, ya para remendarlas con disimuladas piezas, ya para ponerlas medias suelas o renovar las cañas y el resto. Por esa razón veía con mucha frecuencia, a través de su ventana, la obra de sus manos.

Martín tenía siempre encargos de sobra, porque trabajaba con limpieza; sus géneros eran buenos, no llevaba caro y entregaba la labor confiada a su habilidad el día convenido. Por esa razón era estimado de todos y jamas faltó el trabajo en su taller.

En todas las ocasiones demostró Martín ser un buen hombre; pero, al crecer en años, comenzó a pensar más que nunca en su alma y en aproximarse a Dios. Cuando aun trabajaba en casa de un patrón, murió su esposa dejándole un hijo de tres años. De los que antes Dios le enviara todos habían muerto.

Al verse solo con su hijito pensó al pronto en enviarle al campo a casa de su hermano, pero se dijo:

—Va a serle muy duro a mi Kapitochka el vivir fuera de mi lado; así, pues, quedará conmigo.

Y Avdieitch se despidió de su patrón y se estableció por su cuenta, teniendo consigo a su pequeñuelo. Pero Dios no bendijo en sus hijos a Martín, y cuando el último comenzaba a crecer y a ayudar a su padre, cayó enfermo y al cabo de una semana sucumbió.

Martín enterró a su hijo, y aquella pérdida tan hondo labró en su corazón, que hasta llegó a murmurar de la justicia divina. Se sentía tan desgraciado que, con frecuencia, pedía al Señor que le quitase la vida, reprochándole no haberle llevado a él, que era viejo, en lugar de su hijo único tan adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Pero he aquí que un día, hacia la Pascua de Pentecostés, llegó a casa de Avdieitch, un su paisano, que desde hacía ocho años recorría el mundo como peregrino. Hablaron: Martín se quejó amargamente de sus desgracias.

—He perdido hasta el deseo de vivir, decía; sólo pido la muerte, y es todo lo que imploro de Dios, porque no tengo ilusión ninguna en la vida.

El viejecillo le respondió:

—Haces mal en hablar de esa manera, Martín. No debe el hombre juzgar lo que Dios ha hecho, porque sus móviles están muy por encima de nuestra inteligencia. El ha decidido que tu hijo muriese y que tú vivas, luego es que debe ser así, y tu desesperación viene de que quieres vivir por ti, por tu propia felicidad.

—¿Y por qué se vive, sino por eso?, preguntó Avdieitch.

—Hay que vivir por Dios y para Dios, repuso el viejo. El es quien da la vida y para El debes vivir. Cuando comiences a vivir para El no tendrás penas y todo lo sufrirás pacientemente.

Martín guardó silencio un instante, y después replicó:

—Y ¿cómo se vive para Dios?

—Cristo lo ha dicho. ¿Sabes leer? Pues compra el Evangelio y allí lo aprenderás. Ya verás cómo en el libro santo encuentras respuesta a todo cuanto preguntes.

Estas palabras hallaron eco en el corazón de Martín, el cual fue aquel mismo día a comprar un Nuevo Testamento, impreso en gruesos caracteres, y se puso a leerlo.

El zapatero se proponía leer solamente en los días festivos; pero una vez que hubo comenzado, sintió en el alma tal consuelo, que adquirió la costumbre de leer todos los días algunas páginas. A veces se enfrascaba de tal modo en la lectura, que se consumía todo el petróleo de la lámpara sin que se decidiera dejar el libro santo de la mano.

Así, pues, leía en él todas las noches; y cuanto más avanzaba en la lectura, más clara cuenta se daba de lo que Dios quería de él y cómo hay que vivir para Dios, y con ello iba penetrando dulcemente la alegría en su alma. Antes, cuando se iba a acostar, suspiraba y gemía evocando el recuerdo de su hijo; ahora se contentaba con decir:

—¡Gloria a Ti! ¡Gloria a Ti, Señor! ¡Esa ha sido tu voluntad!

Desde entonces la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes se le ocurría, en los días de fiesta, entrar en el traktir (1) a beber té y a veces un vaso de vodka. En otras ocasiones comenzaba a beber con un amigo, llegando a salir del traktir, no ebrio, pero sí un poco alegre, lo que le movía a decir bobadas y hasta a insultar a los que hallaba en su camino.

Todo esto desapareció. Su vida se deslizaba actualmente apacible y dichosa. Con las primeras luces del alba se ponía al trabajo, y terminada su tarea descolgaba su lámpara, la ponía sobre la mesa, y, sacando el libro del estante, lo abría y comenzaba a leer, y cuanto más leía más iba comprendiendo, y una dulce serenidad invadía poco a poco su alma.

Cierta vez le ocurrió comenzar la lectura más tarde que de costumbre.

(1) Especie de café-taberna.

Había llegado al Evangelio de San Lucas y vió en el capítulo VI los versículos siguientes:

"Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra, y si alguno te quita tu capa, no le impidas que tome también la túnica de debajo.

"Da a todos lo que te pidan, y si alguno te quita lo que te pertenece, no se lo exijas.

"Lo que queráis que os hagan los demás, hacédselo a ellos vosotros."

Después leyó los versículos en que el Señor dice:

"¿Por qué me llamáis: ¡Señor! ¡Señor! y no hacéis lo que yo os digo?

"Yo os mostraré a quien se parece todo aquel que viene a Mí, y que escucha mis palabras y las pone en práctica.

"Se asemeja a un hombre que edificó una casa, y que habiendo excavado profundamente, asentó los cimientos sobre roca, y cuando llegó un aluvión, el torrente chocó con violencia contra esta casa, pero no pudo derribarla porque estaba fundada sobre roca.

"Pero el que escucha Mis palabras y no las pone en práctica, es semejante a un hombre que ha edificado su casa en la tierra, sin cimientos, y el torrente, al dar en ella con violencia, la ha derribado y la ruina ha sido grande."

Martín leyó estas palabras, y su corazón fué penetrado de alegría. Se quitó las gafas, las dejó sobre el libro, apoyó los codos sobre la mesa y quedó pensativo. Comparó sus propios actos a esas palabras, y dijo:

¿Estará mi casa fundada sobre roca o sobre arena? Bien estaría si fuera sobre roca. ¡Qué feliz se siente uno cuando se encuentra a solas con su conciencia y ha procedido como Dios manda! En cambio, cuando se distrae de Dios, puede volver a incurrir en el pecado. De todos modos he de seguir como hasta aquí, porque es bueno. ¡Dios me ampare!

Después de haber así pensado, quiso acostarse; pero le apenaba mucho dejar el libro de la mano, y aun comenzó a leer el capítulo séptimo. Allí leyó la historia del centurión y del hijo de viuda, y la respuesta de Jesús a los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo invitó a su casa al Señor, vió cómo la pecadora le ungió los pies y se los lavó con sus lágrimas, y cómo le fueron perdonados sus pecados. Luego, en el versículo cuarenta y cuatro, leyó:

"Entonces, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies, y ella los ha regado con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos.

"No me has dado el ósculo de paz, y ella, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies.

"No has ungido con aceite mi cabeza, pero ella ha ungido mis pies con aceite oloroso."

Leyó este versículo, y pensó:

"Tú no me has dado agua para los pies, no me has dado el ósculo de paz, no has ungido con aceite mi cabeza."

Y Martín, quitándose de nuevo las gafas, dejó el libro y volvió a reflexionar:

"Sin duda—se decía—era como yo aquel fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí. Con tal que yo bebiese té, que tuviese lumbre y que no careciese de nada, casi no me acordaba del convidado. Sólo pensaba en mí, y nada en el huésped; y, sin embargo, ¿quién era el convidado? ¡El Señor en persona!.... Si hubiera venido a mi casa, ¿hubiera yo procedido de esta manera?"

Y Martín, apoyando los codos sobre la mesa, dejó caer sobre las manos la cabeza y se durmió sin darse cuenta de ello.

—¡Martín!—dijo de pronto una voz a su oído.

Martín se despertó sobresaltado.

—¿Quién hay ahí?

Se incorporó, miró hacia la puerta, y no viendo a nadie, volvió a dormirse.

Pero, en el acto, oyó estas palabras:

—¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana a la calle, que yo vendré a verte.

El zapatero, despierto de su sopor, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo no sabía si aquellas palabras las había oído en sueños o en realidad.

Al fin apagó la lámpara y se acostó.

Al día siguiente, antes de la aurora, se levantó, rezó su acostumbrada plegaria, encendió su estufa y puso a cocer su sopa y su kacha, hirvió su samovar, se puso el mandil y se sentó al pie de la ventana para comenzar la cotidiana tarea.

Mientras trabajaba no podía apartar de su imaginación lo que la víspera le ocurriera, y no sabía qué pensar. Tanto le parecía que había sido juguete de una ilusión, tanto que en realidad le habían hablado.

—Estas son cosas que suceden en la vida—se dijo.

Martín siguió trabajando, y de vez en cuando miraba por la ventana, y cuando pasaba alguno, cuyas botas no conocía, se inclinaba para ver, no sólo los pies, sino la cara del desconocido.

Pasó un dvornik (1) con botas de fieltro nuevas, luego un aguador, después un viejo soldado del tiempo de Nikolai, calzado de botas tan viejas casi como él, ya recompuestas, y provisto de una larga pala.

Se llamaba el soldado Stepeintch, y vivía en casa de un comerciante de la vecindad, que le tenía recogido en consideración a sus años y a su extremada pobreza, y por darle alguna ocupación compatible con su edad, le había encargado de auxiliar al portero.

El viejo soldado se puso a quitar la nieve ante la ventana de Martín. Este le miró y continuó su tarea.

—Soy un necio en pensar de este modo—se dijo el zapatero burlándose de sí mismo.... Es Stepeintch, que quita la nieve, y yo me figuro que es Cristo que viene a verme. En verdad estoy divagando, imbécil de mí.

(1) Portero.

Sin embargo, al cabo de haber dado otros diez puntos, miró de nuevo por la ventana y vió a Stepeintch que, dejando apoyada la pala contra la pared, descansaba y trataba de calentarse.

—Es muy viejo ese pobre hombre— se dijo Martín. Se ve que no tiene fuerza ya ni para quitar la nieve; tal vez le convendría tomar una taza de té, y justamente tengo aquí mi samovar (1) que va a apagarse.

Al decir esto clavó la lezna en el banquillo, se levantó, puso el samovar sobre la mesa, vertió agua en la tetera y dió unos golpecitos en la ventana. Stepeintch se volvió acercándose adonde le llamaban; el zapatero le hizo una seña y fué a abrir la puerta.

—Ven a calentarte— le dijo;— debes tener frío.

—¡Dios nos ampare! Ya lo creo; me duelen los huesos—respondió Stepeintch.

El viejo entró, sacudió la nieve de sus pies por temor a manchar el pavimento, y sus piernas vacilaron.

—No te tomes el trabajo de limpiarte los pies; yo barreré eso luego: la cosa no tiene importancia. Ven, pues, a sentarte—dijo Martín y toma un poco de té.

Llenó dos vasos de la hirviente infusión y alargó uno a su huésped; después vertió el suyo en el plato y comenzó a soplar para enfriarlo.

Stepeintch bebió, volvió el vaso boca abajo, colocó encima el azúcar sobrante y dió las gracias; pero se adivinaba que habría bebido con gusto otro vaso.

—Toma más—dijo Martín llenando de nuevo los dos vasos.

Mientras bebía, aun continuaba el zapatero mirando hacia la sala.

—¿Esperas a alguno?—preguntó el huésped.

—¿Si espero a alguno? Vergüenza me da decir a quién espero. No sé si tengo o no razón para esperar; pero hay una palabra que me ha llegado al corazón. . . . ¿Era un sueño? No lo sé. Figúrate, buen amigo, que ayer leía yo el Evangelio de nuestro Padre Jesús; y ¡cuánto sufrió cuando estaba entre los hombres! Has oído hablar de esto, ¿verdad?

—Sí, he oído decir algo así—respondió Stepeintch;—pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

—Pues bien, estaba leyendo cómo pasó por el mundo Nuestro Señor . . . . y llegué a cuando estuvo en casa del fariseo y éste no salió a Su encuentro. . . . Leí, pues, querido amigo, esto, y luego pensé: "¿Cómo es posible no honrar lo mejor posible a nuestro Padre Jesús? Si, por ejemplo, me decía yo, me ocurriese algo parecido, es posible que no supiera cómo honrarle lo bastante; y, sin embargo, el fariseo no Le recibió bien. "En esto pensaba cuando me dormí. Y en el momento de dormirme me oí llamar por mi nombre. Me levanto, y la voz me parece murmurar: "Espérame, que vendré mañana." Y lo dijo dos veces seguidas. . . . Pues bien, ¿lo creerás?, tengo esa idea metida en la cabeza, y aun cuando yo mismo me burlo de mi credulidad, sigo esperando a nuestro Padre.

---

(1) Especie de tetera rusa.

Stepeintch movió la cabeza sin responder. Apuró su vaso y le dejó sobre el platillo, pero Martín lo llenó de nuevo.

—¡Toma más— le dijo— y que te aproveche! Pienso que El, nuestro Padre Jesús, cuando andaba por el mundo, no rechazó a nadie, y buscaba, sobre todo, a los humildes a cuyas casas iba. Eligió sus discípulos entre los de nuestra clase, pescadores, artesanos como nosotros. "El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado. . . . Me llamáis Señor—dijo—y yo os lavo los pies; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los demás. . . . Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Stepeintch había olvidado su té. Era un anciano sensible; escuchaba, y las lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

—Vamos, bebe más—le dijo Martín.

Pero Stepeintch hizo la señal de la cruz, dió las gracias, apartó el vaso y se levantó.

—Te agradezco, Martín—le dijo—que me hayas tratado de este modo, satisfaciendo al mismo tiempo mi alma y mi cuerpo.

—A tu disposición, y hasta otra vez. Ten presente que me alegro mucho que me vengan a ver—dijo Martín.

Partió Stepeintch, el zapatero acabó de tomar el té que quedaba en su vaso y volvió a sentarse junto a la ventana a trabajar.

Cose y, mientras cose, mira por la ventana y espera a Cristo Sólo piensa en El y repasa en su imaginación lo que El hizo y lo que El dijo.

Pasaron dos soldados, con botas de ordenanza el uno y el otro con botas de su propiedad; luego un noble con sus chanclos de goma, después un panadero con su cesta.

He aquí que, frente a la ventana, aparece una mujer con medias de lana y zapatos de campesina y se arrima a la pared. Martín, inclinándose, mira a través de los cristales y ve a una forastera con un niño en los brazos, apoyada en el muro y volviendo la espalda al viento. Trataba de abrigar a su niño, sin lograrlo, porque nada tenía para envolverlo. Aquella mujer, a pesar del frío que reinaba, llevaba un traje de verano en bastante mal estado.

Martín, desde la ventana, oyó al niño llorar y a su madre querer tranquilizarle, pero sin lograrlo.

Se levantó; abrió la puerta, salió y gritó en la escalera:

—¡Eh, buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y se volvió hacia él.

—¿Por qué te quedas a la intemperie con tu hijo? Ven a mi cuarto y podrás cuidarle mejor. . . . ¡Por aquí, por aquí!

La mujer, sorprendida, ve a un viejo con un mandil y unas gafas que le hace señas de que se aproxime, y obedece.

Baja la escalera y penetra en la habitación.

—Ven acá—dijo el anciano— y siéntate junto a la estufa. Caliéntate y da de mamar al pequeño.

—Es que ya no tengo leche—respondió la mujer.—Es más, desde esta mañana no he probado alimento.

Y, sin embargo, la mujer dió el pecho a su pequeñuelo.

Martín volvió la cabeza, se acercó a la mesa, tomó pan, un tazón, abrió la estufa, en donde hervía la sopa, y sacó un cucharón lleno de kacha; pero como los granos aún no habían cocido lo necesario, vertió solamente la sopa en el tazón y colocó éste sobre la mesa. Cortó el pan, extendió una servilleta y puso un cubierto.

—Siéntate—le dijo—y come, buena mujer! En tanto yo tendré a tu hijo. He sido padre y sé cuidar a los pequeñuelos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso a la mesa y comió mientras Martín, sentado en su lecho con el niño en brazos, le besaba para tranquilizarle. Como la criatura seguía llorando a pesar de todo, Martín discurrió amenazarle con el dedo, que aproximaba y alejaba alternativamente de los labios del niño, pero sin tocarle, porque su mano estaba ennegrecida por la pez, y el pequeño, mirando aquello que se movía cerca de su rostro, cesó de gritar y hasta comenzó a reír con gran contento del zapatero.

Mientras restauraba sus fuerzas, la forastera contó quién era y de dónde venía.

—Yo—dijo— soy esposa de un soldado. Hace ocho meses que han hecho partir a mi marido y no tengo noticias de él. Vivía de mi empleo de cocinera cuando di a luz. A causa del niño no me quisieron tener en ninguna parte y hace tres meses que estoy sin colocación. En este tiempo he gastado cuanto tenía, me he ofrecido como nodriza y no me han admitido, diciendo que estoy muy delgada. Entonces he ido a casa de una tendera, donde está colocada nuestra hija mayor, y allí han ofrecido colocarme. Creí que iban a tomarme inmediatamente, pero me han dicho que vuelva la semana entrante. . . . La tendera vive muy lejos, estoy extenuada y mi pobre pequeño también. Por fortuna mi patrona ha tenido compasión de nosotros y nos deja, por amor de Dios, dormir en su casa. Si no, yo no sé qué sería de mi hijo y de mí.

Martín suspiró, y dijo:

—¿Y no tienes vestidos de abrigo?

—No. Ayer empeñé por veinte kopeks mi último mantón.

La mujer se acercó al lecho y cogió al niño. Martín se levantó, y, acercándose a la pared, buscó y halló un viejo caftán.

—¡Toma!—le dijo:—es malo, pero siempre servirá para cubrirte.

La forastera miró el caftán, miró al viejo, tomó la prenda y rompió a llorar. Martín volvió el rostro no menos conmovido, fué luego hacia su cama y sacó de debajo un cofrecito; le abrió, sacó algo de él y volvió a sentarse enfrente de la pobre mujer.

Esta dijo:

—¡Dios te lo premie, buen hombre! El, sin duda, me ha traído junto a tu ventana. Sin eso el niño se hubiera helado. Cuando salí hacía calor y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado Dios de asomarte a la ventana y tener compasión de nosotros!

Martín sonrió.

—El ha sido, en efecto, quien me ha inspirado esa idea—dijo.—No miré casualmente por la ventana.

Y contó su sueño a la mujer, diciéndole cómo había oído una voz y cómo el Señor le prometiera venir a su casa aquel día mismo.

—Todo puede ocurrir—repuso la mujer, que se levantó, tomó el viejo mantón, envolvió en él al niño, se inclinó y dió las gracias al zapatero.

—Toma, en nombre de Dios—dijo éste deslizándole en la mano una moneda de veinte kopeks,—toma esto para desempeñar tu mantón.

La mujer se santiguó; Martín hizo lo propio y luego la acompañó hasta la puerta.

Se fué la forastera.

Después de haber comido la sopa. Martín se volvió a poner a su faena. Mientras manejaba la lezna no perdía de vista la ventana, y cada vez que una sombra se perfilaba, levantaba los ojos para examinar al transeúnte. Pasaban unos que conocía y otros desconocidos; pero éstos nada ofrecían de particular.

De pronto vió detenerse, precisamente frente a su ventana, a una vieja, vendedora ambulante, que llevaba en la mano un cestito de manzanas. Pocas quedaban, pues sin duda había vendido la mayor parte. Iba, además, cargada con un saco lleno de leña menuda, que debió recoger en los alrededores de alguna fábrica de carbón y regresaba a su casa. Como el saco la hiciese daño, quiso, a lo que pareció, mudarlo de hombro, y lo dejó en el suelo, puso el cesto de manzanas sobre un poyo y comenzó a arreglar los trozos de leña. Mientras la anciana estaba así ocupada, un granujilla, venido de no se sabe dónde, y cubierto de una gorra hecha pedazos, robó una manzana del cesto y trató de escapar; mas lo advirtió la mujer y, volviéndose rápidamente, le asió de una manga. El muchacho forcejeó, pero ella le retuvo con ambas manos, le arrancó la gorra y le tiró de los cabellos.

El muchacho gritaba y la vieja se enfurecía cada vez más. Martín, sin perder tiempo ni siquiera en clavar la lezna, la dejó caer al suelo y corrió a la puerta, saliendo con tal prisa que a poco rueda por la escalera; pero las gafas se le caen en el camino. Se precipita a la calle y encuentra a la vieja tirando aún de los cabellos al pillete, golpeándole sin misericordia y amenazando con entregarle a un guardia.

El muchacho seguía forcejeando y negaba su delito.

—Yo no he cogido nada—gritaba;—¿por qué me pegas? ¡Déjame!

Martín quiso separarlos. Cogió al muchacho de la mano y le dijo:

—¡Déjale, ancianita, perdónale por Dios!

—Voy a perdonarle de modo que se acuerde hasta la próxima. ¡Voy a llevar a la prevención a este granuja!

Martín suplicó de nuevo:

—Déjale te digo, que no lo volverá a hacer. Déjale en nombre de Dios.

La vieja soltó su presa y el muchacho iba a escapar, pero Martín le retuvo.

—Pide ahora perdón a esta anciana y no vuelvas en lo sucesivo a reincidir, porque yo te he visto coger la manzana.

El pequeñuelo rompió a llorar y pidió perdón entre sollozos.

—Vaya—exclamó Martín,—eso está bien, y ahora toma una manzana que te doy yo.

Y Martín cogió una del cesto y se la dió al muchacho.

—Voy a pagártela, buena mujer—continuó dirigiéndose a la vendedora.

—Mimas demasiado a ese granujilla—dijo la vieja. Lo que le hubiera servido era sentarle las costuras de modo que se hubiera acordado toda la semana.

—¡Eh! ¿qué es eso?—exclamó el zapatero,—nosotros juzgamos así, pero Dios nos juzga de otro modo. Si hubiera que azotarle por una manzana, ¿qué habría que hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Martín contó a la anciana la parábola del acreedor que perdonó la deuda y del deudor que quiso matar al que le había favorecido.

La vieja y el muchacho escuchaban.

—Dios nos manda perdonar—prosiguió Martín, porque de otro modo no seremos perdonados. . . . hay que perdonar a todos y, sobre todo, a los que no saben lo que hacen.

La vieja inclinó la cabeza y suspiró.

—No digo que no—murmuró la vendedora;—pero hay que reconocer que los niños están muy inclinados a hacer el mal.

—Por eso a nosotros los viejos nos corresponde enseñarles el bien.

—Eso es lo que yo digo—repuso la anciana.—He tenido siete hijos y sólo me queda una hija. . . .

Y la vieja se puso a referir que vivía en casa de su hija y cuántos nietos tenía.

—¿Ves—dijo—qué débil soy? Pues a pesar de ello trabajo para mis nietos. ¡Son tan lindos, salen a mi encuentro con tanto cariño! ¿Y mi Aksintka? Esa sí que no iría con nadie más que conmigo:

—"¡Abuelita—me dice,—querida abuelita!. . . . . "

Y la vieja se enterneció.

—La verdad es que lo ocurrido no ha sido más que una niñería; ¡conque vete y que Dios te guarde!—agregó dirigiéndose al chiquillo.

Pero como en aquel instante fuese la anciana a cargar de nuevo el saco sobre sus hombros, el pequeño añadió diciendo:

—Dámelo, viejecita, yo te lo llevaré; precisamente vas por mi camino.

Y se fueron juntos, olvidándose la vendedora de reclamar a Martín el importe de la manzana, y el zapatero, al quedar solo, les miraba alejarse y oía su conversación.

Les siguió un rato con la vista y luego volvió a su casa, encontró sus gafas intactas en la escalera, recogió su lezna y volvió de nuevo a la obra. Trabajó un poco, pero ya no había bastante luz para coser y vió pasar al empleado que iba a encender los faroles.

—Tengo que encender la lámpara—se dijo.

Prepara su quinqué, lo cuelga y continúa el trabajo. Terminada una bota, la examina: estaba bien. Recoge sus herramientas, barre los recortes, descuelga la luz colocándola sobre la mesa y toma del estante el Evangelio.

Quiere abrir el tomo por la página en que había quedado la víspera, pero fué a dar en otra.

Al abrir el libro santo recordó su sueño del día anterior y sintió que algo se agitaba detrás de él.

Volvióse Martín y vió, o se le figuró al menos, que había alguien en uno de los ángulos de la pieza. . . . Era gente, en efecto, pero no la veía bien. Una voz murmuró a su oído:

—¡Martín! ¡Eh! ¡Martín! ¿Es que no me conoces?

—¿Quién eres?—preguntó el zapatero.

—¡Soy yo!—dijo la voz.—¡Soy yo!

Y era Stepeintch que, surgiendo del oscuro rincón, le sonrió y desapareció esfumándose como una nube.

—¡Soy también yo!—dijo otra voz.

Y del rincón obscuro salió la forastera con el niño: la mujer sonrió, sonrió el niño y ambos se desvanecieron en la sombra.

—¡También soy yo!— exclamó una tercera voz.

Y surgió la vieja con el muchacho, el cual llevaba una manzana en la mano. Ambos sonrieron y se disiparon como los anteriores.

Martín sintió una suprema alegría en su corazón; hizo la señal de la cruz, se caló las gafas y leyó el Evangelio por la página que estaba a la vista:

"Tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; era forastero, y me has acogido."

Y al final de la página:

"Lo que habéis hecho por el más pequeño de mis hermanos es a mí a quien lo habéis hecho." (San Mateo, XXV.)

Y Martín comprendió que su ensueño era un aviso del cielo; que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa, y que era a El a quien había acogido.

Conocimientos Útiles

COMO CURARSE SIN DROGAS

EL AYUNO

LA NUEVA CIENCIA.

EL ayuno, como medio de curar las enfermedades, ha sido increíblemente descuidado por los médicos, que son ciegos para cualquier método que requiera algo más de trabajo y de reflexión y un mayor cuidado que el recetar drogas. En los libros de texto oficiales sobre el tratamiento de las enfermedades, escritos por y para médicos, no se hace mención en ningún sitio del ayuno como remedio. Ningún tratado de Fisiología admite la posibilidad de un ayuno de mucha duración.

Los autores no parecen aprender mucho de los hechos y acontecimientos. Son muy testarudos. Desde no sé cuántas generaciones siguen afirmando que ningún hombre puede vivir más de algunos días sin tomar alimentos. Algunos creen que después de un ayuno corto el paciente queda tan débil que le es extremadamente difícil recuperar sus antiguas fuerzas. Es claro que si los profesores no creen que un ayuno largo sea posible ni que pueda ayudar a curar la enfermedad, sus discípulos, o sean los médicos del montón, o lo ignoran también o se burlan de tal idea.

La ciencia moderna exige que nada se dé por supuesto ni se crea así porque sí, sin experimentos o sin observación directa y estudios. Se supone que la Medicina es una ciencia experimental. Se pretende que ha descartado muchas supersticiones antiguas y muchas teorías que no estaban basadas en los hechos. Se pretende que saca su conclusión únicamente de los hechos y que examina éstos sin ningún prejuicio ni ideas preconcebidas. Pues esto no es exacto en muchos casos. Por lo tanto, muchas de las enseñanzas de sus grandes maestros y autoridades no tienen más valor que las supersticiones.

¿Cómo saben los grandes augures de la medicina alópata que un ayuno prolongado es imposible o peligroso? ¿Lo han experimentado personalmente sobre sus propias personas o siquiera sobre

otros? Que sepamos, esto no ha sido hecho sino una vez de manera oficial y en un centro oficial de enseñanza, en Boston, en 1912. El doctor Levanzin fué el sujeto del experimento, habiendo durado el ayuno treinta y un días. Pero esto no ha traído ningún cambio en la situación ni ha tenido la menor influencia sobre la actitud de la profesión médica referente al ayuno. Unicamente se ha consignado el hecho y el experimento en algunos anales.

Desde luego que los centenares de casos de ayuno que se han dado a conocer en los últimos años y que han sido hechos por razones de tratamiento curativo o por otros motivos, no han sido considerados dignos de atención por parte de nuestros médicos habituales. ¿Cómo va a ayunar un médico o a recomendarlo a sus pacientes, si tiene la creencia de que el resultado de ello puede ser la muerte? Su ignorancia anda de la mano con sus consecuencias lógicas.

Mas el lector nos preguntará: "¿Cómo y de dónde han sacado los profesores de la Medicina su convicción de que el ayuno era peligroso?" Pues de las fuentes, las menos fidedignas. Han aprendido su lección de los náufragos, de los sitiados, de las víctimas de catástrofes en edificios, minas, erupciones de volcanes o temblores de tierra, que estuvieron obligados a estar algún tiempo sin alimentos, o sea de gente cuyo ayuno era forzado por circunstancias excepcionales y cuyo estado de espíritu era de lo más anormal. Es la fuente de información más anticientífica y menos imparcial. Ofrece el material peor para el estudio de los efectos del ayuno, que son considerablemente alterados por el terror y desesperación del que lo hizo y por su ignorancia de su suerte definitiva. Esa gente ha de morir en muy pocos días, no de hambre, pero sí de miedo y exposición a la intemperie. Tienen que aguantar la fatiga, la suciedad, la humedad, la falta de aire puro, la falta de luz, la sed. O bien tienen que respirar gases envenenados. O a veces tienen todo esto a la vez. Si se añade la causa más importante, el estado anormal y altamente excitado de su sistema nervioso, y además que en su infortunio no cesan de creer que han de morir de hambre a los muy pocos días, según han oído siempre decir, se comprenderá que la autosugestión en ciertas circunstancias, como es bien sabido, puede causar la muerte. Los infelices están muy lejos del consuelo que les podría traer el conocimiento del hecho de que sus cuerpos pueden resistir el hambre por mucho tiempo en caso de necesidad.

Esos casos son, además, contados generalmente por gente totalmente desprovista de conocimientos científicos, a quien falta la costumbre de la observación seria. Los relatos están generalmente mezclados con bastante cantidad de leyenda o imaginación. No; esos no son casos de los cuales hombres de ciencia pueden sacar

conclusiones, que podrían ser de la mayor importancia para la humanidad.

Aparte del experimento oficial sobre el ayuno, del cual hablábamos más arriba, hay otra señal de que unos pocos ¡oh, muy pocos! médicos oficiales han visto que puede haber un poder curativo en la abstinencia de alimentos. El doctor Guelpa ha tratado con éxito muchos casos de diabetes por el ayuno en un hospital de París. Un establecimiento de Nueva York ha hecho lo mismo por algún tiempo muy corto. Pero estos ensayos eran tímidos y no han despertado ningún eco, ninguna simpatía entre los doctores en general. Además, el ayuno no duraba más de cinco días y era incompleto, puesto que se permitía a los pacientes tomar zumos de fruta y otros alimentos muy ligeros.

Por otra parte, la mayoría de los que han adoptado el ayuno como remedio han cometido muchos errores. Y uno de ellos ha sido el exagerar su valor.

Toda clase de "chiflados," y mucha gente que combate la medicina, pero sin saber por qué, han ido muy lejos en sus exageraciones. Algunos lo miran como un culto o como una cura infalible para todos nuestros males y dolencias. Otros hasta predican la necesidad de períodos de ayuno a intervalos regulares para todas las personas, aunque gocen de buena salud.

Los dos extremos son erróneos. El ayuno es un tratamiento maravilloso y muy eficaz; pero tampoco se puede emplear sin discernimiento. Puede hacer, y ha hecho a veces, incontables daños al enfermo.

VALOR HIGIENICO DE LA FRUTA

LA NUEVA CIENCIA.

CONOCIDOS son los efectos saludables de la fruta sobre el cuerpo humano; sólo ingeridas con exceso llegan a ser nocivas ciertas clases de frutas. El limón es la perla entre las frutas: purifica la sangre y penetra en todas las mucosas y glándulas del cuerpo, purificándolas. Usándolo continua y moderamente, su jugo llega a reavivar hasta los puntos atrofiados de la mucosa, como se ha observado bastantes veces en gargantas enfermas.

El limón disuelve formaciones litiásicas, concreciones reumáticas y gotosas y mata las formaciones fungosas (difteria). Su acción provoca la contracción de los vasos sanguíneos, en lo que consiste su fuerza hemostática y su facultad de fomentar el regreso de la flebectasia.

Higos y dátiles son excelentes alimentos; pero, al secarlos, pierden gran parte de sus cualidades. En estado fresco los granitos de los higos son sanos; pero, secados, obstruyen fácilmente los canalitos de los riñones y del hígado. La acción de la naranja es más suave que la del limón. Su jugo también penetra en las mucosas, pero obra más electrizante. Las cortezas de naranja y limón contienen los mismos principios amargos electrizantes que los melocotones, pero mucho más concentrados, y empleados parcamente surten los mismos efectos.

La manzana, una de las clases de fruta más cultivada, contiene mucho hierro, y es de recomendar, por lo tanto, en la anemia como medio auxiliar para la formación de la sangre. Es rica en oxígeno, que pasa a la sangre, con lo cual facilita la actividad de los pulmones en los estados asmáticos; pero ante todo nutre el bazo y por medio de éste el cerebro. De ahí se derivan los brillantes éxitos que se han logrado en enfermedades nerviosas mediante la nutrición con pan de cebada y manzanas. Por la misma razón pasa la manzana por ser un excelente calmante y medio somnífero.

La pera es muy nutritiva y contiene mucha cal para la formación ósea. Se disuelve principalmente mediante la saliva y es expelida por los riñones; por eso su acción es más diurética que la de otras frutas, pero mal mascada molesta y produce obstrucción del estómago y del intestino. y al existir un riñón débil, obstruye también los finos canalículos urinarios.

Las ciruelas son muy nutritivas: obran poderosamente sobre el intestino; pero, estando éste irritado, produce diarreas. Limpian los pliegues del intestino, pero a causa de la propensión a fermentar que tiene su corteza, provocan fácilmente flatulencia e hinchazón del vientre. Por eso es preferible pelar las ciruelas

Melocotones y albaricoques animan las paredes del estómago; asimismo obran favorablemente sobre el pulmón y el hígado, favoreciendo la secreción de la hiel. De particular valor resulta la corteza de ambas clases de fruta.

Las uvas purifican la sangre, el pulmón, el hígado y el bajo vientre.

Las fresas son ricas en fósforo; por lo tanto, son un excelente remedio para los nervios. Ingeridas en demasía excitan la sangre hasta producir fiebre (fiebre urticaria). El tomate tiene su puesto entre la fruta y las legumbres. Su jugo pasa por los riñones y el bazo, limpiando la sangre y los nervios. En casos de eczemas, herpes, sarpullido y toda clase de manifestaciones de sangre impura, su acción supera a la de la fruta.

Las nueces dan grasa a los nervios, sobre todo el coco maduro. Las cortezas de la almendra contienen ácido prúsico, por lo cual atacan fácilmente los ligamentos superiores de la glotis, causando ronquera. Las avellanas son las nueces más finas y sanas.

EL BIENESTAR FISICO

LOS ALIMENTOS

POR Y. RAMACHARAKA

LA NUTRICION

L cuerpo humano está constantemente sufriendo cambios; los átomos de los huesos, tejidos, carne, músculos, grasa y líquidos son constantemente destruídos y renovados en el sistema, y nuevos átomos se están manufacturando constantemente en el prodigioso laboratorio del cuerpo y luego enviados a ocupar el lugar del material destruído y abandonado.

Consideremos el cuerpo físico de un hombre y su mecanismo, como una planta, y en verdad es igual a la vida de la planta en su naturaleza. ¿Qué es lo que la planta requiere para transformarse de semilla en brote, de brote en planta, con flores, semillas y fruto? La respuesta es simple: aire puro, luz del sol, agua y suelo nutritivo; esas cosas, y todas ellas, debe tener para llegar a una madurez sana. Y el cuerpo físico del hombre requiere exactamente las mismas cosas—todas ellas—para estar sano, fuerte y normal. Recordad los requisitos: aire puro, luz del sol, agua y alimento. Consideraremos el asunto del aire, la luz del sol y agua más adelante, tratando primero la cuestión del alimento nutritivo.

Así como la planta crece lenta pero resueltamente, del mismo modo esta gran obra de descartar el material destruído y sustituirlo por otro nuevo se prosigue constantemente, día y noche. Nosotros no somos conscientes de esta gran obra, pues pertenece a esa parte subconsciente de la naturaleza del hombre: es una parte de la obra de la mente instintiva. De la renovación constante de material depende la salud, fuerza y vigor de la totalidad del cuerpo y todas sus partes. Si esta renovación fuera detenida, sobrevendrían la desintegración y la muerte. El reemplazo del material destruído y descartado es una necesidad imperativa de nuestro organismo y, por lo tanto, es lo primero que debe ser considerado cuando pensamos en la salud del hombre.

La clave de este asunto del alimento, en la Filosofía de Hatha Yoga, es la palabra sánscrita cuyo equivalente es NUTRICION. Imprimimos la palabra en letras mayúsculas para que impresione vuestras

mentes. Deseamos que nuestros estudiantes asocien el pensamiento de alimento con el de nutrición.

Para el yogi el alimento no significa algo para halagar el paladar normal; significa en cambio, primero, *Nutrición;* segundo Nutrición y tercero NUTRICION. Nutrición antes, después y siempre.

Muchas personas occidentales se imaginan al yogi como un sér flaco, flojo, marchito, medio muerto de hambre, extenuado; que piensa tan poco en el alimento, que se pasa días sin comer; que considera que el alimento es demasiado *material* para su *naturaleza espiritual.* Nada más lejos de la verdad. Los yogis, por lo menos aquellos que están bien apoyados en Hatha Yoga, consideran la nutrición como el primer deber para su cuerpo, teniendo siempre cuidado de mantenerlo debidamente nutrido y ver que la provisión de material nuevo y fresco sea siempre por lo menos, igual a la materia destruída y descartada.

Es muy cierto que el yogi no es un comilón grosero ni inclinado a los platos ricos y lujosos. Por el contrario, se sonríe de la tontería de tales cosas y sigue su alimentación sencilla y nutritiva, sabiendo que obtendrá de ella completa nutrición sin la materia inútil y perjudicial contenida en los manjares mejor elaborados de su hermano, el cual ignora el significado real del alimento.

Una máxima de Hatha Yoga es: "No es lo que un hombre come lo que le nutre, sino lo que *asimila.*" Hay un mundo de sabiduría en esta antigua máxima, y contiene lo que escritores sobre asuntos de salud han necesitado volúmenes para expresarlo.

Explicaremos más tarde el método yogi de extraer la cantidad máxima de nutrición de la cantidad mínima de alimento. El método yogi está equidistante de los dos lados extremos seguidos por las dos escuelas distintas de Occidente: los *comilones* y los *ayunadores,* cada una de las cuales proclama los méritos de su propio sistema y denigra los de la secta contraria. El simple yogi puede ser perdonado por sonreírse muy naturalmente de las disputas airadas entre aquellos que, predicando la necesidad de nutrición suficiente, enseñan que es necesario *atracarse* para obtenerla, por una parte, y los de la escuela opuesta que, reconociendo la locura de *atracarse* y comer demasiado, no tienen otro remedio para ofrecer sino una semiextenuación, acompañada de largas y continuadas vigilias que naturalmente producen, en sus partidarios, la debilidad del cuerpo, la vitalidad imperfecta y hasta la muerte.

Para el yogi, los peligros de la mala nutrición por una parte, y de comer demasiado por la otra, no existen: esas cuestiones han sido para él, desde hace siglos, establecidas por los antiguos padres yogis, cuyos verdaderos nombres han sido casi olvidados por sus discípulos del día.

Servíos recordar ahora, una vez por todas, que Hatha Yoga no defiende el plan de la propia extenuación, sino por el contrario conoce y enseña que ningún cuerpo humano puede ser fuerte y sano, a menos de que sea propiamente nutrido por suficiente alimento comido y asimilado. Muchas personas débiles, delicadas y nerviosas, deben su imperfec-

ta vitalidad y condición enfermiza al hecho de que no obtienen suficiente nutrición.

Recordad también que Hatha Yoga rechaza como ridícula la teoría de que la nutrición sea obtenida *hartándose*, atracándose o comiendo demasiado, y mira con asombro y piedad esos atributos del glotón, no viendo en esas prácticas sino la manifestación de los atributos del cerdo, totalmente indignos del hombre desarrollado.

El yogi entiende que el hombre debería comer para vivir; no vivir para comer.

El yogi es un epicúreo, más bien que un gastrónomo, porque aunque come el alimento más sencillo, ha cultivado y vigorizado su gusto natural y normal, merced al cual su hambre da a esas simples viandas el buen gusto anhelado, pero no obtenido por aquellos que buscan los ricos y costosos triunfos del *chef*. Aunque comer para nutrirse es su principal objeto, se gobierna para que el alimento le proporcione un placer desconocido para su hermano, que desdeña su sencilla alimentación.

En el siguiente capítulo trataremos el asunto del hambre y el apetito: dos atributos enteramente diferentes del cuerpo físico, aunque para muchas personas parezcan significar los dos casi la misma cosa.

EL APETITO MAL CONSIDERADO COMO HAMBRE

El hambre y el apetito son dos atributos enteramente distintos del cuerpo humano. El hambre es la demanda normal del alimento; el apetito es el deseo anormal. El hambre es como el color rosado en la mejilla del niño sano; el apetito es como la cara arrugada de la mujer a la moda. Y, sin embargo, la mayor parte de las personas emplean estos términos como si su significado fuera idéntico. Veamos en qué está la diferencia.

Es muy difícil explicar las respectivas sensaciones o síntomas del hambre y del apetito al término medio de las personas que han llegado a la edad madura, porque la mayoría de esas personas tienen su gusto natural o hambre instintiva, pervertida de tal modo por el apetito, que no han experimentado la sensación del hambre genuina desde hace muchos años y han olvidado lo que realmente es. Y es difícil describir una sensación, a no ser que uno pueda llamar a la mente del que oye el recuerdo de la misma o alguna otra similar experimentada anteriormente. Podemos describir un sonido a una persona de oído normal por la comparación con algún otro que haya escuchado; pero imaginad la dificultad de dar una idea inteligente del mismo a un sordo de nacimiento; o de describir un color a un ciego, o un olor a alguien que hubiera nacido sin el sentido del olfato.

Para aquel que se ha emancipado de la esclavitud del apetito, las respectivas sensaciones de hambre y apetito son completamente diferentes

y fáciles de distinguir una de otra; la mente de tal persona alcanza pronto el significado preciso de cada término. Pero para el común hombre *civilizado, hambre* significa el origen del *apetito*, y *apetito* el resultado del hambre. Ambas palabras son mal empleadas. Debemos ilustrar esto con ejemplos familiares.

Tomemos la sed por ejemplo. Todos conocemos la sensación de una sed buena y natural, que pide beber un vaso de agua fresca. Se siente en la boca y en la garganta y sólo puede ser satisfecha con lo que la naturaleza ha destinado para ello: agua pura. Ahora bien, esta sed natural es igual al hambre natural.

Cuán diferente es esta sed natural del ansia que se adquiere por azucarados, refrescos con soda, helados, ginger-ale, gaseosa, jarabes, etc., Y cuán diferente de la sed (?) que se siente de cerveza, licores alcohólicos, etc., después de haber sido adquirido el gusto por ellos. ¿Principiáis a ver lo que queremos señalar?

Oímos decir a la gente que tienen "mucha sed" de un vaso de soda; que están "sedientos" de *whisky*. Si estas personas tuvieran realmente sed; o en otras palabras: si la naturaleza pidiera realmente líquidos, agua pura sería realmente lo que ellos buscarían y agua pura sería lo que satisfaría su sed. ¡Pero no! El agua no satisface esta sed de soda o *whisky*. ¿Por qué? Simplemente porque es el deseo de un apetito que no es la sed natural, sino que es, por lo contrario, un apetito anormal: un gusto pervertido. El apetito ha sido creado—es el hábito adquirido—y ejerce el dominio. Notaréis que las víctimas de esta "sed" anormal experimentan ocasionalmente una sed *real*, en cuyo momento ansían el agua sola y no otra clase de bebidas. Ahora pensad un momento: ¿No os acontece así a vosotros? Esta no es una lectura dirigida contra el hábito antojadizo de beber, ni un sermón de templanza, sino justamente una ilustración de la diferencia entre un instinto natural y un hábito adquirido o apetito. El apetito es un hábito adquirido de comer o de beber, y sólo tiene escasa relación con el hambre y la sed real.

El hombre adquiere un apetito por tabaco o por licor, o por mascar goma, o por opio, morfina cocaína o drogas similares. Y un apetito, una vez adquirido, llega a ser, si no más fuerte, tanto como el pedido natural de comer o de beber, pues ha habido hombres que han muerto de hambre por haber gastado todo su dinero en beber o en narcóticos. Ha habido quienes han vendido las medias de sus hijos para beber; han robado y hasta asesinado para satisfacer su apetito de narcóticos. Y sin embargo, ¿quién pensaría en llamar a este terrible deseo del apetito por el nombre de hambre? Y, no obstante, seguimos hablando y considerando como hambre todas estas ansias de echar algo en el estómago, aunque muchos de estos deseos son tanto un síntoma de apetito como lo es el anhelo o el deseo de alcohol o de narcóticos.

Los animales poseen un hambre natural hasta que son despojados de ella por el contacto con el hombre, que les tienta con golosinas y cosas similares mal llamadas alimento. El niño posee un hambre natural hasta que es pervertido del mismo modo. En el niño, el hambre natural es más o

menos reemplazada por apetitos adquiridos en un grado que depende, en gran parte, de la fortuna que sus padres poseen; a mayor riqueza, mayor adquisición de falsos apetitos. Y a medida que se hace más viejo va perdiendo todo recuerdo de lo que el hambre verdadera significa. En efecto- la gente habla del hambre como de una cosa penosa más bien que como un instinto natural. Algunas veces salen los hombres al campo; y el aire libre, el ejercicio y la vida natural les da otra vez el gusto del hambre verdadera, y comen como niños de la escuela, con un deleite que hacía años no conocían. Sienten "hambre" de verdad, y comen porque necesitan comer, no por el mero hábito, como hacen cuando están en casa sobrecargando su estómago continuamente.

Hemos leído hace poco el relato de un paseo de personas ricas que naufragaron durante una excursión de placer en yate. Se vieron obligados a vivir con la mayor escasez de alimento durante unos diez días. Cuando fueron socorridos presentaban el mejor aspecto de salud: rosados, ojos brillantes y poseedores del precioso dón de una hambre buena y natural. Algunos de la partida eran dispépticos desde hacía años; pero diez días, pasados con una alimentación reducida a su expresión más mínima, les curó completamente de su dispepsia y otras molestias. Tuvieron lo indispensable para nutrirse y poder librarse de los productos gastados del sistema que les había estado envenenando. Si quedaron "curados" o no, habrá dependido de si cambiaron otra vez el hambre por el apetito.

El hambre natural—como la sed natural—se manifiesta por los nervios de la boca y de la garganta. Cuando uno está hambriento, el pensamiento o mención del alimento causa una sensación especial en la boca, garganta y glándulas salivares. Los nervios de esas partes manifiestan una sensación peculiar, la saliva principia a fluir, y toda la región manifiesta un deseo de entrar en acción. El estómago no expresa síntomas de ninguna especie ni está en evidencia en esos momentos. Uno siente que sería muy agradable el "gusto" de cualquiera clase de buen alimento. No hay ninguna de aquellas sensaciones de debilidad, de vacío, de algo que roe, de vacuidad, etc., en la región del estómago. Los síntomas recién mencionados son todos característicos del hábito del apetito, que consiste en que el hábito sea continuado. ¿No habéis notado alguna vez que el hábito de beber presenta precisamente esos síntomas? La sensación de deseo y vacuidad es característico de ambas formas de apetito anormal. El hombre que desea fumar o mascar tabaco experimenta la misma sensación.

El hombre con frecuencia se admira porque no puede conseguir una comida como "la que cocinaba la madre." ¿Sabéis por qué no la puede conseguir? Simplemente porque ha reemplazado su hambre natural por un apetito anormal, y no se siente satisfecho a no ser que satisfaga ese apetito, lo cual hace que las comidas domésticas del pasado sean una imposibilidad. Si el hombre principiara a cultivar el hambre natural volviendo a los primeros principios, habría recobrado para sí los alimentos de la juventud; hallaría tan buenas cocineras como lo era "su madre," porque él sería niño otra vez.

Estáis seguramente pensando qué es lo que tiene que ver todo esto con Hatha Yoga, ¿no es así? Muy bien; ésto precisamente: el yogi ha conquistado el apetito y deja que el hambre se manifieste en él; goza con cada bocado de alimento, aunque sea corteza de pan seco, y obtiene nu trición y placer de ella; come de una manera desconocida a la mayo parte de vosotros, la cual será descrita un poco más adelante, y, lejos de ser un anacoreta medio muerto de hambre, es un hombre bien alimenta do y debidamente nutrido, que disfruta del banquete porque posee la más picante de todas las salsas: el hambre.

TEORIA Y PRACTICA YOGI DE LA ABSORCION DE PRANA DEL ALIMENTO

El ingenio de la Naturaleza para combinar varios deberes en uno y ha cer agradables los deberes necesarios (y por lo mismo hacer deseable su ejecución) está demostrado de numerosas maneras. Uno de los ejemplos más sorprendentes de esta clase será presentado en este capítulo. Vere mos cómo se arregla ella para llevar a cabo diferentes cosas al mismo tiempo y también cómo hace agradables diferentes funciones muy ne cesarias del sistema físico.

Partamos de la afirmación de la teoría yogi de la absorción de prana del alimento. Esta teoría sostiene que hay contenido en el alimento del hombre, y de los animales cierta forma de prana que es absolutamente necesaria para el mantenimiento de la fuerza y la energía, y que esta forma de prana es absorbida del alimento por los nervios de la lengua, boca y dientes. El acto de la masticación liberta esta prana por la separación de las partículas de alimento en diminutos fragmentos, exponiendo así a la lengua, boca y dientes tantos átomos de prana como es posible. Cada átomo de alimento contiene numerosos electrones de alimento-prana o alimento energía, electrones que son libertados por la trituración en el proceso de la masticación, y la acción química de ciertos constituyentes químicos sutiles de la saliva, cuya presencia no ha sido sospechada por los modernos científicos y que no son discernibles por el análisis de la química moderna, aunque futuros investigadores probarán científicamente su existencia. Este alimento-prana, al ser libertado se precipita por los nervios de la lengua, boca y dientes, pasando a través de la carne y huesos rápidamente y en seguida enviado a numerosos almacenes del sistema nervioso, desde donde es enviado a todas las partes del cuerpo y allí usado para proveer de energía y "vitalidad" a las células. Esta es una simple exposición de la teoría, cuyos detalles procuraremos ir dando a medida que prosigamos.

El estudiante extrañará probablemente que sea necesario extraer este alimento-prana, en virtud de que el aire está tan cargado de prana, puede parecer como un desperdicio de esfuerzo por parte de la Naturaleza usar tanta energía con objeto de extraer el prana del alimento. Pe

no he aquí la explicación: así como toda la electricidad es electricidad, así también todo el prana es simplemente prana; pero así como hay varias formas de corriente eléctrica, manifestando ampliamente diferentes efectos sobre el cuerpo humano, del mismo modo hay también diferentes manifestaciones o formas de prana, cada una de las cuales ejecuta cierto trabajo en el cuerpo físico, y todas las cuales son necesarias para las diferentes clases de actividad. El prana del aire cumple ciertos oficios, el del agua otros y el derivado del alimento cumple todavía una tercera serie de deberes. Entrar en minuciosos detalles de la teoría yogi sería extraño a los propósitos que nos guían, y debemos contentarnos con la exposición general dada aquí. El asunto principal que está ante nosotros es el hecho de que el alimento contiene alimento-prana, del que necesita el cuerpo físico, y el cual puede extraer solamente de la manera arriba indicada, es decir, por la masticación del alimento y la absorción de prana por el sistema nervioso mediante los nervios de la lengua, boca y dientes.

Ahora consideremos el plan de la Naturaleza en la combinación de dos funciones importantes en el acto de la masticación e insalivación. En primer lugar, la Naturaleza destina a ser completamente masticado e insalivado cada fragmento de comida antes de ser tragado, y cualquier negligencia a este respecto con seguridad es seguida de una inperfecta digestión. La masticación completa es un hábito natural del hombre que ha sido descuidado, a causa de las demandas de hábitos artificiales de vida que han crecido con nuestra civilización. La masticación es necesaria para romper el alimento, para que éste pueda ser más fácilmente tragado y también para que pueda ser mezclado con la saliva y los jugos digestivos del estómago e intestino delgado. Ella promueve el flujo de saliva, que es una parte muy necesaria en el proceso de la digestión. La insalivación del alimento es parte del proceso de la digestión, y cierta parte de la obra, que es hecha por la saliva, no puede ser efectuada por los otros jugos digestivos. Los fisiólogos enseñan, con mucha razón, que la completa masticación y la propia insalivación son requisitos previos de la digestión normal y forman una parte muy necesaria del proceso. Ciertos especialistas han ido mucho más lejos y han dado al proceso de la masticación e insalivación mucha más importancia que la que le han dado la generalidad de los fisiólogos. Una autoridad particular, Mr. Horace Fletcher, escritor norteamericano, ha escrito con gran entusiasmo sobre este asunto y dado pruebas sorprendentes de la importancia de esta función y proceso del cuerpo físico; en efecto, Mr. Fletcher aconseja una forma particular de masticación que se asemeja a la costumbre de los yogis, aunque él lo aconseja en virtud de su asombroso efecto sobre la digestión, mientras que los yogis practican un sistema similar teniendo en cuenta la teoría de la absorción de alimento-prana. La verdad es que ambos resultados se verifican, siendo una parte de la estrategia de la Naturaleza para que el alimento sea triturado en pequeñas partículas; los procesos digestivos que atienden la insalivación y la absorción

de alimento-prana son efectuados al mismo tiempo: con una economía de fuerza muy considerable.

En el estado natural del hombre, la masticación fue un proceso agradable y lo mismo acontece entre los animales y en el niño de la raza humana de hoy. El animal masca y traga el alimento con el mayor placer, y el niño chupa, masca y sostiene en la boca el alimento mucho más tiempo que el adulto, hasta que principia a tomar lecciones de sus padres y adquiere la costumbre de tragar su alimento. Mr. Fletcher, en sus libros sobre el asunto, toma el punto de vista de que es el gusto el que produce el placer en el proceso de masticar y mamar. La teoría yogi es que aunque el gusto tiene mucho que ver en esto, hay, sin embargo, algo más: una indescriptible sensación de satisfacción obtenida por mantener el alimento en la boca, dándole vueltas con la lengua, masticándolo y dejándolo disolverse lentamente hasta ser casi inconscientemente deglutido. Fletcher sostiene que mientras quede algo de gusto en el alimento, queda allí nutrición para ser extraída, y nosotros creemos que esto es estrictamente correcto. Pero sostenemos que hay esa otra sensación que, cuando la dejamos manifestarse, nos da cierta satisfacción en la no deglución, y cuya sensación continúa hasta que todo, o casi todo el alimento-prana, es extraído del alimento. Vosotros notaréis, si seguís el método yogi de comer (aunque no sea más que parcialmente) que os gustará mantener el alimento en la boca, y en vez de tragarlo en seguida, le dejaréis que se diluya gradualmente en la boca hasta que pronto reparéis que todo se ha ido. Y esta sensación es experimentada tanto en los alimentos más sencillos, que no deleitan especialmente el gusto, como en aquellos que son especialmente favoritos de vuestro gusto particular.

Describir esta sensación es casi imposible porque no tenemos palabras para ello, pues su existencia no ha sido totalmente reconocida en las razas occidentales. Lo mejor que podemos hacer es compararla con otras sensaciones, a riesgo de ser acusados de presentar una comparación o ilustración ridícula. He aquí lo que queremos decir: Vosotros conocéis la sensación que se siente algunas veces cuando se está en presencia de una persona altamente "magnética;" ese indescriptible sentimiento de la absorción de fuerza o "vitalidad." Algunas personas tienen tanto prana en su sistema que están continuamente "desbordándose" y dándolo a los otros, siendo el resultado que a las otras personas les gusta estar en su compañía y les disgusta dejarla, siendo casi incapaces de apartarse de su lado. Este es un ejemplo. Otro es la sensación que uno obtiene al estar cercano a otra persona a quien ama. En este caso hay un intercambio de "magnetismo" (pensamiento cargado de prana), que produce mucha alegría. Un beso del sér amado está cargado con "magnetismo" que hace estremecer de la cabeza a los pies. Esto da una ilustración imperfecta de lo que procuramos describir. El placer que se obtiene comiendo normal y propiamente no es sólo cuestión del gusto, sino que es derivado, en gran parte, de esa sensación peculiar de la absorción de "magnetismo" o prana, que es sumamente

recida a los ejemplos arriba mencionados, aunque hasta que uno conoce el carácter similar de las dos manifestaciones de energía, la ilustración puede evocar una sonrisa o ser acaso ridiculizada.

Aquel que se ha sobrepuesto al falso apetito (con tanta frecuencia tomado por hambre) masticará una corteza de pan seco de trigo completo, y no solamente obtendrá cierta satisfacción del gusto en la nutrición contenida en él, sino que gozará muy vivamente de la sensación de que hemos hablado. Se necesita un poco de práctica para despojarse del hábito del falso apetito y volver a los métodos naturales. Cuanto mayor sea la nutrición que da el alimento, tanto mayor será la satisfacción para el gusto normal, y es un hecho que debe ser recordado que el alimento-prana está contenido en el alimento en proporción directa a su porcentaje de nutrición: otro ejemplo de la sabiduría de la Naturaleza.

El yogi come su alimento lentamente, masticando cada bocado por tanto tiempo como "encuentra gusto en él," es decir, mientras le da alguna satisfacción. En la mayoría de los casos esta sensación dura mientras queda algún alimento en la boca, pues el proceso involuntario natural hace que el alimento se disuelva gradualmente y séa deglutido. El yogi mueve los carrillos lentamente, deja que la lengua atienda al alimento, que los dientes se claven cariñosamente en él, sabiendo que le está extrayendo el alimento-prana por medio de los nervios de la boca, lengua y dientes, que es estimulado, fortalecido y está aumentando su reserva de energía. Al mismo tiempo es consciente de que está preparando su alimento de una manera apropiada para el proceso digestivo del estómago e intestino delgado, y está proporcionando el buen material necesario para la construcción del cuerpo físico.

Aquellos que siguen el método yogi de comer, obtendrán una suma mucho mayor de nutrición de su alimento que la persona ordinaria, porque cada onza es obligada a dar el máximum de nutrición, mientras que en el caso del que traga su alimento medio masticado e insuficientemente insalivado, se desperdicia mucho, y sale otra vez del sistema en la forma de una masa putrefacta y en fermentación. Siguiendo el método yogi, nada es abandonado por el sistema como desperdicio, sino el *verdadero desperdicio;* todas las partículas de nutrición son extraídas del alimento, y de sus átomos es absorbida la porción más grande de alimento-prana. La masticación tritura el alimento en pequeñas partículas, permitiendo que los líquidos de la saliva las interpenetren, efectuando los jugos digestivos de la saliva su obra necesaria y otros jugos actuando sobre los átomos de alimento, de tal modo, como para libertar el alimento-prana, permitiendo así que sea apropiado por el sistema nervioso. El movimiento impartido al alimento por la acción de los carrillos, lengua y mejillas en el acto de la masticación, le obliga a presentar nuevos átomos a los nervios preparados para extraer el alimento-prana. Los yogis sostienen el alimento en la boca, masticándolo lenta y completamente, dejando que sea lentamente deglutido por el proceso involuntario arriba mencionado, y experimentan la totalidad del gozo que acompaña la extracción de prana. Vosotros podéis adquirir una idea de esto toman-

do en la boca un fragmento de alimento (cuando tengáis tiempo bastante para la experiencia), y luego masticarlo lentamente, dejándolo que gradualmente se disuelva en la boca, como haríais con un terrón de azúcar. Os sorprenderéis de ver cuán completamente es efectuada esta obra de la deglución involuntaria: el alimento cede gradualmente su alimento-prana y después se diluye lentamente y va al estómago. Tomad una corteza de pan, por ejemplo, y masticadla completamente con la idea de ver cuánto tiempo dura sin ser "tragada." Hallaréis que no ha necesitado ser "tragada" del modo usual, sino que gradualmente desaparecerá de la manera que ya hemos mencionado, después de ser reducida gradualmente a una masa blanda y pastosa como la crema. Y ese pequeño bocado de pan os habrá dado como el doble de nutrición que un pedazo de igual tamaño comido de la manera ordinaria y como tres veces la cantidad de alimento-prana.

Otro ejemplo interesante lo tenemos en el caso de la leche. La leche es un líquido y, naturalmente, no necesita ser "triturado" como el alimento sólido. Sin embargo el hecho es el mismo (y está bien establecido por cuidadosos experimentos): que una parte de leche que simplemente se deja descender por la garganta, no da la mitad de la nutrición o alimento-prana que se obtendrá de la misma cantidad de leche sorbida lentamente y que se le deja permanecer en la boca un momento hasta que se "disipa," moviendo, entretanto, la lengua. El niño, al extraer la leche del pezón, ya sea del pecho o de la botella, naturalmente lo hace por un movimiento de succión que mueve la lengua y las mejillas, y produce un flujo de líquido de las glándulas, el cual liberta el alimento-prana y ejerce un efecto químico digestivo sobre la leche misma, no obstante el hecho de que la verdadera saliva no es secretada por el niño de pecho y no aparece hasta la aparición de los dientes.

Aconsejamos a nuestros estudiantes que experimenten consigo mismos lo que acabamos de indicar. Elegid la oportunidad en que dispongáis de tiempo suficiente, y entonces, masticando despacio, dejad que el alimento se disuelva gradualmente, en vez de hacer un deliberado intento de tragarlo. "Esta desaparición" del alimento sólo puede ser posible cuando el alimento es masticado hasta reducirlo a una pasta como crema, completamente saturado con saliva, convirtiendo las partículas a un estado semidigerido, y cuando ha sido extraído de ellas el alimento-prana. Ensayad el comer una manzana de este modo y quedaréis sorprendidos al percibir la sensación como si hubierais comido una gran comida, y de la sensación del aumento de fuerza que experimentaréis.

Comprendemos muy bien la gran diferencia que hay entre el yogi, que puede tomarse el tiempo necesario y comer de este modo, y el apresurado hombre de negocios del mundo occidental para hacer lo mismo, y no esperamos que todos nuestros lectores cambien en un momento sus hábitos de años. Pero estamos seguros que un poco de práctica en este método de comer el alimento hará que le sobrevenga a uno un gran cambio, y que de esa práctica ocasional pronto resultará un mejoramien-

no en el método diario de masticar el alimento. Sabemos también que el estudiante hallará un nuevo deleite—un gozo adicional—y pronto aprenderá a comer "apaciblemente," es decir, a sentirse poco inclinado a que el bocado de alimento se vaya. Un nuevo mundo de gusto se abre para el hombre que aprende a seguir este método, y al comer experimentará un placer mucho mayor que antes; tendrá, además, una digestión mucho mejor y mucha más vitalidad, porque obtendrá un grado mayor de nutrición y una cantidad aumentada de alimento-prana

Es posible, para aquel que tiene el tiempo y la oportunidad, seguir este método hasta su límite extremo para obtener una cantidad casi increíble de nutrición y fuerza, de una cantidad comparativamente pequeña de alimento, puesto que no habrá prácticamente desperdicio, como puede probarse por una observación de la materia arrojada del sistema. Aquellos que sufren de mala nutrición e imperfecta vitalidad, encontrarán de utilidad seguir este plan aunque no sea más que parcialmente.

Los yogis son conocidos como personas de poco comer y, sin embargo, comprenden perfectamente la necesidad y el valor de una nutrición perfecta y mantienen siempre el cuerpo bien nutrido y provisto de materiales de construcción. El secreto, como veréis fácilmente, es que ellos no desperdician prácticamente ninguna nutrición del alimento, pues extraen completamente toda la que contiene. No recargan su sistema con materiales de desperdicio que entorpecen la maquinaria, y son causa de una pérdida de energía para quitar el entorpecimiento. Obtienen un máximum de nutrición de un mínimum de alimento: una completa provisión de alimento-prana de una pequeña cantidad de material.

Aunque no podáis seguir esto hasta el extremo, podéis producir una gran mejora en vosotros mismos por la práctica de los métodos dados más arriba. Nosotros os damos simplemente los principios generales; vosotros haced el resto; experimentad por vosotros mismos: esta es la única manera de aprender algo; no hay otro medio.

La actitud mental ayuda materialmente al proceso de la absorción de prana. Esto es cierto, no sólo con respecto al prana que se absorbe del aire, sino también del alimento-prana. Mantened el pensamiento de que estáis absorbiendo todo el prana contenido en el bocado de alimento, combinando este pensamiento con el de nutrición, y podréis hacer mucho más que lo que haríais si no lo hicierais así.

ACERCA DEL ALIMENTO

Aunque personalmente preferimos ciertas clases de alimentos, creyendo que del uso de ellos se obtienen los mejores resultados, reconocemos el hecho de que es imposible cambiar los hábitos de toda una vida (sí, de muchas generaciones) en un día, y el hombre debe ser guiado por su propia experiencia y su creciente conocimiento, más bien que por las exposiciones dogmáticas de otros. Los yogis prefieren un sistema

no animal de alimentación, por dos motivos: por razones de higiene y por la aversión de los orientales a comer carne de animal. Los estudiantes yogis más adelantados prefieren alimentarse de frutas, nueces, aceite de oliva, etc., y de una especie de pan sin levadura hecho con el trigo entero, es decir, con todo el trigo. Sin embargo, cuando viajan entre personas que siguen diferentes reglas de alimentación, no titubean en adaptarse más o menos a las nuevas condiciones, para no ser una carga a su hospedero, sabiendo que si siguen el plan yogi de masticar su alimento lentamente, sus estómagos recibirán bien lo que ellos coman. En efecto, algunas de las cosas más indigestas del menú moderno pueden ser comidas sin temor si se adopta el sistema antes mencionado.

Y nosotros escribimos este capítulo con el espíritu del yogi viajero. No deseamos imponer, a nuestros estudiantes, reglas arbitrarias.

El hombre debe llegar a un método más racional de comer y no imponérsele repentinamente. Es difícil adoptar un sistema excluyendo la carne si se ha estado acostumbrado a ella toda la vida, y lo es igualmente acostumbrarse a una lista diaria de platos crudos, cuando se han comido cocidos siempre. Todo lo que nosotros os pedimos es que penséis un poco sobre el asunto y confiéis en vuestro propio instinto en lo tocante a la elección del alimento, utilizando la mayor variedad posible. El instinto, si se confía en él, regularmente os hará seleccionar lo que necesitáis para aquella comida particular, y nosotros preferiríamos confiar en el instinto más bien que sujetarnos a ningún sistema de alimentación invariable. Comed de todo lo que os guste mientras lo mastiquéis completa y lentamente, y adoptad una gran variedad para elegir. Hablaremos en este capítulo de algunas cosas que el hombre razonable debe evitar; pero lo haremos sólo en el sentido de un consejo general. En la cuestión de comer carne creemos que la humanidad llegará a ver que la carne no es su alimentación adecuada; pero que uno debe crecer hasta alcanzar ese sentimiento y no que se le imponga, porque si se "anhelan los manjares del Egipto," es casi tan malo como si realmente se participara del festín. El hombre dejará de desear carne a medida que crezca; pero hasta que llegue su tiempo ninguna prohibición forzada le hará mucho bien. Comprendemos que esto será considerado como heterodoxo por muchos de nuestros lectores; pero eso no podrá evitar que nuestras afirmaciones sean comprobadas por la experiencia.

Si nuestros estudiantes están interesados en instruirse sobre las ventajas de ciertas clases de alimentos, lean alguna de las muy buenas obras que han sido escritas sobre ello en estos últimos años. Pero hay que analizar los diferentes lados de la cuestión y evitar conducirse por las opiniones personales del autor del libro que estén leyendo. Es instructivo e interesante estudiar el valor alimenticio comparativo de los diferentes artículos de nuestras mesas, y ese conocimiento gradualmente tenderá a la adopción de un sistema alimenticio más racional. Pero tales cambios deben ser el resultado de reflexiones y experiencia más bien que del mero capricho pasajero de alguna persona. Aconsejamos a nuestros estudiantes que consideren si comen o no demasiada carne;

si utilizan en su vida demasiada grasa; si comen bastante fruta; si el pan de trigo completo no sería una buena adición a su menú, y si no son demasiado aficionados a la pastelería y a los platos de artificio. Si a nosotros se nos pidiera que diéramos una regla general acerca de la comida, podríamos decir: "comed alimentos variados; evitad los *ricos* platos; no comáis demasiada grasa; precaveos de la sartén; no comáis demasiada carne; evitad especialmente la carne de cerdo y de ternera; que vuestro hábito general de comer tienda hacia lo simple, lo sencillo, más bien que hacia los platos muy elaborados; id con cuidado con los pasteles; sacad las masas calientes de vuestra lista; masticad completa y lentamente de acuerdo con el plan que os hemos dado; no temáis al alimento; si lo coméis como es debido, no os dañará mientras no le temáis."

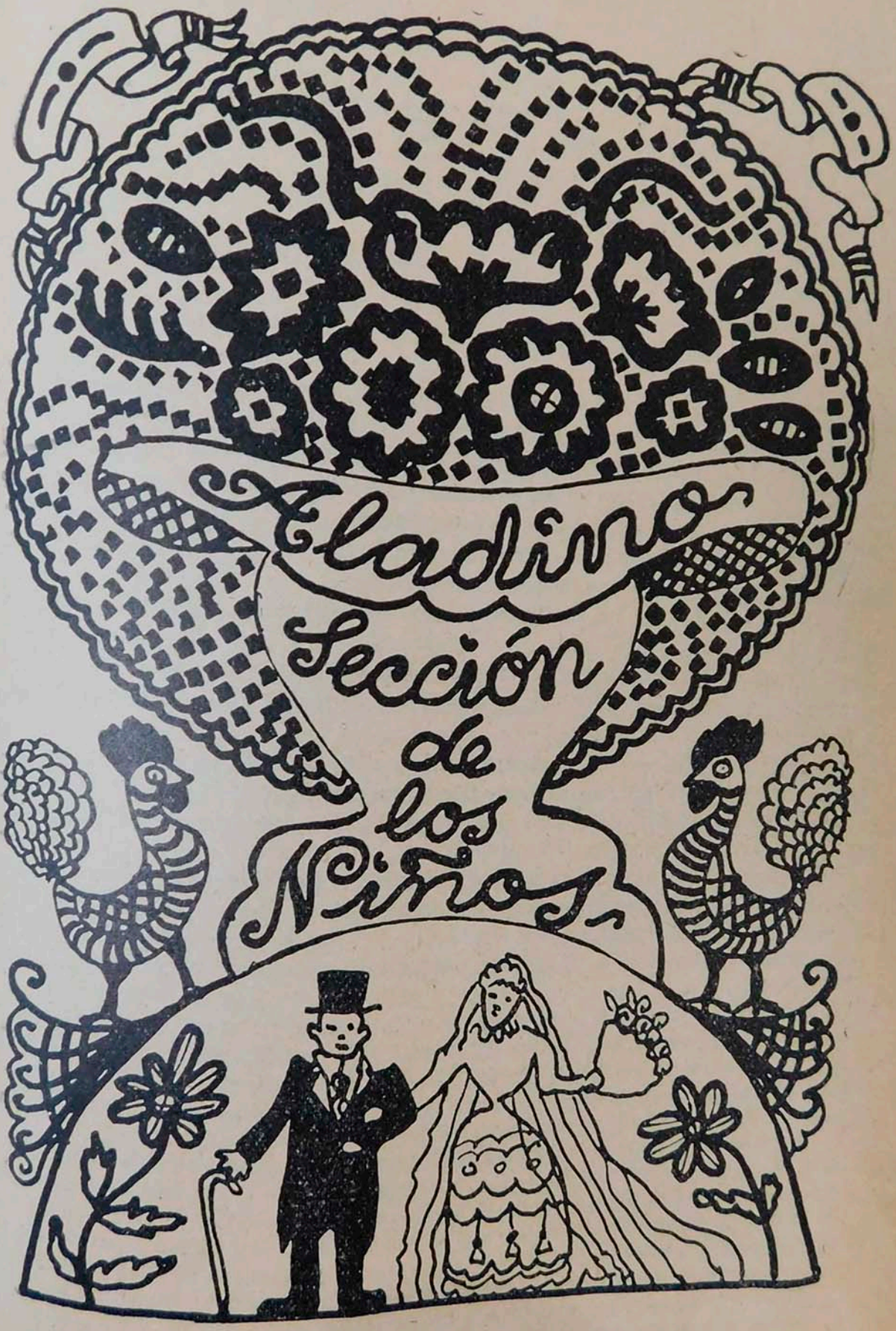
Creemos que es mejor hacer la primera comida del día de una manera ligera, pues hay muy poco gasto que reparar en la mañana temprano, debido a que el cuerpo ha estado descansando toda la noche. Si es posible, haced un poco de ejercicio antes del desayuno.

Si volvéis al hábito natural de masticar propiamente y experimentáis la sensación que produce el comer como es debido, los apetitos anormales que habíais adquirido desaparecerán y volverá el hambre natural. Cuando poseáis ésta, el instinto estará bien aguzado para elegir el alimento y os sentiréis inclinados hacia aquello que os dará justamente la nutrición que necesitáis en cualquier momento dado. El instinto del hombre es un buen guía mientras no ha sido estropeado por el abuso de los platos absurdos, tan comunes en estos días, los cuales crean el falso apetito.

Si os sentís "indispuestos," no tengáis miedo de "suprimir" una comida y dad al estómago la oportunidad de librarse de lo que tiene en sí. Se puede, sin peligro, pasar sin comer durante unos días, aunque no aconsejamos los ayunos prolongados. Creemos, sin embargo, que durante una enfermedad es prudente dar un descanso al estómago para que la energía reparadora pueda ir directamente a arrojar los desperdicios que han causado la molestia. Notaréis que los animales dejan de comer mientras entán enfermos y se acuestan hasta que la salud está restablecida, después de lo cual vuelven a sus comidas. Podemos tomar de ellos esta lección con un provecho considerable.

No deseamos que los estudiantes se hagan demasiado "meticulosos" con el alimento y que midan, pesen y analicen cada bocado de comida. Esto lo consideramos un método anormal, y creemos que tal proceder genera pensamientos de temor y llena la mente instintiva con toda clase de ideas erróneas. Creemos que es un método mucho mejor usar el juicio y las precauciones ordinarias en la selección del alimento propio y después no preocuparse más al respecto; pero comer con el pensamiento de nutrición y fuerza en vuestras mentes, masticando el alimento como hemos explicado y sabiendo que la Naturaleza hará bien su obra. Manteneos tan cerca de la Naturaleza como os sea posible, y que sus métodos sean vuestra bandera y norma. El hombre sano y fuer-

te no teme a su alimento y nada debería temer el que quiere ser sano. Manteneos alegres, respirad propiamente, comed propiamente, vivid propiamente y no tendréis ocasión de hacer un análisis químico de cada bocado de alimento. No temáis confiar en vuestro instinto, porque, después de todo, es el guía natural del hombre.


Ladino
Sección
de
los
Niños

PERSEO

(LEYENDA GRIEGA)

POR CHARLES KINGSLEY

PERSEO Y SU MADRE

HUBO en cierto tiempo muy remoto dos príncipes gemelos. Vivían en un risueño valle, en Hélade, país muy lejano que hoy día se llama Grecia. Poseían fructíferos prados, viñedos, ovejas, bueyes, un gran rebaño de caballos y, en una palabra, todos los bienes que pueden constituir la felicidad de los hombres. Pero, a pesar de esto, eran desgraciados, porque tenían celos uno de otro.

Desde el momento en que nacieran ya empezaron a disgustarse, y, en cuanto fueron mayores, cada uno de ellos trató de apoderarse de la corona que ambos ceñían y reinar solo.

En cierta ocasión, un profeta dijo a uno de los dos desnaturalizados príncipes:

—Ya que te has alzado contra tu familia, tu familia se levantará contra ti. Ya que has pecado contra tus parientes, por éstos serás castigado. Tu hija Dánae tendrá un hijo, a cuyas manos morirás. Así lo han dispuesto los dioses y así ha de suceder.

El príncipe se asustó al oír esta profecía, pero no por eso corrigió su conducta. En cuanto llegó a ser rey, encerró a su hermosa hija Dánae en una caverna subterránea, rodeada de una muralla de bronce para que nadie pudiera acercarse a ella, y de este modo se figuró ser más astuto que los dioses.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Dánae tuvo un hijo tan hermoso que todos, excepto el monarca, hubieran tenido piedad de él. Pero el rey Acrisio era un hombre que no conocía los buenos sentimientos, y encerró a la madre y al hijo en una caja, que arrojó al mar para que las olas y los vientos la llevaran adonde tuvieran por conveniente.

Y la caja que los conducía flotó, navegando hacia el Noroeste; y todos los que desde tierra veían su triste suerte lloraban apesarados, exceptuando el cruel Rey, que permanecía impasible.

La caja siguió flotando, agitada por las olas, y el niñito dormía tranquilamente en brazos de su madre; pero la pobre mujer no podía conciliar el sueño, acechando, llorosa, las probabilidades de salvación que podían presentarse para su hijito, al que adormecía con sus canciones.

Dejaron a su espalda la última costa azulada y muy en breve se ha-

llaron en alta mar. A su alrededor no había más que agua, cielo y viento; pero las aguas estaban tranquilas, el cielo risueño y el viento los acariciaba dulcemente.

Transcurrieron dos días y dos noches, hasta que Dánae, debilitada por el hambre, se dió cuenta, tristemente, de que todavía no se presentaba tierra a la vista.

Mientras tanto el niño seguía durmiendo; por fin la pobre madre, extenuada de fatiga, inclinó la cabeza y se durmió también, con las mejillas apoyadas en las de su hijo.

Al cabo de poco rato se despertó súbitamente; la caja crujía, estaba a punto de destrozarse y el aire zumbaba. Levantó la mirada, y sobre su cabeza vió unas rocas enormes y a su alrededor grandes escollos casi cubiertos por lenguas de espuma.

Palmoteó de alegría y se puso a gritar en demanda de socorro, que no tardó en llegar, pues por entre las rocas apareció un hombre de alto porte majestuoso, el cual, mirando hacia abajo, descubrió a la pobre Dánae, que, con la caja en que se hallaba, era juguete de las olas.

El hombre iba envuelto en una especie de manto de tela grosera y cubría su cabeza con ancho sombrero que a medias le ocultaba el semblante. En la mano llevaba un tridente (especie de tenedor con tres púas muy afiladas y que se arroja a los peces), y en su hombro se veía una red de pescar.

Dánae, al ver su alta estatura y su porte, sus dorados cabellos y barba y a los dos criados que lo acompañaban, llevando cestos para la pesca, comprendió que no era un hombre ordinario.

Apenas había tenido tiempo de mirarlo, cuando el hombre dejó a un lado el tridente y arrojó tan diestramente su red sobre Dánae y la caja en que se hallaba, que al poco rato la madre y su hijo estaban en seguridad sobre una roca.

Entonces el pescador, sacándolos de la caja, exclamó:

—¡Oh, hermosa joven! ¿Qué extraño acontecimiento te ha traído aquí, en tan rara embarcación? ¿Quién eres y de dónde vienes? Con seguridad eres la hija de algún rey y tu hijo pertenece a los dioses.

Y, al hablar, señalaba al niño, cuya cara brillaba como la estrella matutina.

Pero, en vez de contestar, Dánae inclinó la cabeza y preguntó sollozando:

—Dime, señor, a qué tierra he venido a parar y entre qué hombres me hallo.

—Polidectes es rey de esta isla y hermano mío—repuso. Los hombres me llaman Dictis el pescador, porque a este pasatiempo me dedico.

A oír sus palabras, Dánae cayó de rodillas y le abrazó las piernas, diciendo:

—¡Oh, señor!, ten piedad de una extranjera a quien un cruel destino ha traído a esta tierra y déjame vivir en tu casa en calidad de sirviente. Pero trátame bien, porque, en un tiempo, fuí la hija de un rey, y éste, mi hijo, no es de la raza común de los hombres. No quiero ser una

carga para ti, ni comer el pan de la ociosidad. Puedo ganar mi vida porque soy muy hábil en tejer y bordar; más que cualquiera de las jó venes de mi país.

Y se disponía a continuar hablando, pero Dictis la interrumpió, y obligándola a levantarse, le dijo:

—Hija mía, yo soy ya viejo y mi cabello empieza a encanecer, pero no tengo ningún hijo que alegre mi casa. Ven conmigo y seréis, tú, una hija para mí y para mi mujer, y este niño nuestro nieto.

Dánae se sintió reconfortada con estas palabras y se fue a su nueva casa, con Dictis, el buen pescador, en cuya compañía vivió y por quien fue tratada con la misma bondad que si hubiera sido su hija.

DE COMO PERSEO SE COMPROMETIO A LLEVAR A CABO UNA TEMERARIA EMPRESA

Habían transcurrido quince años y aquel niño creció, llegando a ser un robusto marinero.

Su madre lo llamaba Perseo; pero todas las gentes de la isla le daban el nombre de rey de los inmortales.

Aun cuando sólo contaba quince años, Perseo era más alto que cualquier hombre. Además era valiente y sincero, amable y cortés, pues el viejo y buen Dictis lo educó muy bien y el joven había aprovechado las enseñanzas de su maestro.

Por aquel entonces, Dánae y su hijo se habían visto en un gran peligro y el último necesitó de todo su valor para defender a su madre y defenderse a sí propio.

Polidectes, el rey de la isla, no tenía buenos y nobles sentimientos como su hermano Dictis, sino que era un hombre ávido de placeres, astuto y cruel.

Cuando vió a la hermosa Dánae quiso casarse con ella, pero la joven no aceptó sus proposiciones, porque no le amaba y no quería pertenecer a nadie más que a su hijo.

Por fin Polidectes, en vista de las negativas de Dánae, se puso furioso y mientras Perseo estaba navegando, raptó a la pobre mujer de la casa de Dictis, diciendo:

—Si no quieres ser mi esposa, serás mi esclava.

De manera que Dánae se vió reducida a la condición de esclava y debía ir a la fuente a buscar agua y llevar el grano al molino.

Entretanto Perseo estaba en alta mar, muy ajeno a la idea de que su madre corriera ningún peligro.

Un día, mientras la nave estaba cargando mercancías, Perseo fue a corretear por un agradable bosque para resguardarse del sol, y sentándose sobre el césped se quedó dormido y tuvo el sueño más extraño de toda su vida.

Vió que por el bosque iba una dama mucho más alta que él o que cual-

quier mortal, pero extraordinariamente hermosa, con grandes ojos grises, claros, inteligentes e impregnados de dulzura.

En su cabeza llevaba un casco y en la mano una lanza. Sobre sus hombros, y cubriendo su larga vestidura azulada, se veía una piel de cabra, de la que colgaba un fuerte escudo de bronce pulimentado como un espejo.

Se detuvo y miró a Perseo con sus grandes ojos grises. El joven, temeroso, no se atrevía a alzar los suyos, hasta que, por fin, la maravillosa señora exclamó:

—Perseo, es menester que me prestes un servicio.

—¿Quién eres, señora? ¿Y cómo sabes mi nombre?

Entonces Minerva, la diosa de la sabiduría, pues era ella, se echó a reír, y, levantando su escudo, exclamó:

—Mira en él, Perseo. ¿Te atreverías a medir tus fuerzas con un monstruo como éste, y a matarlo para que yo pueda poner su cabeza sobre mi escudo?

Y en su lisa superficie apareció una cara. Al verla, Perseo sintió que se le paralizaba la sangre en las venas. Era la de una mujer hermosa, pero sus mejillas estaban pálidas y tenía los labios muy delgados. En vez de cabellos, una gran cantidad de víboras se entrelazaban sobre su cabeza, sacando sus partidas lenguas; además, las uñas de aquella extraña mujer eran de bronce.

La miró largo rato y por fin dijo:

—Si existe en el mundo algún sér tan malo y feo, sería noble acción matarlo. ¿Dónde podré hallar a este monstruo?

Entonces la diosa sonrió de nuevo y dijo:

—Eres sobrado joven para acometer esta empresa, porque esta es medusa, la Gorgona. Vuelve a tu casa, y cuando hayas dado fin a la tarea que allí te espera, serás digno de ir en busca del monstruo.

Perseo hubiera querido replicar, pero Minerva desapareció. Entonces, despertando, vió que todo había sido un sueño.

Sin embargo regresó a su país, y la primera cosa que supo fué que su madre era esclava de Polidectes.

Enfurecido se encaminó al palacio del Rey y empezó a recorrer todas las habitaciones y el palacio entero, hasta que halló a su madre ocupada en dar la vuelta a la piedra de una muela y llorando mientras lo hacía.

La levantó, besándola tiernamente, y se la llevó. Pero, antes de que pudieran salir de la habitación, entró Polidectes.

Cuando Perseo vió al Rey, se arrojó sobre él, gritando:

—¡Tirano! ¿Es esta la bondad con que acoges a las extranjeras y a las viudas? ¡Vas a morir!

Y como no tenía espada, levantó la piedra de la muela y se preparó a arrojarla contra la cabeza del Rey.

Pero su madre se agarró a él, gritando, y el buen Dictis, que entró entonces, le recordó que Polidectes era su hermano.

Perseo desistió, pues, de su propósito, y el Rey, que durante toda

aquella escena había estado temblando cobardemente, les permitió la salida.

A fin de poner a su madre al abrigo de todo riesgo, Perseo la llevó al templo de Minerva, en el cual las sacerdotisas la adoptaron, confiándole su cuidado. Allí estaba a salvo de cualquier mal intento, pues nadie se atrevería a sacarla del templo. El buen Dictis y su esposa iban a visitarla diariamente.

En cuanto a Polidectes, viendo que no podía apoderarse de Dánae por la fuerza, resolvió valerse de la astucia; pero, comprendiendo que no la podría recuperar mientras Perseo permaneciera en la isla, formó un plan para alejarlo de ella. Primero fingió haber perdonado al joven y olvidado completamente a su madre y, durante algún tiempo, no intentó nada contra ellos. Después de una temporada se propuso celebrar una fiesta, a la que invitó a todos los jefes y a los jóvenes de la isla y entre éstos a Perseo, a fin de que pudieran prestar homenaje a su Rey y participar de su banquete.

Todos acudieron el día señalado, y entonces era costumbre que cada invitado ofreciera un regalo al soberano. Uno llevó un caballo, otro un chal o una sortija, otros una espada y algunos cestas para las uvas. Pero Perseo no llevó nada por no tener nada que ofrecer, pues tan sólo era un pobre marinero.

Sin embargo, estaba avergonzado de comparecer ante el Rey sin poder ofrecerle ningún regalo; de modo que, apoyado en el marco de la puerta, observaba tristemente a los hombres ricos que entraban, sonrojándose al ver que, señalándolo, decían todos sonriendo:

¿Qué es lo que ha traído Perseo?

Este, avergonzado, balbuceaba palabras ininteligibles para disculpar su pobreza; pero los ricos reían orgullosamente. Por fin, loco de vergüenza y sin saber lo que decía, exclamó:

—¡Un regalo! ¡Tal vez podré ofrecerlo más rico y precioso que todos los vuestros reunidos!

—¡Oigámosle! ¿Cuál es?— preguntaron, riendo más que antes.

Entonces Perseo, recordando su extraño sueño, gritó con fuerte voz:

—¡La cabeza de la medusa Gorgona!

En cuanto hubo pronunciado estas palabras se sintió poseído de espanto. Los circunstantes, por su parte, se echaron a reír de la mejor gana y el Rey más que todos. Pasado el acceso de hilaridad, Polidectes dijo:

—Has prometido traerme la cabeza de la Gorgona. ¡No te presentes ante mí sin haber cumplido tu promesa! ¡Vete!

Perseo comprendió que había dado un mal paso; pero salió sin decir palabra.

Marchó hacia los acantilados de la costa y se puso a mirar el mar azul, preguntándose si su sueño era real.

—Minerva, ¿fué mi sueño presagio de una realidad? ¿Debo matar a la Gorgona? Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Pero no recibió contestación; no vió nada que pudiera dársela, ni tampoco una nube en el despejado cielo.

Tres veces preguntó Perseo y otras tantas dijo:

—Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Entonces vió a lo lejos una nubecilla blanca, brillante como la plata, que avanzaba hacia él. En cuanto tocó contra los acantilados se rompió y de su interior salió Minerva, acompañada por un joven cuyos ojos parecían carbones encendidos.

Los dos avanzaron ligeramente hacia Perseo, quien, cayendo de rodillas, los adoró al ver que no eran personas mortales.

Minerva le habló con mucha bondad recomendándole que no tuviera miedo.

—Perseo—dijo,—has retado a Polidectes y te has portado como un hombre valeroso. ¿Te atreves a habértelas con Medusa, la Gorgona?

—Pruébame—contestó Perseo.—Desde que me hablas, siento que mi valor se ha acrecentado.

—Esta hazaña, Perseo—repuso Minerva,—no puede llevarse a cabo en menos de siete años, durante los cuales no puedes retroceder ni abandonar la empresa. Si tu valor decrece, será menester que mueras, y ningún hombre hallará tus despojos.

—Dime, ¡oh hermosa y sabia Minerva! cómo he de obrar para alcanzar el éxito, y si luego es necesario morir, moriré con gusto, exclamó Perseo.

—Sé paciente y escucha, contestó sonriendo la diosa.—Debes ir hacia el Norte, hasta que halles a las tres Hermanas Grises, que sólo tienen un ojo y un diente entre todas. Pregúntales qué camino has de tomar para hallar a las hijas de la Estrella de la Tarde, y ellas te dirán dónde mora la Gorgona, a la que matarás; pero ¡ten mucho cuidado! porque sus ojos son tan terribles que todas las cosas que miran se convierten en piedra.

—¿Cómo podré librarme de ellos?—preguntó Perseo.

—Tomarás este escudo pulimentado—dijo Minerva— y mirarás, no a la Gorgona, sino a la imagen que se refleje en él, de manera que puedas herirla con seguridad.

Cuando le hayas cortado la cabeza, envuélvela, sin mirarla, en los pliegues de la piel de cabra de que cuelga el escudo. Así podrás traérmela sin peligro y ganar para ti un nombre y un lugar entre los héroes.

—Voy a emprender el viaje aunque en él pierda la vida, repuso Perseo.—Pero ¿cómo cruzaré los mares sin una embarcación? ¿Quién me guiará en mi camino? ¿Y cómo podré herir a la Gorgona, si está cubierta de escamas de hierro y bronce?

Entonces habló el joven que acompañaba a Minerva, y dijo:

—Estas sandalias mías te llevarán a través de los mares y por encima de las montañas, con la velocidad de un pájaro, como me llevan a mí. Las propias sandalias te guiarán durante el camino, porque son de naturaleza divina y no pueden equivocarse. Además, con esta espada podrás ma-

tar a la Gorgona, porque también es divina y no hay necesidad de herir dos veces. Levántate, tómalo todo y emprende el camino.

Perseo púsose en pie, se ajustó las sandalias y se ciñó la espada.

—Ahora ¡lánzate desde aquella roca y parte!—exclamó Minerva.

Perseo miró al abismo que tenía a sus pies y sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo; pero, avergonzándose de su miedo, se arrojó a la atmósfera.

Y en vez de caer, sintió que se deslizaba maravillosamente por el aire.

PERSEO MATA A LA GORGONA

Así emprendió Perseo su vuelo, atravesando a pie enjuto mares y montañas, y, al ver la facilidad con que viajaba, sintió que su corazón se llenaba de alegría y ardimiento. Con las sandalias aladas andaba cada día el camino de siete.

Por fin, a la orilla de un mar helado y a la luz de una fría luna de invierno, halló a las tres Hermanas Grises. A su alrededor no se veía ningún sér viviente; ni una mosca en el aire, ni un tallo de musgo sobre las rocas.

Se pasaban su ojo de una a la otra, porque todas a la vez no podían ver, y su único diente de mano en mano, porque a las tres juntas les era imposible comer; estaban sentadas a la luz de la luna, pretendiendo calentarse con sus rayos.

—Decidme, madres venerables— exclamó Perseo,—¿cuál es el camino que conduce al lugar en que se hallan las hijas de la Estrella de la Tarde?

Al oír su voz, gritó una de ellas:

—Dame el ojo para verlo.

Y otra añadió:

—Dame el diente para morderle;—pero no se dignaron contestar a su pregunta.

En vista de ello, Perseo se acercó a las tres viejas y esperó a que se pasaran el ojo de una a otra mano. Cuando lo hicieron, aproximó silenciosamente la suya y tomó el ojo, que le dieron creyendo que lo recibía la otra hermana.

Entonces Perseo retrocedió y les dijo riendo:

—Viejas crueles, me he apoderado de vuestro ojo y lo echaré al mar si no me indicáis, jurando decir la verdad, cuál es el camino que debo seguir para hallar a las hijas de la Estrella de la Tarde.

Al oír estas inesperadas palabras, las tres viejas se echaron a llorar y insultaron a Perseo, pero todo fué en vano. Se vieron obligadas a decirle la verdad. El héroe podía haber huído sin devolverles el ojo, pero no lo hizo así, sino que se los entregó y emprendió el camino hacia el Sur, dejando a su espalda la nieve y el hielo.

Por último, después de un largo viaje, oyó unas dulces voces que cantaban. Y Perseo no dudó que procedían del jardín de las hijas de la Estrella de la Tarde.

En cuanto le vieron preguntaron temblando:

—¿Has venido a robar nuestro jardín y a quitarnos nuestros dorados frutos?

—No necesito ninguno de vuestros frutos dorados—repuso Perseo.—Tan sólo os pido qué me digáis qué camino debo seguir para llegar al lugar habitado por la Gorgona, a fin de proseguir mi viaje y matarla.

—Espera, espera, hermoso joven—contestaron;—ven a bailar con nosotras alrededor de los árboles de este jardín.

—No puedo bailar con vosotras, hermosas niñas; decidme, os lo ruego, dónde está la Gorgona; porque, de lo contrario, moriré ahogado en el mar.

Las jóvenes suspiraron y contestaron llorando:

—¡La Gorgona! ¡Te convertirá en piedra!

—Los dioses ya me han dado armas que usaré a tiempo y con prudencia—repuso Perseo.

Entonces las hermosas jóvenes le dijeron que la Gorgona vivía en una isla muy lejana; pero que, para acercarse a ella impunemente, precisaba llevar el sombrero que hacía invisible, a fin de no ser descubierto por los monstruos. Una de las bellas jóvenes tenía en su mano el sombrero en cuestión.

Mientras todas besaban a Perseo, llorando apoyadas en él, el héroe estaba impaciente por marcharse. Por fin se puso el sombrero mágico y se desvaneció, quedando invisible para las hijas de la Estrella de la Tarde.

Prosiguió atrevidamente su camino, pasó por muchos lugares horribles y tuvo espantosas visiones; hasta que oyó el ruido especial que producían las Gorgonas al agitar sus alas y divisó el brillo de sus garras de bronce. Entonces comprendió que había llegado la hora de detenerse, porque, de lo contrario, Medusa lo hubiera convertido en piedra.

Antes de lanzarse al ataque reflexionó detenidamente y recordó todas las palabras de Minerva. Luego se elevó en el aire, y levantando el escudo por encima de su cabeza, miró la escena que reflejaba para, de tal modo, ver lo que se hallaba a sus pies.

Las tres Gorgonas estaban durmiendo, y, con sorpresa, vió que eran tan grandes como elefantes. Ellas no podían descubrirlo porque el sombrero mágico lo hacía invisible; sin embargo, sintió un estremecimiento de espanto cuando se dejó caer encima de ellas; tan terrible era su aspecto.

En aquel momento Medusa inclinó la cabeza hacia atrás; su largo cuello se reflejaba con tanta blancura en el escudo, que Perseo no se atrevía a herir. Mientras permanecía indeciso, las víboras que formaban trenzas en su cabeza, a modo de cabellos, se despertaron y empezaron a mirar en todas direcciones con sus secos ojos, y abriendo las venenosas fauces se pusieron a silbar. Además, al moverse Medusa puso al descubierto sus garras metálicas, y Perseo vió que a pesar de su aparente belleza, era tan horrible como sus hermanas.

Sin vacilar ya más, bajó al suelo, avanzó atrevidamente hacia ellas, y mirando, de nuevo, a su escudo, que hacía las veces de espejo, hirió con

fuerza a la Gorgona con la espada, y no tuvo necesidad de dar segundo golpe.

Envolvió la cabeza en la piel de cabra, apartando la vista mientras hacía, y ligeramente se lanzó a los aires con más velocidad que nunca.

Sus mágicas sandalias lo llevaron a través de las nubes y de la bruma lar, a través del mar sin orillas, hasta que se halló de nuevo en los jardines de las hermosas hijas de la Estrella de la Tarde.

Una vez ante ellas, les preguntó:

—¿Por dónde debo ir para regresar a mi país?

Entonces las jóvenes, llorando, exclamaron:

—No regreses a tu país. ¡Quédate a jugar con nosotras, que estamos siempre solas!

Pero Perseo se negó, y bajando a toda prisa la montaña se lanzó encima del mar, volando como una gaviota.

Encuentro de Perseo con Andromeda

De esta manera Perseo volaba hacia el Nordeste, siempre por encima del mar, hasta que, después de muchas leguas de viaje, llegó a cerrarse sobre las movedizas arenas del desierto.

Siguió su vuelo sobre aquella desolada extensión, sin saber la distancia que recorría, esperando cada día ver el azul del Mediterráneo para una vez en él, regresar a su patria.

Pero, mientras el héroe abrigaba estas esperanzas, un huracán terrible lo echó al Sur, internándolo otra vez en el desierto. Durante todo el día luchó contra el empuje del viento; mas a pesar de sus divinas sandalias, no pudo quedar vencedor y a la mañana siguiente divisó la misma odiosa e inmensa extensión de áridas arenas.

Por fin, en cuanto el viento hubo cesado, trató nuevamente de ir hacia el Norte; pero otra vez se desató la tempestad de arena, que, implacablemente, lo internó más en el desierto. Luego todo quedó tranquilo y el cielo sin nubes.

Perdida ya la esperanza, exclamó, implorando a Minerva:

—¿Acaso, divina Minerva, no he de ver más a mi madre, ni el risueño y azulado mar, y las alegres montañas de mi patria Hélade?

Entonces oró, y, después de haberlo hecho, reinó gran silencio. Perseo, recobrando la esperanza, se dijo:

—Seguramente estoy aquí por voluntad de los dioses, porque Minerva no miente. ¿Acaso estas sandalias no me conducirán por mi camino?

De pronto sus oídos percibieron el rumor de una corriente de agua. Perseo lanzó un grito de alegría, y dirigiéndose al sitio de donde provenía el ruido apagó su sed, comió dátiles de unas palmeras que allí cerca había y descansó sobre el césped. Al despertar se lanzó de nuevo a los aires, pero esta vez no intentó ir hacia el Norte, pensando:

—Seguramente Minerva me ha enviado a este lugar con algún propósito y cree que todavía no debo regresar a mi país. Tal vez he de llevar a cabo alguna otra hazaña antes de que me sea dado ver de nuevo las verdes colinas de mi patria Hélade.

En consecuencia, Perseo voló siguiendo la orilla del mar, y un día al obscurecer miró hacia unas rocas. En una de ellas, muy cerca del agua, vió una blanca imagen que permanecía inmóvil.

—Será sin duda—pensó—la estatua de algún dios marino. Voy a verlo.

Mas, al aproximarse, no halló ninguna estatua, sino una joven de carne y hueso, cuyas trenzas se agitaban al soplo de la brisa. Al acercarse más todavía, vió que la joven temblaba de frío cada vez que las olas la mojaban con su agua salada.

Sus brazos estaban levantados por encima de la cabeza y sujetos a la roca con cadenas de bronce; tenía la cabeza inclinada sobre el hombro como si fuese presa de un sueño de fatiga o de pesar. Pero a veces la levantaba y con lastimera voz llamaba a su madre.

Aunque Perseo estaba muy cerca de ella, la joven no podía verlo, porque aquél llevaba el sombrero que lo hacía invisible.

Con el corazón lleno de lástima y de indignación, el héroe miró detenidamente a la joven. Sus mejillas eran de color más obscuro que las de los helenos y sus cabellos de un negro azulado.

—Nunca vi una joven tan hermosa—se dijo Perseo,—ni aun en ninguna de las islas de mi país. Con seguridad es la hija de algún rey, y es demasiado hermosa para que pueda ser mala. Voy a hablarle.

Y, quitándose el sombrero mágico, apareció a su vista.

La joven dió un grito de espanto.

—No tengas ningún miedo, hermosa niña,—dijo.—¿Qué crueles hombres te han encadenado? Pero espera ante todo: voy a libertarte.

Y agarró con fuerza las cadenas, pero eran sobrado resistentes para romperlas con las manos.

Entretanto la joven gritaba:

—¡No me toques! ¡Soy una víctima de los dioses del mar! ¡Te matarían si te atreves a libertarme!

—¡Que lo prueben!—repuso Perseo.

Y sacando su espada mágica, cortó las cadenas con tanta facilidad como si hubieran sido de cera.

—Ahora—dijo—me perteneces, y no a esos dioses del mar, sean quienes fueren.

Por toda contestación la joven, desesperada, se puso a gritar llamando a su madre.

Entonces el joven la sostuvo en sus brazos y preguntó:

—¿Cuáles son esos dioses del mar tan crueles e injustos que condenan a muerte a las hermosas jóvenes como tú? Deja que pruebe mi fuerza contra ellos. Pero dime, niña, quién eres y qué cruel hado te ha conducido a tan horrible situación.

—Soy la hija de un rey—dijo ella llorando.—Mi madre es la reina de las hermosas trenzas y me llaman Andrómeda. Estoy aquí para expiar un pecado de mi madre, que en cierta ocasión dijo, llena de orgullo, que era yo más hermosa que la Reina de los peces. Esta, encolerizada, desató contra nosotros todas las olas de sus dominios, devastando nuestros

Estados, y ahora yo debo ser devorada por un monstruo marino para expiar un pecado que no cometí.

—¡Un monstruo marino!—dijo Perseo riendo.—He vencido a otros más temibles.

Andrómeda lo miró, y renació la esperanza en su corazón al verlo tan valiente y hermoso, empuñando la brillante espada con una mano, mientras con el otro brazo le rodeaba la cintura.

Sin embargo suspiró, y dijo:

—¿Por qué quieres morir, siendo, como eres, joven? Abandóname a mi suerte y prosigue tu camino.

—No será así—exclamó Perseo.—Maté a la Gorgona con ayuda de los dioses, y por obra suya he venido aquí para matar al monstruo con esta misma cabeza de Medusa. Aparta tus ojos cuando te deje, porque si la mirases te convertirías en piedra.

La joven no contestó, porque no podía dar crédito a sus palabras.

De pronto, levantando la vista, indicó con el dedo al mar y exclamó aterrada:

—Ahí está: viene al amanecer como había prometido. Debo morir. ¡Márchate!

Yde nuevo trató de apartarlo.

—Me iré; pero antes prométeme una cosa, dijo Perseo; y es que, si mato a ese monstruo, consentirás en ser mi mujer y en venir a mi reino, porque soy hijo de un rey. ¡Prométemelo y sella tu promesa con un beso!

Ella levantó la cara y lo besó. Entonces Perseo exhaló un grito de alegría, y se lanzó, volando, por encima del mar, mientras Andrómeda, temblando, se acurrucaba en la roca.

El monstruo marino seguía acercándose perezosamente, dejándose llevar por la corriente y deteniéndose de vez en cuando. Sus costados estaban llenos de conchas y de algas y el agua se introducía en sus abiertas mandíbulas mientras avanzaba. Por fin divisó a Andrómeda y se precipitó para apoderarse de su presa.

En aquel instante, desde lo alto, Perseo se dejó caer como un aerolito sobre las crestas de las olas, y Andrómeda, al verlo, ocultó la cara. Durante un momento todo estuvo silencioso.

Por último, cuando la joven se decidió a mirar llena de espanto, vió a Perseo que se dirigía hacia ella, y en lugar del monstruo, una grande y negra roca se alzaba en medio del mar, que mansamente la rodeaba.

¡Quién pudiera entonces pintar la felicidad y el orgullo de Perseo cuando, al regresar al sitio en que se hallaba Andrómeda, estrechó a su amada entre sus brazos y se elevó con ella a la cima de las rocas como halcón que transporta su presa!

¡Quién tan orgulloso como Perseo y quiénes tan contentos como las gentes de aquel país!

Llegaron el Rey y la Reina acompañados por todo el pueblo, que cantaba y bailaba de alegría, para recibir a Andrómeda como a una persona que hubiera resucitado de entre los muertos.

—Héroe heleno—dijo el Rey a Perseo,— quédate en mi país; consiente en ser mi yerno y te daré la mitad de mi reino.

—Acepto con gusto el ser tu yerno—dijo Perseo,—pero no quiero ninguna parte de tu reino, porque añoro a la risueña Hélade y a mi madre, que espera en nuestra casa.

—Por lo menos no te lleves en seguida a mi hija, dijo el Rey,—porque, para nosotros, es como si hubiera resucitado. Permanece en nuestra compañía durante un año y luego podrás efectuar el regreso con todo el honor que te es debido.

Perseo consintió de buena gana; pero, antes de entrar en el palacio del Rey, ordenó al pueblo que le llevaran piedras y árboles y construyó un altar consagrado a Minerva, a la que sacrificó terneros y corderos.

Luego, con grandes fiestas que duraron siete días, se celebró la boda entre el héroe y Andrómeda.

Pero la noche del octavo, Perseo tuvo un sueño. Vió a su lado a Minerva, tal como la viera siete años antes, llamándole por su nombre y diciéndole:

—Perseo, te has portado como un hombre, y, ya lo ves, has alcanzado recompensa. Ahora devuélveme la espada y las sandalias, así como el sombrero que hace invisible, a fin de que yo pueda restituirlos a sus respectivos dueños. En cuanto a la cabeza de la Gorgona, puedes guardarla todavía, porque la necesitarás a tu regreso a Hélade.

Y Perseo se levantó para entregar la espada, las sandalias y el sombrero; mas, al hacerlo, se despertó y vió que había soñado. Pero no fué todo ficción como él creyera, porque la piel de cabra con la cabeza de la Gorgona estaba en su sitio, en tanto que la espada, las sandalias y el sombrero habían desaparecido. Y Perseo ya no los vió nunca más.

REGRESO DE PERSEO A SU PAIS

Un año después, en una hermosa nave movida a fuerza de remos, salió con dirección a su país, luego de haber hecho embarcar a su esposa Andrómeda y de haber transportado a la nave el dote que le correspondía, consistente en ricas joyas, hermosas vestiduras y objetos de Oriente. Los dos reyes y el pueblo en masa fueron a despedirlos llorando.

Cuando Perseo llegó a Hélade, dejó su nave en la orilla y entró en la ciudad como lo hacía en otro tiempo. Abrazó a su madre y a Dictis, que vertían lágrimas de alegría al verlo de nuevo a su lado después de estar privados durante siete años de su compañía.

Una vez satisfechos las ansias de su corazón abrazando a las dos personas que más amaba, se encaminó al palacio del rey Polidectes, llevando en una mano la piel de cabra que envolvía la cabeza de la Gorgona.

Al entrar en la gran sala del palacio vió a Polidectes, que estaba sentado ante una mesa, rodeado de sus nobles, que alegremente departían comiendo carnes y pescados de todas clases y bebiendo vino de color de sangre.

Perseo se detuvo en el umbral y llamó al Rey por su nombre; pero ni éste ni ninguno de los invitados conocieron al recién llegado, porque había cambiado mucho durante su larga ausencia. Salió de su país siendo un muchacho y regresaba convertido en un héroe.

Sin embargo, Polidectes el Malo lo reconoció por fin, y burlonamente exclamó:

—¡Hola, expósito! ¿Ya te has convencido de que es más fácil prometer que cumplir?

—Aquel a quien ayudan los dioses cumple sus promesas, repuso Perseo desenvolviendo la cabeza de la Gorgona.

Y luego añadió, sosteniéndola en alto.

—¡Mira!

Polidectes y sus cortesanos palidecieron intensamente al mirar la espantosa cara del monstruo. Todos trataron de levantarse, pero ya no les fué posible, porque sus cuerpos quedaron inanimados y lentamente se fueron convirtiendo en bloques de piedra gris.

Cuando Perseo vió que su venganza estaba satisfecha, salió de allí, encaminándose a la bahía en busca de su nave.

Luego dió el reino al buen Dictis y se embarcó de nuevo con su esposa y su madre.

La nave que conducía a Perseo bogó hacia el Oeste hasta que llegó al país en que naciera el héroe. Una vez allí, éste se enteró de que su abuelo había huído, temiendo que su nieto lo matara.

El joven se entristeció al saberlo, y dijo:

—Seguramente conseguiré ahora que me quiera, cuando vea que regreso cargado de honores. Voy en su busca, lo haré volver y todos reinaremos en paz.

En consecuencia se embarcó de nuevo y, por fin, llegó al país en que habitaba su abuelo. El pueblo estaba en los campos celebrando una fiesta con toda clase de juegos.

Perseo, mezclándose con la multitud, se dirigió al paraje en que tenían lugar los juegos y no se dió a conocer, pensando:

—Si tengo la suerte de ganar el premio, el corazón de mi abuelo sentirá por mí alguna benevolencia.

En la lucha del Péntalo, Perseo se distinguió entre todos los demás jugadores, colocándose en el primer lugar, tanto en la carrera como en los saltos, la lucha y el tiro de jabalinas y discos.

Ganó cuatro coronas, y al tomarlas se dijo:

—Ahora hay una corona más que ganar. Voy a ver si lo consigo, para poder depositarla en las rodillas de mi abuelo.

Entonces cogió algunos discos y los lanzó a una distancia cinco veces mayor que cualquiera de sus competidores. El pueblo, entusiasmado, exclamaba:

—¡Nunca se vió tan diestro discóbolo!

Animado, Perseo reunió toda su fuerza y arrojó otro disco; pero una ráfaga de viento, procedente del mar, lo hizo cambiar de dirección y fué

...rir a su abuelo, que perdió el sentido a causa del gran dolor que le ...dujo el golpe.

Perseo, profiriendo un grito de espanto, se precipitó hacia él; pero, ...ando los cortesanos levantaron su cuerpo, vieron que era ya cadáver.

El héroe, en señal de duelo, rasgó sus vestiduras, se llenó la cabeza de ...vo y lloró por su abuelo.

Luego, levantándose, llamó al pueblo con fuerte voz y dijo:

—Los dioses dicen siempre la verdad y lo que han ordenado debe su-...er. Soy Perseo, el nieto del Rey que acaba de morir.

Y seguidamente les relató que un oráculo había profetizado que ma-...a a su abuelo.

En seguida se celebraron magníficos funerales en honor del rey falle-...o, al que incineraron en una rica pira.

Perseo fué al templo, en donde lo purificaron de su crimen involunta-..., y una vez cumplidas todas las ceremonias en honor del último monar-... regresó a su patria en compañía de Andrómeda y reinó con ella ...rmente. Los dioses les concedieron cuatro hijos y tres hijas.

Y cuando murieron, si hemos de creer a los antiguos, Minerva los lle-...al cielo. Durante toda la noche Perseo y Andrómeda brillan en el fir-...mento como dos faros, para guía de los marinos errantes; pero durante ...día participan de las fiestas de los dioses en las azuladas y risueñas co-...s de la mansión de los inmortales.

Poesía

A MARGARITA DEBAYLE

POR RUBEN DARIO

MARGARITA, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar;
Yo siento
En el alma una alondra cantar:
Tu acento.
Margarita, te voy a contar
Un cuento.

Este era un rey que tenía
Un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
Y un rebaño de elefantes.

Un kiosco de malaquita,
Un gran manto de tisú,
Y una gentil princesita,
Tan bonita,
Margarita,
Tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
Vió una estrella aparecer;
La princesa era traviesa
Y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
Decorar un prendedor,
Con un verso y una perla
Y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
Se parecen mucho a ti:
Cortan lirios, cortan rosas,
Cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
Bajo el cielo y sobre el mar,
A cortar la blanca estrella
Que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba
Por la luna y más allá;
Mas lo malo es que ella iba
Sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
De los parques del Señor,
Se miraba toda envuelta
En un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
Y ¿qué tienes en el pecho
Que encendido se te ve?"

La princesa no mentía;
Y así, dijo la verdad:
"Fuí a cortar la estrella mía
A la azul inmensidad."

Y el rey clama: "¿No te he dicho
Que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar!"

Y dice ella: "No hubo intento;
Yo me fuí no sé por qué:
Por las olas y en el viento
Fuí a la estrella y la corté."

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener:
Vuelve al cielo y lo robado
Vas ahora a devolver."

La princesa se entristece
Por su dulce flor de luz,
Cuando entonces aparece
Sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas
Esa rosa le ofrecí:

Son mis flores de las niñas
Que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes
Y luego hace desfilar
Cuatrocientos elefantes
A la orilla de la mar.

La princesita está bella,
Pues ya tiene el prendedor
En que lucen con la estrella
Verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar:
Tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
Guarda, niña, un gentil pensamiento
Al que un día te quiso contar
Un cuento.

ROMANCE DEL MAR AZUL

POR ARTURO CAPDEVILA

Mi capitán, ¡cómo se sueña!
Aquí me he puesto a divagar,
mirando el mar desde la borda...
Azul está, picado está.

La que yo quiero no me quiere;
pero este amor se quebrará,
como revientan a lo lejos
las grandes olas de cristal.

Aire marino, un aire fuerte,
toca mi sien, vuela y se va.
La blusa azul del marinero
ala parece por volar.

Toca la banda un valse viejo
que se dilata por el mar.
El oleaje pasa y vuelve.
Flota en la brisa su humedad.

Rubios delfines nos escoltan
bajo este cielo tropical.
Siguiéndonos, ebrios de espuma,
por las azules millas van.

Yo soy el dueño de la clara,
de la redonda inmensidad.
Es como el padre de los sueños
el mar alegre, el vasto mar.

Hay un rincón para la dicha
del corazón en soledad;
un huerto en flor, tras el océano,
para el amor primaveral.

Allí la esfinge al fin sonríe
cuando la viene a coronar
de margaritas el viajero
de una ribera occidental.

Una ciudad de puertas de oro
hacia la aurora dicen que hay...
El mar azul mis sueños mece.
¡Cómo se sueña, capitán!

Mi capitán, ¡cómo se sueña!
Ni a Francia voy ni a Portugal.
Yo voy por las "Mil y una Noches"
a las comarcas de Simbad.

Otros dirán que van de viaje
y cada puerto nombrarán.
Yo voy de sueño por los sueños,
soñando siempre más allá....

No sé español, no sé italiano,
no sé francés, no sé alemán.
Yo sueño un sueño azul marino
que me traduce en verso el mar.

¡El mar alegra, el mar embriaga,
hace reír, hace olvidar!
Mi capitán, ¡nunca lleguemos!....
¡Viva la vida! ¡Viva el mar!

EL SILENCIO

POR ALFONSINA STORNI.

¿*NUNCA habéis inquirido*
Por qué, mundo tras mundo,
En el cielo profundo
Van pasando sin ruido?

Ellos, los que transpiran
Las cosas absolutas,
Por sus azules rutas
Siempre callados giran....

Sólo el hombre, pequeño,
Cuyo humano latido
En la tierra, es un sueño,
¡Sólo el hombre hace ruido!....

LA QUE COMPRENDE

CON la cabeza negra caída hacia adelante
Está la mujer bella, la de mediana edad,
Postrada de rodillas, y un Cristo agonizante
Desde su duro leño la mira con piedad.

En los ojos la carga de una enorme tristeza,
En el seno la carga del hijo por nacer,
Al pie del blanco Cristo que está sangrando reza:
—Señor, el hijo mío que no nazca mujer!

HAN VENIDO

Hoy han venido a verme
Mi madre y mis hermanas.

Hace ya tiempo que yo estaba sola
Con mis versos, mi orgullo.... casi nada.

Mi hermana, la más grande, está crecida;
Es rubiecita; por sus ojos pasa
El primer sueño. He dicho a la pequeña:
La vida es dulce. Todo mal acaba....

Mi madre ha sonreído como suelen
Aquellos que conocen bien las almas;
Ha puesto sus dos manos en mis hombros,
Me ha mirado muy fijo....
Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
Más tibia de la casa.
Cielo primaveral.... para mirarlo
Fueron abiertas todas las ventanas.

Y mientras conversábamos tranquilas
De tantas cosas viejas y olvidadas,
Mi hermana, la menor, ha interrumpido:
—Las golondrinas pasan....

LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

TRADUCCIONES DIRECTAS.

Homero	La Ilíada	2 Vols.,	tela	inglesa	Precio	$ 2.00
„	La Odisea	1 „	„	„	„	„ 1.00
Esquilo	Tragedias	1 „	„	„	„	„ 1.00
Eurípides	Tragedias	1 „	„	„	„	„ 1.00
Dante	Divina Comedia	1 „	„	„	„	„ 1.00
Platón	Diálogos	2 „	„	„	„	„ 2.00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS.

PARABOLAS

POR ALBERTO GUILLEN

EL LOCO

Perdió el equilibrio y por poco mide la tierra con la espalda.
Y todos se alegraron porque le creían loco.
Pero él les dijo simplemente:
—Más vale ir de puntillas que en cuatro patas, hijos míos.

DIOS

—¿Quién es Dios?—le pregunté a un niño.
Y él, con su mirada azul y sus rizos de oro que temblaban en el viento leve de la tarde:
—¡Yo!—me respondió con una ingenuidad más profunda y más verdadera que una religión.

EL SOL

—Basta y sobra conmigo,—dijo el Sol.
Pero yo oí la bendición de la hormiga, que se alumbraba con el fugitivo rastro de la luciérnaga.

EL AVESTRUZ

El avestruz le dijo al águila:
—¿Por qué no eres más alta?
—¿Para qué? ¡Las nubes me han medido la estatura!—dijo aquélla.

EL CREADOR

—¡Cómo! ¿Que quién ha hecho a Dios?
—Yo no sé—dijo el niño asustado;—creo que ha sido el Hombre.

EL SOÑADOR

Se cayó un mono en una fuente y por poco se ahoga.
Pero cuando volvió a la selva, les contó a los amigos que estuvo a punto de coger una estrella con la mano.

EL AGUILA

—Debierais medir vuestros ímpetus, señora águila
—Sí, tenéis razón—dijo el águila;—así mereciera un sillón en la Academia.

EL AGUA

—Eres tonta—le dijo al agua el Hombre.
El agua no dijo nada; pero, al correr, se llevó riendo la silueta del grave Académico que dogmatizaba sobre la orilla.

EL SAPITO

—¿Qué miras tú, sapito, que te has quedado en éxtasis, con la panza al sol?
—Lo que muchos poetas no comprenden: el cielo azul.

LA TORTUGA

La golondrina lloró un día mirando el vuelo de las águilas.
Pero no se fijó que se había detenido sobre la caparazón de una tortuga.

EL MAS SABIO

—¿Y tú qué sabes?—le preguntó al chicuelo el sabio, cargado de años y de ciencia.
—Nada—dijo el granuja compasivo;—pero mi corazón está contento.

LA LIMOSNA

—Otros te darán pan—le dije al pordiosero;—pero yo te doy corazón.
El pordiosero se rió, pero cuando el pan fué tan pequeño que un pájaro lo recogió de su mano, recordó mis palabras y lloró.

LA VENGANZA

La col me dijo un día que la rosa la despreciaba.
Pero ésta, que la oía, por toda respuesta dejó caer las mejores de sus hojas sobre la gordura sudorosa de la col.

LOS COLMILLOS

El elefante se ufanaba de sus dientes.
Pero el león le dijo:
Amigo mío, los míos no sirvieron nunca para hacer teclas de piano.

LOS PEQUEÑOS

La Vida traía una espada en el puño arrogante.
Pero al mirarle tan mezquino, la arrojó sobre el polvo y le punzó el corazón con una aguja.

LAS TRABAS

—Los prejuicios son trabas—decían.
—Sí, es verdad—confirmaron las águilas;—pero las trabas son para las patas, no para las alas.

LOS DICHOSOS

Se ufanaban de su bella dentadura y se creían muy dichosos.
Pero alguien les dijo:
—Amigos míos, la dicha no se come.